

EL SECRETO DE LAS CUEVAS DE SPIGGY



Enid Blyton

de

Las insólitas y trepidantes andanzas de unos niños siempre en camino hacia la aventura: Nora, Peggy, Mike y Jack, un grupo solidario que todo lo realizan en equipo. Los chicos resuelven con inteligencia y humor las situaciones más imprevistas.

Después del primer libro, los niños volvieron a la escuela y, ahora, cuando llega el verano, se van a pasar las vacaciones a una casita junto al mar llamada «La Mirona».

Un día los niños deciden explorar un caserón deshabitado desde hace veinte años próximo a «La Mirona». Allí se encuentran con unos hombres con mala pinta que van a comprar el caserón y que les echan de allí a patadas. Como les tratan tan mal, comienzan a sospechar que esos señores no se traen nada bueno entre manos...

¿Serán contrabandistas?



Enid Blyton

El secreto de las Cuevas de Spiggy

Colección Secreto - 02

ePub r1.1

Prometheus 23.05.14

Título original: *The secret of Spiggy Holes*

Enid Blyton, 1940

Traducción: Antonio de Quadras Martínez

Ilustraciones: José Correas

Diseño de cubierta: José Correas

Editor digital: Prometheus

ePub base r1.1



CAPÍTULO PRIMERO

¡VACACIONES!

Una mañana de principios de verano, cuatro niños que daban muestras de una desbordante alegría viajaban en uno de los departamentos de un tren expreso.

—¡Ahora empiezan las verdaderas vacaciones! —exclamó Mike—. ¿Habéis pensado en lo que nos espera? ¡Dos meses en una casita junto al mar! ¡Podremos bañarnos, pescar, hacer excursiones, pasear en barca...! ¡Lo vamos a pasar estupendamente!

—De todos modos, preferiría que mamá y papá estuviesen con nosotros —dijo Nora, la hermana gemela de Mike—. Los echaré de menos. En todo el curso sólo los he visto una vez.

—También se van de viaje, y no podrían llevarnos a todos —dijo Peggy—. Vendrán a reunirse con nosotros en las Cuevas de Spiggy tan pronto como puedan.

—¡Las Cuevas de Spiggy! ¿Verdad que es un bonito nombre para un lugar de veraneo? —comentó Jack—. ¿Por qué se llamará así? Debe de haber grutas, cavernas o algo por el estilo...

Los cuatro niños habían regresado a sus casas el día anterior, último del curso escolar. Nora y Peggy volvieron del colegio de niñas, y Mike y Jack, de un pensionado de niños. Habían pasado la noche con su padres, y en aquel momento viajaban solos hacia las Cuevas de Spiggy.

Jack era el más feliz de todos. Nunca había estado en una playa. No era hermano de Mike, Nora y Peggy. Era huérfano de padre y madre. Iba con los tres hermanos porque los padres de éstos lo habían adoptado como premio a su buen comportamiento con Mike, Nora y Peggy cuando tuvieron que huir de casa de sus tíos.

El capitán Arnold, padre de los niños, los había dejado en la granja de una hermana suya cuando tuvo que salir para Australia, viaje que hizo con su esposa en una avioneta. Una tormenta los obligó a aterrizar en una isla desierta y allí hubieron de pasar muchos meses. Se les dio por muertos y, desde entonces, la tía se portó muy mal con los niños.

Los tres hermanos habían hecho amistad con Jack, y gracias a su ayuda pudieron huir un día a una isla secreta situada en un lago, donde vivieron los cuatro juntos hasta que se enteraron de que habían encontrado a sus padres sanos y salvos, y regresaron a su casa para reunirse con ellos.

Como Jack no tenía familia y se había encariñado con Mike, Nora y Peggy, el capitán Arnold y su esposa le dijeron que podía quedarse a vivir con ellos como un hijo más.

Jack aceptó encantado, fue a la escuela con Mike, y ahora, terminado el curso, habían salido los cuatro juntos para pasar las vacaciones. Al principio se pusieron de mal humor al saber que el capitán Arnold tenía que irse a Irlanda para dar unas conferencias sobre sus aventuras, pero ahora que se dirigían a Cornualles, donde vivirían solos en una casita junto al mar y podrían hacer cuanto les viniera en gana, estaban muy contentos.

—¿Quién cuidará de nosotros en las Cuevas de Spiggy? —preguntó Jack.

—Una señorita de la que sólo sé su nombre: se llama Timy —dijo Nora—. Mamá dice que es encantadora.

—¿Timy? —exclamó Peggy—. ¡Qué nombre tan gracioso! Esa señorita debe de ser muy tímida y menuda como un ratón.

—Eso no lo sabremos hasta que la veamos —dijo Mike—. A lo mejor es alta, y tiene mal carácter y una voz de trueno.

El tren seguía avanzando con su característico traqueteo, y, de cuando en cuando, la locomotora lanzaba un silbido. Jack fijó la vista en un mapa colgado en la pared del pasillo.

—¡Fijaos! —exclamó—. Según ese mapa, las Cuevas de Spiggy están muy cerca de nuestra isla secreta. Sería fantástico que pudiésemos hacerle una visita. ¡Cómo me gustaría volverla a ver!

—No está cerca —dijo Mike, mirando también el mapa—. A unos sesenta kilómetros. Bueno, tal vez podamos ir. A mí también me encantaría volver a verla.

—¿Por qué no comemos algo? —propuso Peggy, sacando la bolsa de las provisiones—. ¡Mirad lo que nos ha preparado mamá!

Todos tenían apetito y se dieron un festín de bocadillos de pollo con tomate, galletas y bizcochos. Para beber tenían limonada, y, como postre, plátanos y manzanas.

—¡Qué bueno está todo! —exclamó Mike, relamiéndose—. Mamá es un ángel. ¡Qué bien conoce nuestros gustos!

—¿Cuánto tardaremos en llegar? —preguntó Nora cuando terminó de saborear su bocadillo.

—A la estación más próxima el tren llega a las seis —dijo Mike—. Pero está a casi diez kilómetros de las Cuevas. Este trayecto lo haremos en un coche que nos recogerá en la estación.

El tiempo pasaba lentamente. Leyeron, jugaron a las cartas, se dedicaron a contar las señales indicadoras y los túneles; pero mucho antes de las seis todos estaban cansados, sudorosos y sucios de carbonilla.

—Voy a dormir un poco —anunció Nora, encogiendo las piernas y colocando los pies sobre el asiento.

—¡Dormir! —exclamó Mike—. Yo no podría.

Pero cinco minutos después, todos, incluso él, se habían dormido mientras el tren corría a través del campo bañado por el sol, pasando puentes, túneles y estaciones a una velocidad impresionante.

Despertaron cuando el tren aminoró la marcha para entrar en una estación. Mike se desperezó y miró por la ventanilla.

—¡Eh! ¡Estamos llegando! —gritó a sus compañeros—. ¡Despertaos, dormilones! ¡Ahora, a preparar el equipaje! ¡Y arreglaos un poco! ¡Tenéis una cara de sueño...!

Se asearon rápidamente y bajaron el equipaje de la red. Cuando el tren se detuvo, ya estaban todos junto a la portezuela, preparados para bajar. Uno tras otro, saltaron al andén. Mike llamó a un mozo.

—Tenemos dos maletas en el vagón de equipajes —dijo—. ¿Quiere ir a buscarlas?

El mozo se dirigió al vagón de equipajes y Jack salió al patio de la estación para ver si estaba el coche que había de recogerlos. Pero sólo vio un caballo medio dormido enganchado a un carromato que se caía de viejo. Junto a él había un campesino, que preguntó a Jack:

—¿Es usted el señorito Arnold? Estoy esperando a unos niños para llevarlos a las Cuevas de Spiggy.

—¡Bravo! —exclamó Jack—. ¡Mike! ¡Nora! ¡Peggy! ¡Aquí hay un carromato que ha venido

por nosotros! ¡Corred!



Se presentó el mozo con las dos maletas. Los niños le ayudaron a colocarlas en el grotesco vehículo, subieron a él y sonrieron al campesino, que parecía muy simpático. Éste se sentó en el pescante, hizo restallar el látigo y el carricoche emprendió la marcha camino de las Cuevas de Spiggy. Junto al camino se extendían hermosos campos. Al otro lado de la carretera, tras los acantilados, aparecía el mar, tan azul como el cielo. Los acantilados tenían un aspecto impresionante; era una costa escarpada y bravía. Aquí y allá las olas rompían contra las rocas, lanzando al aire surtidores de blanca espuma.

Miraron al otro lado del camino y siguieron viendo campos y suaves colinas salpicadas de flores. Los niños estaban entusiasmados.

—¡Ojalá continúe el buen tiempo! —dijo Mike—. Pienso estar todo el día en traje de baño.

—¡Y yo! —exclamaron sus compañeros de viaje.

El carro seguía avanzando por el camino que se extendía paralelamente a los acantilados. El viento azotaba los rostros de los niños. Era una fuerte brisa marina. El sol estaba aún muy alto y caldeaba la tierra.

—¿Cómo se llama nuestra casa? —preguntó Mike al campesino.

—«La Mirona» —respondió el buen hombre.

—¿«La Mirona»? —exclamó Jack, sorprendido—. ¡Qué nombre tan raro!

—En seguida la veréis —dijo el campesino—. ¡Miradla!

La señaló con el látigo, y los niños vieron lo que había de ser su hogar durante varias semanas..., y también el centro de emocionantes aventuras.

Era una casita de aspecto extraño, situada en una hondonada del acantilado, de cara al mar. En uno de sus costados se alzaba una torre.



—La llaman «La Mirona» porque es un buen sitio para observar el mar entre los picos del acantilado —explicó el campesino—. Además, desde su torre se puede ver la de aquel viejo caserón que se divisa en la cima del acantilado, en medio de un grupo de árboles. Se dice que, en la época de los contrabandistas, un vigía hacía señales desde «La Mirona» a un compinche instalado en la torre del caserón.

—¡Qué emocionante! —exclamó Jack—. ¡Contrabandistas, torres, señales, luces en la noche! ... Supongo que también habrá cuevas.

—A montones —respondió el aldeano, sonriendo—. Pero llevad cuidado. Si entráis en alguna y sube la marea, ya no podréis salir. Esta costa es peligrosa para los niños.

—Ya estamos en «La Mirona» —dijo Nora mientras se acercaban a la casa—. ¡Mirad! Hay alguien a la puerta. Debe de ser esa señorita a la que llaman Timy. Peggy acertó al decir que parecería un ratón. De eso tiene la cara.

Todos miraron a Timy. Era una mujer pequeña, ya entrada en años. Tenía el pelo gris, cuidadosamente peinado, cara risueña y unos ojos grandes, grises, tímidos, acogedores...

—¡Bienvenidos a «La Mirona», muchachos! —dijo con un hilo de voz.

—Gracias, señorita —respondieron los niños, estrechándole la mano cortésmente.

—¡Ya veréis lo bien que lo pasáis aquí! —y añadió, indicándoles la escalera—: Vuestras habitaciones están en la torre. Os he preparado ésas porque creo que son las que más os gustarán.

—¡En la torre! —exclamó Nora, gritando de tal modo, que hizo saltar de susto a la menuda señorita—. ¡Fantástico!

Timy los condujo por la estrecha escalera de caracol a lo alto de la torre, donde había dos habitaciones, una sobre otra. Eran circulares y no muy espaciosas.

—Ahora, a lavarse y asearse. Luego bajad a merendar —dijo la señorita con su voz débil y aguda, pero no desprovista de firmeza. Y repitió—: ¡Ya veréis lo bien que lo pasáis aquí!

No tenía la menor idea de las cosas extraordinarias que iban a ocurrir a causa de la llegada de los niños.

¡Pobre señorita Timy!

CAPÍTULO II

LOS NIÑOS SE INSTALAN

Los niños se asearon ligeramente, mientras charlaban sin cesar.

La habitación de los chicos era la de arriba. Tenía cuatro ventanas, una a cada lado de la torre y con vistas diferentes.

—Esta ventana da al mar —dijo Jack, asomándose—. Esta otra, a los acantilados. Esta queda frente al viejo caserón, y ésta, en fin, se abre sobre el tejado de «La Mirona».

—El caserón tiene un algo misterioso —dijo Mike—. ¡Y qué grande es! Me gustaría saber quién lo habita.

—¡Ya podéis bajar! —oyeron gritar a la señorita Timy—. ¡La merienda está preparada!

Todos bajaron al comedor hablando y riendo. Estaban contentos. ¡Era tan divertido estar todos juntos después de tres meses de colegio! ¡Era tan emocionante hacer planes para las vacaciones que acababan de empezar!

La merienda era estupenda. Había pasteles de todas clases y miel que la misma señorita Timy había extraído de las colmenas del jardín. Unos vasos de leche cremosa ayudaron a ingerir la abundante comida.

La señorita Timy se sentó a la cabecera de la mesa y empezó a hacer a los niños preguntas sobre su viaje. A todos les fue simpática, especialmente porque celebraba con risas sus bromas y no prestaba atención al crecido número de pasteles que se estaban comiendo.

—Los he hecho yo —dijo—. Veo que os gustan y estoy encantada.

—¡Ya lo creo que nos gustan, Timy! —exclamó Nora.

Los otros tres niños se tocaron con el pie por debajo de la mesa y miraron a la señorita. Temían que se enfadara por la familiaridad con que Nora se había dirigido a ella.

—¡Qué ilusión! —dijo Timy—. Así me llamaban en el colegio. Es magnífico que le vuelvan a hablar a una como en aquellos tiempos.

Desde este momento y hasta que terminaron de merendar, todos la llamaron Timy a secas. Finalizado el festín, Timy quitó la mesa y se puso a fregar los cacharros.

—¿Quieres que te ayudemos? —le preguntó amablemente Peggy.

—¡Oh, no, gracias! Habéis venido a divertirnos, no a trabajar. Pero habréis de someteros a ciertas reglas.

—¿Cuáles son? —preguntó Mike, alarmado.

—¡Bah! Es poca cosa —repuso Timy, sonriendo—. Cada cual se hará su cama por la mañana. Tenéis que llegar puntualmente a todas las comidas. Pero si queréis comer fuera, me lo decís y os prepararé unos bocadillos. La tercera condición es cosa de vuestra madre: ella me pidió que os la impusiera. Es la de que tendréis que estar en la cama a las diez y media.

—De acuerdo, Timy —dijo Mike—. Las cumpliremos todas. Llevamos reloj; de modo que podremos ser puntuales. ¿Podemos irnos? Queremos explorar los alrededores.

—Tenéis una hora para ir adonde queráis. Pero ya sabéis: a las diez y media, en la cama. Os sacaré las cosas de las maletas.

—¡Estupendo! —exclamó Peggy—. Muchas gracias, Timy. ¡Hala! ¡Vámonos!

Salieron corriendo de la casa y se dirigieron a la playa. Para ello tuvieron que bajar por un camino que, a trechos, se convertía en escalera tallada en la roca.

El sol se estaba poniendo. En el oeste, al azul del mar se cubría de maravillosos matices purpúreos. Los niños bajaron saltando los últimos escalones y se dejaron caer sobre la arena, riendo. En la playa había conchas de todas clases.

—Voy a hacer la mejor colección de conchas del mundo —dijo Mike, al que le encantaba coleccionar cosas, fueran las que fuesen.

—¡Eh! ¡Mirad esas cuevas! —dijo de pronto Jack.

Señalaba con el dedo un rincón del acantilado. Todos siguieron con la vista la dirección que Jack les indicaba y vieron una serie de grandes agujeros abiertos en la roca.

—Vayamos a verlas de cerca —dijo Nora, corriendo hacia las negras bocas y asomándose a una de ellas—. ¡Oh! ¡Qué oscuridad y qué frío!

Tenía razón. El sol no llegaba hasta el interior de aquellas cavernas lúgubres, misteriosas...

—¿Hasta dónde llegarán? —preguntó Mike—. Me gustaría averiguarlo. Pero para eso hace falta una linterna.

—Ya lo averiguaremos —dijo Nora—. Pero ahora remojémonos los pies. ¿No os parece?

Se quitaron las sandalias y empezaron a chapotear en el agua, caldeada por el sol. Estuvieron un rato saltando, bailando, persiguiéndose... Nora se cayó y se mojó el vestido. Poco después, Peggy consultó su reloj.

—¡Caramba! —exclamó—. Ya es hora de que nos vayamos. Si no nos damos prisa, no llegaremos a tiempo.

Corrieron hacia el acantilado y subieron rápidamente por los escalones esculpidos en la roca. Jadeaban: no estaban entrenados para aquel ejercicio. Llegaron al jardín y entraron en la casa. La señorita Timy estaba poniendo en la mesa una apetitosa ensalada y una gran tortilla de patatas.

—¡Nos vamos a hinchar! —exclamó Mike—. Timy, este lugar es maravilloso. La costa está llena de cuevas.

—Ya lo sé —dijo Timy—. Las llaman las Cuevas de Spiggy, porque un famoso contrabandista de este nombre vivió aquí hace unos ciento cincuenta años. Habitaba en el viejo caserón y venía a esta casa para ver llegar a los barcos que le traían el contrabando.

—¡Oh! ¡Qué emocionante! —exclamó Mike.

—Me gustaría que aún hubiera contrabandistas —dijo Peggy—. Así podríamos dedicarnos a descubrirlos. ¡Cómo nos divertiríamos!

—Pues aquí ya no hay contrabandistas —dijo Timy—. ¿Habéis terminado de cenar? Lo digo porque ya es hora de que os vayáis a la cama. Supongo que no hará falta que os vigile para que os lavéis la cara, os limpiéis los dientes y hagáis todo lo que debéis hacer.

—Oye, Timy: ¿crees que en el internado los profesores van detrás de nosotros para ver si hacemos lo que debemos? —dijo Jack en son de burla—. Has de saber que hemos pasado ya de los cinco años.

Timy se echó a reír y corrió hacia el bromista blandiendo un gran cazo. Jack huyó escaleras

arriba. Mike y las dos niñas lo siguieron.

—Timy es un encanto —dijo Nora, mientras empezaba a quitarse la ropa—. Le gustan las bromas. Me tiene chiflada este dormitorio con sus cuatro ventanas. ¿Te gusta a ti, Peggy?

—Sí, pero la habitación de los chicos es mucho mejor. Está más alta. Vamos a darles las buenas noches.

Se pusieron los pijamas y subieron la escalera camino del cuarto de Jack y Mike. Éstos estaban ya en la cama.

—Venimos a daros las buenas noches —dijo Peggy—. Este lugar es maravilloso para pasar las vacaciones, ¿verdad, Mike?

—Verdad —repuso éste, dando un bostezo—. Me encantan estas habitaciones. Sol desde que sale hasta que se pone, y cuatro ventanas para mirar hacia todas partes y verlo todo.

Peggy se asomó a una de las ventanas.

—¡Qué extraño es ese caserón! —dijo al verlo—. No me gusta nada. ¿Os habéis fijado en la torre? Es igual que ésta, pero mayor. Parece estar amenazando a nuestra torre con caer sobre ella y aplastarla.

—¡Se te ocurren unas cosas!... —dijo Mike, medio dormido—. Iremos algún día a explorar el caserón. ¡Qué suerte si no hubiese nadie y pudiéramos subir a la torre!

—Me pregunto cómo sería Spiggy, el contrabandista —dijo Nora.

—Si no os vais a la cama, veréis aparecer a Timy con el cazo en la mano —les advirtió Jack, tapándose la cabeza con la almohada—. No me explicó cómo no estáis muertas de sueño. ¡Hala, a la cama!

—¡Bueno, hombre; ya nos vamos! Buenas noches. ¡Hasta mañana, dormilones!

Y las dos niñas salieron, bajaron la escalera, entraron en su habitación y se acostaron. Las camas eran estrechas, pero cómodas.

—Voy a recordar todo lo que hemos hecho hoy —dijo Nora.

Pero antes de que pudiese recordar nada, se quedó profundamente dormida, y ya no se despertó hasta la mañana siguiente. Ya entraba el sol por una de las ventanas, cuando Peggy y Nora notaron que les hacían cosquillas.

—¡Basta! —gritó Nora—. ¡Estate quieto, Mike! ¿Qué quieres?

—Vamos a bañarnos antes del desayuno. ¡Arriba, perezosas! Son las siete, y el desayuno no se sirve hasta las ocho. Así que nos sobra tiempo para ir a la playa.

Nora y Peggy se levantaron. Por las abiertas ventanas se veían jirones de un cielo intensamente azul. Todo el grupo, cantando alegremente, bajó la escalera, tomó el estrecho camino que conducía a la playa y se metió en el agua sin pérdida de tiempo.

—¡Ahora empiezan nuestras vacaciones! —exclamó Mike, rociando la cabeza de Nora—. ¡Qué bien lo vamos a pasar!

CAPÍTULO III

EN EL VIEJO CASERÓN

Los niños pasaron felizmente los primeros días de sus vacaciones. Se dedicaron a explorar la pintoresca pero peligrosa playa. La marea subía con gran rapidez e inundaba la mayor parte de las cuevas del acantilado.

—Tendremos que llevar cuidado —dijo Jack—. Si la marea sube cuando estemos dentro de una cueva, no podremos salir.

La señorita Timy les advirtió también de este peligro, y les contó que se habían dado muchos casos de personas que habían explorado las cavernas sin pensar en la marea y a las que los pescadores habían tenido que rescatar.

Durante la bajamar era delicioso bañarse. Los niños habían prometido a Timy no entrar en el agua cuando su nivel subiera, pues entonces las olas crecían y tenían tal fuerza que podrían arrojarlos contra las rocas. En cambio, cuando bajaba el nivel del agua, se formaban deliciosos remansos entre los escollos, y una arena dorada y suave se ofrecía a sus pies desnudos.

—No hace falta que os pongáis zapatillas para andar por la playa —les dijo Timy—. Aquí nadie deja en la arena latas vacías ni botellas rotas.

El hortelano que cuidaba de «La Mirona» les prestó su bote, y los niños lo pasaron estupendamente recorriendo las rocas y explorándolo todo. ¡Qué vacaciones tan magníficas!

Un día no pudieron ir a la playa. El nivel del mar había subido mucho y las olas azotaban con furor el acantilado, llenando las cuevas de agua, que cubría igualmente la arena. Andar sobre las rocas era peligroso, pues estaban mojadas y resbaladizas. Por eso decidieron no ir a la playa.

—Bueno, ¿qué podemos hacer? —preguntó Jack, arrancando una cereza de un cerezo del huerto, por el que paseaban.

—¡Tengo una idea! —exclamó Mike—. Vayamos a explorar el jardín del viejo caserón. ¡Hala, vamos!

Al pasar cerca de Jorge, el hortelano, que estaba enfrascado en su tarea, Nora le dijo:

—¡Vamos a explorar el viejo caserón! Está deshabitado, ¿verdad?

—Desde hace veinte años —repuso Jorge—, o quizás más. El jardín está tan descuidado que parece una selva.

—Mejor —dijo Peggy—. Así nos divertiremos más.

Por la suave pendiente de la colina corrieron hacia el caserón. Hacía mucho calor y la subida fue fatigosa, pero pronto llegaron al alto muro que rodeaba el jardín del viejo edificio.

—No podremos escalarlo —dijo Jack, midiendo con la mirada el muro, que era tres veces más alto que él—. ¿Qué hacemos?

—¿Por qué no entramos por la puerta? —propuso Mike—. ¿Acaso te parece más emocionante romperte una pierna al trepar por este muro?

Todos se echaron a reír. Jack dio a Mike una amistosa palmada en la espalda mientras decía:

—Desde luego, creo que es más emocionante escalar el muro, pero busquemos la puerta.

La encontraron. Aunque estaba cerrada, era tan fácil trepar por ella que pronto estuvieron en el

interior del jardín. Ante ellos empezaba una avenida que terminaba ante la puerta de la casa. El abandonado camino se había ido cubriendo de ortigas y zarzales.

—¡Uf! —exclamó Jack—. Para pasar por aquí hay que llevar botas y unos pantalones fuertes como el cuero. Esos hierbajos nos van a destrozar las piernas.

—Mirad —dijo Nora, señalando a su izquierda—. Aquel camino es mucho mejor. En él hay hierbas altas, pero no espinosas. Vamos por allí.

Se pusieron en marcha a través de las altas hierbas. El jardín era enorme y estaba lleno de árboles frutales. Éstos rebosaban de fruto, ya que nadie lo había recogido desde hacía años.

Los niños arrancaron algunas manzanas y las saborearon con deleite.

—Como aquí no vive nadie, no hacemos nada malo con esto —dijo Nora—. Si no nos comemos nosotros las manzanas, se las comerán los insectos y los gusanos... ¡Huy, qué calor hace en este jardín!

—¿Vamos a ver la casa? —preguntó Jack.

Todos aprobaron la idea y, abriéndose paso entre las altas hierbas, llegaron al edificio. Era una sólida construcción de piedra blanca. Sus ventanas, pequeñas y sucias, permitían ver unas habitaciones oscuras, lúgubres...

Rodeando la casa, llegaron a la torre, muy parecida a la habitada por ellos, pero mucho mayor.

—¡Qué torre tan enorme! —exclamó Mike—. Es tres veces mayor que la nuestra. Me gustaría subir hasta arriba de todo. La vista debe de ser maravillosa.

—Intentemos entrar en la casa —dijo Peggy.

Probó a abrir las ventanas, pero todas estaban bien cerradas. Mike empujó con fuerza la puerta de la torre. Tampoco cedió: estaba cerrada por dentro.

De pronto, Jack lanzó un grito. Acababa de encontrar una desvencijada escalera de mano. La apoyó en el muro de la torre y vio que por ella podía llegar a una pequeña ventana que le había llamado la atención.

—Intentaré abrir esa ventana y creo que lo conseguiré —dijo Jack—. Ven, Mike. Sujeta la escalera. Está carcomida y no me fío.



Mike sujetó la escalera y Jack empezó a subir poco a poco. Uno de los escalones se rompió y fue un milagro que Jack pudiera conservar el equilibrio. Después la escalera osciló amenazadoramente, pero Mike consiguió dominarla y Jack pudo llegar hasta arriba. Entonces empujó la ventana.

—¡El pestillo está roto! —gritó—. Creo que, si empujo con fuerza, la podré abrir.

—Sujetaremos bien la escalera —le respondió Mike desde abajo—. Tú empuja fuerte. ¡Nora, sujeta tú también! Jack da unos empujones tan tremendos que la escalera se bambolea. No quiero que me caiga sobre la cabeza.

De pronto, Jack exclamó:

—¡Ya está abierta! ¿Veis que pronto?

—¡Subamos! ¡De prisa! —apremió Nora, emocionada.

—No —replicó Jack asomando la cabeza por la ventana—. Vosotras no debéis exponeros. Iré a abrir la puerta.

—De acuerdo —dijo Mike.

Poco a poco fue inclinando la escalera y la volvió a dejar en el suelo en posición horizontal. Jack desapareció. Le oyeron bajar la escalera de la torre y, poco después, descorrer los cerrojos. Finalmente, hizo girar la oxidada llave. Mike empujó con todas sus fuerzas y la puerta se abrió tan repentinamente, que Jack cayó hacia atrás, quedando sentado en el suelo, mientras Mike entró en tromba en la torre.

Las chicas entraron seguidamente, lanzando alegres carcajadas. Jack se levantó y se sacudió los pantalones.

—Ante todo, subamos a la torre —dijo—. ¡Mirad qué paredes! Tienen un metro de espesor por lo menos. En aquellos tiempos se construía a conciencia.

La torre era sólida de verdad. Una escalera en espiral subía y subía hasta lo más alto, pasando junto a cuatro habitaciones sobrepuestas.

—Todas son redondas —comentó Jack—, igual que las muestras. ¡Qué vista tan maravillosa se abarca desde aquí!

Los niños acudieron en silencio a la ventana y contemplaron el mar. Era nítidamente azul y aparecía salpicado aquí y allá de la blanca espuma de las olas que rompían contra las rocas.

—¡Qué bien se ve la torre de «La Mirona»! —dijo Mike—. Supongo que la situarían así para que los contrabandistas pudieran hacerse señales de una a otra. Si uno de nosotros se hubiese quedado en nuestra torre y ahora agitara un pañuelo, lo veríamos perfectamente.

—¡Mike! ¡Jack! ¡Oigo algo! —dijo Nora de pronto.

Todos la miraron sorprendidos.

—¿Qué tiene eso de particular, Nora? —exclamó Jack—. Yo también oigo algo: el canto de los pájaros, el rumor de las olas...

—No me refiero a eso —dijo Nora—. Lo que he oído han sido voces.

—¿Voces? ¿Voces en una casa que está deshabitada desde hace tantos años? —respondió Jack entre risas.

—Te aseguro que he oído voces —afirmó Nora.

De pronto, señaló el jardín a través de una ventana.

—¡Mirad!... ¡Venid!... ¿Veis la puerta del jardín?

Peggy y los dos chicos miraron y sus ojos se agrandaron con una expresión de sorpresa.

—¡Está abierta! —exclamó Mike—. Y cuando la hemos escalado estaba cerrada y bien cerrada. Nora tiene razón. Se comprende que haya oído voces.

—Puede ser que alguien quiera comprar esta casa y haya venido a verla —dijo Nora—. Hemos hecho mal en entrar, y peor en arrancar manzanas. ¡Vámonos!

En esto, los demás oyeron también las voces, y Jack exclamó, alarmado:

—¡Creo que ya los tenemos aquí! Deben de haber entrado por la puerta de la casa, y de la casa pasado a la torre.

—¡Ya suben! —musitó Peggy, tapándose la boca con la mano—. Callemos todos. ¿Vendrán a esta habitación?

Las voces seguían oyéndose, ya con toda claridad, en la escalera. Una era de hombre, la otra de mujer.

—Esta torre es el sitio ideal —dijo la voz de hombre, con acento extranjero.

—Sí, un sitio del que no sospechará nadie —respondió la mujer, riendo de buena gana.

Pero su risa no era simpática: tenía un algo siniestro. Los desconocidos llegaron a la habitación que estaba debajo de la ocupada por los niños.

La mujer exclamó:

—¡Qué vista tan maravillosa! ¡Y qué lugar tan solitario! En varios kilómetros a la redonda no hay más casa que aquélla que se ve allá. La llaman «La Mirona», ¿verdad? Y la granja está a más de seis kilómetros de aquí. ¿Qué te parece, Felipe?

—Muy bien —respondió Felipe. Y añadió—: ¡Anda, vámonos! Ya hemos visto todo lo que queríamos ver.

Al oír esta orden, los niños respiraron. ¡Menos mal que no se les había ocurrido subir! Pero, de pronto, oyeron decir a la mujer:

—Me gustaría echar un vistazo a la habitación de arriba. Desde ella la vista será más hermosa aún. Además, es la habitación que tenemos que utilizar, ¿no?

—Sí. Subamos —contestó Felipe—. Pero date prisa. Tenemos el tiempo justo.

Inmediatamente, los niños oyeron pasos en la escalera, cada vez más próximos. No supieron qué hacer: permanecieron inmóviles, esperando a que se abriese la puerta. Y cuando se abrió, apareció una mujer rubia que se detuvo, pasmada, al verlos, y, detrás de ella, un hombre moreno.

—¡Vaya! —exclamó la rubia, evidentemente enojada—. ¿Qué hacéis aquí?

—Hemos venido a ver el jardín y la torre —repuso Jack—. Estamos de vacaciones y nos hospedamos en «La Mirona».

Felipe entró y empezó a gritarles.

—¿Con qué derecho habéis entrado aquí, aunque no viva nadie? Vamos a comprar esta casa. Si os vuelvo a encontrar aquí, o en el jardín, os daré una paliza que no podréis olvidar. ¿Entendido? ¡Hala! ¡Ya os estáis marchando!

Los niños estaban asustadísimos. Bajaron volando las escaleras y cruzaron como rayos el

jardín. Nadie les había hablado nunca de aquel modo.

—Se lo contaremos a Timy —dijo Nora—. ¡Corramos!

CAPÍTULO IV

¿SERÁN CONTRABANDISTAS?

Los cuatro niños salieron por la puerta del jardín a todo correr y no se detuvieron hasta que llegaron a «La Mirona». Qué alivio verse de nuevo en casa y en compañía de Timy, que estaba recogiendo fruta en el huerto.

—¡Timy! —gritó Nora, corriendo hacia ella—. Van a comprar el viejo caserón.

—¿Para qué? —preguntó Timy, asombrada—. El lugar es demasiado solitario y la casa demasiado grande para una familia. Sólo sirve para escuela, hotel o algo por el estilo.

—Es una gente muy rara —dijo Jack. Luego le contó todo lo que les había sucedido, y preguntó—: ¿Crees que nos pegarán, como han dicho, si nos vuelven a encontrar en el caserón?

—No me cabe duda —repuso Timy, entrando en la casa con el cesto lleno de fruta. Si lo compran, les pertenecerá, y no tenéis derecho a entrar en una propiedad ajena. Creedme y no os acerquéis por allí. Podéis divertirlos de mil modos lejos de ese viejo caserón.

—¡Es tan misterioso! —dijo Jack—. Viéndolo, uno piensa que allí pueden suceder las cosas más increíbles. Por eso seguiré vigilándolo de cerca.

—Y yo —dijo Nora—. No me gusta espiar a nadie, pero puede más que todo mi curiosidad por saber lo que pasa allí.

—¡Qué tontería! —exclamó Timy—. Esa gente sólo querrá explotar esa casa como lugar de veraneo.

—Bueno, vamos a bañarnos —propuso Mike—. No pensemos más en el caserón. ¡Qué gente tan antipática! Lo mejor será que la olvidemos.

Cogieron sus toallas de baño en silencio. Estaban extrañados. Nunca se habrían imaginado que alguien pudiera tratarlos con tan malos modos. Pero apenas estuvieron en el agua, nadando y jugando, se olvidaron del viejo caserón y de la extraña pareja que se proponía comprarlo.

Al volver a casa, recibieron una gran sorpresa. En el jardín había un coche, y en su interior estaba la mujer rubia que habían visto en el caserón, y que los miró muy seria.

Los niños entraron en la casa extrañados y casi tropezaron con el hombre moreno. Estaba en el comedor, hablando con Timy.

—¡Oh perdón! —se excusó Jack—. No sabía que tenías visita, Timy.

—Ya hemos terminado —dijo Timy, que parecía enfadada—. Id a arreglaros para la merienda.

Los niños se dirigieron al cuarto de baño, y desde él oyeron la voz del hombre que decía:

—¿Pero por qué no quiere venderme esta casa? Le ofrezco mucho más de lo que vale.

—Pertenece a mi familia desde hace doscientos años —dijo Timy con firmeza—, y aunque sólo la habito durante el verano, le tengo mucho cariño y no quiero desprenderme de ella.

—Entonces alquílemela por un año.

—No. Nunca la he alquilado y no pienso alquilarla —respondió Timy.

—Está bien —dijo el hombre moreno, visiblemente enojado—. Haga lo que quiera, pero comete usted un error.

—No lo creo —dijo Timy, sonriendo—. Ahora haga el favor de marcharse. Los niños han de

merendar.

—¡Ya! ¡Los niños! —exclamó el visitante con aspereza—. Tengo que decirle algo de ellos. No les permita que se acerquen al caserón si no quiere que tengan un disgusto.

No quiero volver a ver a esos mal educados correteando por mi jardín y menos por mi casa.

—No tienen nada de mal educados —dijo Timy—. No sabían que usted va a comprar la casa. Buenos días.

Acompañó al hombre moreno hasta la puerta. Éste subió al coche, cerró violentamente la portezuela y arrancó armando un estrépito infernal.

—Me fastidia esa gente que hace tanto ruido con su coche, que más que un automóvil parece una escuadrilla de bombarderos —dijo Mike, que estaba asomado a la ventana—. Oye, Jack. Hay algo raro en ese hombre. ¿Por qué querrá comprar no sólo el viejo caserón, sino también esta casa? ¿No será que quiere hacer algo que no le conviene que se sepa? Este sitio es ideal para hacer cosas ilegales.

—No sé, no sé —dijo Jack—. No tengo la menor idea de lo que busca por aquí. Pero me gustaría saberlo. Si ese señor Felipe, o como se llame, piensa hacer algo anormal, podríamos intentar descubrir de qué se trata.

—¡Eso; indaguemos para descubrirlo! —dijo Nora, entusiasmada—. Presiento que aquí va a pasar algo. ¿Vosotros no?

—Yo también lo presiento —dijo Jack—. Pero podría ser algo completamente normal.

—¡Niños! ¿Bajáis a merendar, o no? —les gritó Timy—. ¿Es que no tenéis ganas de pasteles?

—¡Claro que tenemos ganas! —exclamaron los niños a coro. Y se lanzaron escaleras abajo.

Timy les había preparado una estupenda merienda. Los cuatro niños se sentaron a la mesa. Sus ojos brillaban, se diría que de apetito.

—Timy, ¿quién era ese hombre? —preguntó Jack.

—Ha dicho que se llama Felipe Boroni —dijo Timy—. ¡Proponerme que le vendiera «La Mirona»! Por nada del mundo vendería mi casa a un hombre como el señor Boroni.

—No nos gusta nada ese hombre —dijo Jack, entre bocado y bocado—. Si sus intenciones no son buenas, nosotros averiguaremos lo que pretende.

—Os prohíbo que hagáis eso —exclamó Timy—. Ese hombre cumplirá su palabra y os dará una paliza si os encuentra en casa. Alejaos de ella. Que no se os ocurra ni siquiera espiar desde el muro.

Los niños no contestaron. No querían hacer promesas que no habían de cumplir. Si decían a Timy que no pensaban volver al caserón, mentirían.

Sobre la mesa no quedó ni el más insignificante resto de pastel.

—Lo has hecho demasiado pequeño, Timy —dijo Jack, levantándose.

—Nada de eso. Lo que ocurre es que coméis demasiado —respondió Timy—. Tanto, que he decidido no hacer cena. Después del atracón que os acabáis de dar es imposible que tengáis apetito esta noche.

Los niños se echaron a reír: sabían que Timy estaba bromeando.

—Vamos a dar una vuelta en el bote de Jorge —dijo Jack—. ¿Por qué no vienes con nosotros,

Timy? Nos encantaría que nos acompañaras.

—Tengo mucho trabajo —repuso Timy, moviendo negativamente la cabeza—. ¡Marchaos y que os divirtáis! El ejercicio os abrirá el apetito y cenaréis a gusto.

Los niños corrieron hacia el bote de Jorge. Estaba amarrado en su pequeño embarcadero. Era un bote muy sólido y su dueño lo utilizaba para pescar.

—Jorge, ¿has visto a esa pareja que ha venido a comprar el viejo caserón? —le preguntó Jack.

—Sí —repuso Jorge, sin interrumpir su trabajo de reparar las redes—. Han venido a pedirme que les arregle el jardín. También quieren que les busque dos mujeres en el pueblo para que les limpien la casa ¡Y me han hecho mil preguntas sobre esta costa!

—¡Ah! ¿Sí? ¿Y para qué? —preguntó Mike.

—Eso no me lo han dicho, y me gustaría saberlo —dijo Jorge—. Ese hombre me da muy mala espina. Cuando le dije que mi bote era el único que había en las Cuevas de Spiggy, se empeñó en comprármelo.

—Pero usted no se lo ha vendido, ¿verdad? —preguntó Jack, alarmado.

—¡Claro que no! —exclamó Jorge—. Ni por todo el oro del mundo me desharía de mi bote. No creo que lo quieran para pasear. Estoy seguro de que sólo desean que yo no pueda salir con él e ir y venir por estas aguas...

—¡Ya sé lo que quiere decir, Jorge! —exclamó Mike—. ¡Usted sospecha que son contrabandistas! Yo creía que esta gente empleaba ahora aviones, no barcos.

—Algo deben de estar tramando —dijo Jorge, mientras colocaba cuidadosamente las redes en el fondo del bote—. Pero no pienso ayudarlos vendiéndoles mi barca. ¡Y estaré muy alerta!

—Nosotros también, Jorge —dijeron los niños.

Y contaron al hortelano su aventura en el viejo caserón. Jorge los escuchó atentamente. Luego saltó a su bote, que cabeceaba suavemente en el agua, y los invitó a embarcar.

—Venid. Os enseñaré una cosa.

Los niños se distribuyeron en la barca. Jack empuñó un remo y Mike otro. Jorge se encargó de los dos restantes. El mar estaba en calma. Un oleaje apenas perceptible los mecía suavemente.

—Tenemos que recorrer un buen trecho remando —dijo Jorge—. Cuando volvamos, será la hora de cenar. Lo que quiero que veáis está allí, detrás de aquella punta, en una pequeña ensenada.

El mar era una delicia. Los niños se iban turnando en la tarea de remar. Se ponía el sol. El bote rodeó el saliente de la costa, se internó en la ensenada y se detuvo junto a una enorme roca que se internaba en el mar, partiendo del acantilado, el cual era allí tan bajo, que quedaba casi al nivel del agua. Pero a ambos lados se iba elevando gradualmente hasta alcanzar su nivel normal.

Jorge volvió a conducir el bote mar adentro. De pronto, soltó los remos, se llevó la mano a la frente a modo de visera y miró hacia tierra.

—¡Mirad hacia allí! —exclamó—. ¿Qué veis?

Los niños miraron en la dirección que les indicaba Jorge, y Jack dijo:

—¡Fijaos! Desde aquí se ven las dos torres: la del viejo caserón y la nuestra. El acantilado es aquí tan bajo, que se ven perfectamente.

—Es verdad —dijo Jorge—. En la época en que el contrabando estaba a la orden del día, los

barcos podían anclar aquí sin que los viesen desde el pueblo, y desembarcar el material por la noche, cuando desde las torres les indicaban que podían hacerlo sin peligro. La señal consistía en encender una linterna, y de ello se encargaba el viejo Spiggy.

—¡Qué emocionante! —exclamó Jack—. ¿Cree usted que el señor Boroni querrá las torres para hacer lo que hacía Spiggy?

—¡Cualquiera sabe!... En fin, lo que debemos hacer es tener los ojos bien abiertos.

—¡Eso es! —dijeron los niños.

Y empezaron a remar con todas sus fuerzas. Había que estar en casa a la hora de la cena.

CAPÍTULO V UNA LUZ EN LA TORRE

Desde entonces, los niños no cesaron de vigilar el viejo caserón. Vieron salir humo de la chimenea y dedujeron que las mujeres que tenían que limpiar la casa ya estaban trabajando. Jorge fue también a dejar el jardín libre de zarzas y ortigas, y dijo a los niños que los nuevos propietarios de la casa llegarían a la semana siguiente.

—Por lo visto —añadió—, tienen mucha prisa por venir. La casa necesita un arreglo general, pero ellos sólo han hecho arreglar una parte.

Los niños siguieron bañándose, haciendo excursiones, pescando y remando, como de costumbre, pero el día en que los nuevos propietarios tenían que llegar al viejo caserón, treparon a un gran árbol próximo a la puerta del jardín y se ocultaron en su frondosa copa.

Bien sentados en las gruesas ramas y apoyados en el tronco, permanecieron al acecho. Al cabo de un rato vieron llegar un gran camión de mudanza, y luego otro. Pero ya no llegó ninguno más.

—¡Qué raro! —exclamó Jack—. Sólo dos camiones de muebles para una casa tan grande. Deben de querer amueblar sólo una pequeña parte.

Los camiones cruzaron la puerta del jardín y se detuvieron ante la casa. Los hombres que iban en ellos bajaron y empezaron a descargar muebles y objetos. Poco después apareció el coche del señor Boroni. El auto se detuvo exactamente debajo del árbol en que estaban ocultos los niños. Hizo este alto para dejar pasar a uno de los camiones, que emprendió el regreso, ya vacío.

En el coche estaba su dueño, el señor Boroni, y también la mujer rubia, el conductor y un joven que en aquel momento conversaba con la dama.

—Bueno —dijo Boroni al joven mientras bajaba del auto—, ya hemos llegado. Vete a la casa, Ana. Luis y yo vamos a inspeccionar los muros del jardín para ver si se conservan en buen estado.

El coche entró en el jardín y los dos hombres se quedaron debajo del árbol. Hablaban en voz baja, pero los niños los oían perfectamente.

—En todo el país no hay un sitio más seguro que éste —dijo Boroni—. El barco puede permanecer anclado sin que lo vean. En el momento oportuno, nosotros, desde esa torre, le haremos la señal convenida con una linterna. ¿Comprendes Luis? Obraremos como los antiguos contrabandistas... Pero nuestras mercancías son muy diferentes. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

Luis se echó a reír también.

—Ven —dijo—. Quiero inspeccionarlo todo. ¿Cuándo llegarán los perros?

El señor Boroni murmuró algo que los niños no pudieron oír, y los hombres se alejaron sin apartarse del muro del jardín. Los niños, que apenas se habían atrevido a respirar mientras los hombres estaban debajo de ellos, se miraron con inocultable emoción.

—¿Habéis oído? —musitó Mike—. ¡Llegará un barco y ellos harán señales con una luz desde la torre! ¡Todo como en los tiempos de Spiggy!

—¿Entonces son contrabandistas? —preguntó Nora sin salir de su asombro—. ¿Y qué mercancías serán ésas que, según dicen, han de llegar?

—No lo sé —contestó Mike—. pero te aseguro que lo averiguaremos. Esto es lo más

emocionante que nos ha sucedido desde que huimos a la isla secreta.

—Me encantan las aventuras —dijo Jack—. Pero hay que llevar mucho cuidado con esos tipos. Si se enteran de que sospechamos de ellos, los pasaremos muy mal.

—Procuraremos que no se enteren —dijo Nora mientras bajaba del árbol—. ¡Vámonos! ¡Ya estoy cansada de espiar!

—¡Nora! ¡No seas estúpida! —le increpó Jack, levantando la voz sólo un poco, pues no se atrevió a más—. No sabemos aún si podemos bajar sin peligro.

Pero Nora estaba ya deslizándose por el tronco. Y llegó al suelo en el preciso momento en que Boroni y Luis aparecían, una vez inspeccionado el muro. Inmediatamente vieron a Nora. Boroni lanzó un gruñido.

—¡Ven aquí!

Nora estaba tan asustada, que no pudo ir hacia él ni huir: se quedó clavada en el suelo. Jack y sus dos hermanos la observaban, procurando no hacer el menor ruido, y preguntándose cómo saldría Nora del aprieto. El señor Boroni se acercó a ella y empezó a gritarle y a zarandearla.

—¿Qué haces aquí? ¿No os he dicho que no quiero veros rondando mi casa? ¿Dónde están los demás? Seguro que no andarán muy lejos.

Nora sabía que el señor Boroni no la había visto bajar del árbol y esto la tranquilizó. ¡Con tal que no se le ocurriera mirar hacia arriba!...

—¡Por favor, déjeme marcharme! —dijo, a punto de echarse a llorar—. Sólo he venido a dar un paseo. No he entrado en su casa: se lo aseguro.

—Pero intentabas entrar —exclamó el señor Boroni, furioso y zarandeándola de nuevo—. Ahora ve a decirle a tus compañeros que como los vea merodeando por aquí se arrepentirán.

—Ahora mismo voy a hacerlo —dijo Nora, y salió disparada colina abajo.

—¡Le has dado un buen susto! —dijo Luis a Boroni con una cruel sonrisa—. Has hecho bien. Hay que alejar a esos niños curiosos. En fin, cuando lleguen los perros, nadie se atreverá a acercarse a esta casa. ¡Son verdaderas fieras!

Los dos amigos, sin interrumpir su charla, desaparecieron por la puerta del jardín.

—¡Qué par de granujas! —comentó Jack en voz baja—. Nora ha demostrado ser muy lista al salir corriendo como si quisiera transmitirnos sin pérdida de tiempo la advertencia de Boroni. ¡Qué lejos estaba este señor de sospechar que le habría bastado levantar la cabeza para vernos!

—Bajemos ya —dijo Peggy, pensando en que si los veían en el árbol estarían perdidos—. ¿Puedo bajar, Jack, o crees que es peligroso?

Jack apartó una rama y miró en todas direcciones.

—No hay peligro —dijo—. ¡Todos abajo!

Uno a uno fueron deslizándose por el tronco. Seguidamente echaron a correr colina abajo, procurando esconderse detrás de los árboles para que nadie los pudiera ver desde el viejo caserón. En «La Mirona» los esperaba Nora, deshecha en lágrimas.

—No te pongas así —le dijo Jack, rodeándole los hombros con el brazo—. Te has asustado, ¿verdad?

—No llo...o...ro del sustoooo —sollozó Nora—. Llo...o...ro por lo to...on...ta que he

sidoooo... He bajado del árbol sin pensar en nada, y casi lo echo todo a perder.

—Desde luego, ha sido una imprudencia —dijo Mike—, pero, afortunadamente, no nos has descubierto. Has demostrado que eres una chica lista, Nora. ¡Anda, ánimo! Pero de ahora en adelante, ten más cuidado.

—Jack será nuestro capitán —dijo Peggy—, como lo fue cuando estábamos en la isla. Él dirigirá esta aventura. Todos haremos lo que él ordene.

—De acuerdo —dijo Nora, ya más animada y guardándose el pañuelo en el bolsillo—. Yo haré siempre lo que mande el capitán.

—¿Creéis que debemos explicarle a Timy nuestra aventura? —preguntó Mike.

—No, ni pensarlo —repuso en el acto Jack—. Es una mujer valiente, pero podría asustarse y prohibirnos investigar. Mantendremos el secreto entre nosotros. Tal vez más adelante nos aliemos con Jorge para que nos ayude.

—Ya habéis oído lo que han dicho de las mercancías —dijo Mike—. Hay que vigilarlos. Montaremos guardia por turno en nuestra habitación, que es la más alta, y así podremos vigilar durante toda la noche. Si vemos que se enciende una luz en la torre del caserón, nos deslizaremos silenciosamente hasta la playa, nos esconderemos en una cueva y veremos desembarcar las mercancías. Entonces sabremos con qué artículos hace contrabando el señor Boroni.

—Esto se pone cada vez más emocionante —dijo Peggy, sin saber si estaba contenta o atemorizada—. Tendremos que llevar mucho cuidado. Hemos de evitar que nos descubran.

Jorge les dijo que sólo habían amueblado ocho de las veinte habitaciones del viejo caserón.

—Las ocho habitaciones de la torre —precisó—. Me lo ha dicho una de las mujeres que hacen la limpieza. O sea, que sólo utilizarán la torre.

—Desde luego, la utilizarán —afirmó Mike.

Pero no dijeron a Jorge lo que habían averiguado. Era joven y simpático, pero para ellos era una persona mayor. Tal vez opinara que debían contárselo todo a Timy. Nada deseaban tanto como continuar la aventura y descubrirlo todo ellos solos, sin que se mezclara ninguna persona mayor...

Aquella noche, los niños se fueron a dormir con el ánimo en tensión. Jack haría la primera guardia, de diez a doce; Mike la segunda, de doce a dos, y Nora la última, de dos a cuatro. Después amanecería y ya no haría falta vigilancia. A la noche siguiente, la primera guardia correría a cargo de Peggy.

—Nos sentaremos junto a esta ventana y no quitaremos los ojos de la torre del viejo caserón —dijo Jack—. Si el que esté de guardia ve encenderse una luz, despertará inmediatamente a los demás y nos iremos todos a la playa, para escondernos en una cueva y ver si llega algún bote cargado.

Peggy y Nora se fueron a su habitación. Les fue muy difícil dormirse. Mike y Jack siguieron hablando, pero pronto se quedaron dormidos. Jack había puesto el despertador a las diez, hora en que debía empezar su guardia.

—¡Rrrrrriiiiiinnnggggg! —sonó el despertador, y Jack se levantó para pararlo. Eran las diez en punto.

—Menos mal que Timy nos ha alojado en la torre —dijo, hablando consigo mismo—. Si

hubiéramos dormido más cerca de ella, la habría despertado el timbre... Mike, ¿estás despierto? ¿Sí? Pues vuelve a dormirte. Yo voy a vigilar. Ya te despertaré a las doce.

Jack se puso su bata, se asomó a la ventana y miró hacia el lugar donde se hallaba el caserón. Pero la noche era tan oscura, que no se distinguía ni siquiera la silueta de la torre.

«Sin embargo —pensó—, si se enciende una luz la veré».

Un búho ululó a lo lejos. Después un insecto chocó con el cristal de la ventana, dando al observador un buen susto. Jack bostezó. Transcurridos cinco minutos, el aburrimiento empezó a apoderarse de él. No es, pues, extraño que sintiera una gran alegría cuando llegó la hora de despertar a su compañero.

Mike se levantó medio dormido, se puso la bata y se acercó a la ventana. Jack se acostó de buena gana, e inmediatamente se quedó dormido.

Mike observó la torre, cuya negra silueta se recortaba ya en el cielo, más despejado. Los ojos se le cerraban, y se levantó para no quedarse dormido en la silla.

Cuando su turno se acercaba a su fin oyó un ligero ruido en la habitación y sintió que una mano se posaba en su hombro. Mike recibió tal susto, que dio un salto y poco faltó para que rodara por el suelo. Pero en seguida reaccionó y se arrojó sobre su adversario.

—¡Ay, ay! —se quejó Nora—. ¡Quieto, Mike! He venido a ver si era la hora de mi turno.

—¿Y para eso te acercas sin hacer ruido? —protestó Mike—. ¡Vaya susto que me has dado! Creí que eras un contrabandista o algo así.

Nora se echó a reír y se sentó junto a la ventana.

—Vete a la cama —le dijo—. Ahora me toca a mí. Me siento persona importante.

Aquella noche no sucedió nada de particular. Tampoco a la siguiente. Ni a la otra. Pero a la cuarta noche se encendió en la torre una luz. ¡Sí, allí estaba, parpadeando en la oscuridad!

CAPÍTULO VI UN EXTRAÑO DESCUBRIMIENTO

Fue Peggy la primera que vio la luz en la torre del viejo caserón. Mike había hecho la primera guardia, y Peggy había subido poco después de las doce para hacer la suya. Murmuró unas palabras al oído de Mike y se sentó junto a la ventana.

—No ha habido ninguna señal —dijo Mike, mientras se acostaba—. Y ésta ya es la cuarta noche. Empiezo a cansarme de...

Pero en este momento Peggy dio un grito tan fuerte, que por poco se cae de la cama.

—¡Mike! ¡Mike! —siguió gritando Peggy—. ¡Hay una luz en la torre! ¡Se ha encendido ahora mismo!

Mike corrió hacia la ventana. Tropezó con una silla, la derribó, y el ruido despertó a Jack.

—¡Sí! —exclamó Mike—. ¡Es una luz! ¡Jack! ¡Jack! ¡Mira! ¡Ven, corre!

Jack saltó de la cama y corrió hacia la ventana. No cabía duda: en la torre había una luz que se encendía y apagaba sin cesar y cuyos destellos atravesaban la oscuridad de la noche.

—¡Son señales! —dijo Jack, nervioso—. El barco que esperaba recibir este aviso debe de estar anclado cerca de la gran roca que vimos el otro día.

—¿Nos vestimos y bajamos a la playa? —preguntó Mike, cuya agitación no le permitía estar quieto un solo segundo.

—Sí —repuso Jack—. Peggy, ve a despertar a Nora.

Pero no hay prisa. La luz acaba de encenderse. Las barcas que han de transportar la mercancía a la playa tardarán bastante en llegar. Nos sobra tiempo para vestirnos.

Peggy bajó volando la escalera. Encontró a Nora profundamente dormida, y tuvo que zarandearla para que se despertase y poder contárselo todo.

—¡Nora! ¡Hay luz en la torre! ¡Vístete! ¡Pronto! ¡Hemos de bajar a la playa para esperarlos!

Nora se puso tan nerviosa, que no encontraba su ropa. Al fin, las dos hermanas se vistieron. Lo hicieron a oscuras, porque Jack había prohibido que se encendieran luces. Temía que los estuviesen vigilando desde la torre.

—Del mismo modo que nosotros podemos ver su luz, ellos pueden ver las nuestras —razonó el capitán.

—Cierto, jefe —dijo Mike, vistiéndose a toda prisa.

Se puso los calcetines del revés y se abrochó mal los botones de la chaqueta. Pero, ¿qué importaba? Todos se arreglaron en un abrir y cerrar de ojos. Jack cogió su linterna y dio otra a Peggy, para las chicas.

Bajaron la escalera sin hacer el menor ruido, salieron de la casa por la puerta de la torre, cruzaron el jardín y se encaminaron a la playa.

—Nora va en zapatillas; no encontraba las sandalias —dijo Peggy entre carcajadas.

—¡Chist! —le ordenó Jack, enfadado—. Tened en cuenta que puede haber alguien cerca de aquí y que nadie debe oírnos ni vernos.

Silenciosamente, bajaron a la playa por el camino trazado en el suelo rocoso. La marea estaba

bajando. La luna salió de detrás de una nube e iluminó la playa. Jack se detuvo y paseó la vista por el mar.

—No hay ni rastro de barca —susurró—. Vamos a las cuevas antes de que llegue alguien. Veréis cómo los habitantes del viejo caserón no tardan en bajar a la playa.

Los niños se escondieron en una pequeña cueva cercana al camino. Se dijeron que desde allí podrían ver a todo el que subiera al acantilado o bajara de él. Se sentaron en el suelo arenoso esperando, conversando en voz baja. Nora estaba tan nerviosa que temblaba.

De pronto oyeron voces y se miraron sorprendidos. Procedían del lado derecho. Jack se asomó con gran cuidado, aprovechando un momento en que la luna se escondió tras una nube.

—Creo que son Felipe Boroni y ese joven llamado Luis —murmuró Jack.

—¿Por dónde diantre habrán venido? —preguntó Mike—. No los hemos visto pasar por el camino, y no hay otro en muchos kilómetros para bajar a la playa. No hay que pensar que hayan bajado por esas pendientes rocosas, casi tan verticales como paredes.

—¡Qué raro! —dijo Jack—. Si hubiesen estado aquí cuando nosotros llegamos los habríamos visto... Pero quizás estaban escondidos en una cueva... En este caso, quiera Dios que no nos hayan descubierto...

Al oír esto, Nora se estremeció. Pero Mike la tranquilizó al replicar:

—Si nos hubiesen visto, nos habrían echado de aquí inmediatamente, pues no querrán que veamos lo que hacen. ¡Escuchad! ¿Qué ruido es ése?

Los niños escucharon y oyeron el zumbido de un motor sobre la negra superficie del mar.

—¡Una lancha de motor! —exclamó Jack—. Ha esperado detrás de la roca hasta recibir la señal, y ahora viene hacia aquí. ¡Vigilad todos! ¡Mucha atención!

Los niños se levantaron y asomaron la cabeza. A la luz de la luna, que apareció un momento, vieron una canoa automóvil que se dirigía a la playa, rompiendo el silencio con el sordo bramido de su potente motor.

De pronto, éste dejó de funcionar, pero la barca siguió deslizándose suavemente hacia el embarcadero que quedaba oculto a la vista de los niños, y en el que estaba amarrado el bote de Jorge.

—Deben de estar en el embarcadero —dijo Jack—. Aunque desde aquí no los vemos, sabremos qué mercancías transportan cuando pasen por este camino que tenemos tan cerca y que es el único que conduce al caserón.

Esperaron impacientes. Hasta ellos llegaba un murmullo de voces, acompañado del golpeteo de la quilla de la barca contra el embarcadero. Luego volvieron a oír el ruido del motor al ponerse en marcha, y la canoa se alejó mar adentro.

—No tardarán en pasar por aquí —dijo Jack—. Ahora todos quietos y ni el menor ruido. Sobre todo, que a nadie se le ocurra estornudar ni toser.

Inmediatamente, Nora notó que tenía ganas de estornudar. Sacó el pañuelo y lo apretó con fuerza contra su nariz. Sería espantoso que por culpa de su estornudo los descubrieran.

Pero ni el estornudo salió de su nariz, ni nadie pasó junto a la cueva. Los niños no vieron ni oyeron absolutamente nada que revelara la presencia de seres humanos.

Media hora después, los cuatro empezaron a impacientarse.

—Jack, ¿qué habrá pasado? —preguntó Nora.

—No tengo la menor idea —respondió Jack.

Pero, de pronto, una feliz ocurrencia cruzó su cerebro.

—¡Ya sé lo que puede haber pasado! —exclamó—. Es posible que la motora haya venido a buscar a alguien, y se lo ha llevado. Si ha sido así, se comprende que no hayamos visto pasar a nadie.

—Entonces lo mejor será que salgamos a inspeccionar —dijo Mike—. ¿Qué te parece, Jack?

—Bien —respondió Jack—. Pero, por favor, no hagáis ruido.

Lentamente, los niños se dirigieron al embarcadero. Allí estaba amarrado el bote de Jorge. Jack enfocó el suelo con su linterna y señaló unas huellas de pasos marcadas en la arena.

—Sigámoslas hacia atrás para ver de dónde vienen —dijo Mike—. No comprendo cómo han podido bajar esos hombres a la playa sin que los hayamos visto pasar.

Con sus linternas encendidas, los niños siguieron las huellas desde el embarcadero. Después de recorrer un buen trecho de playa, llegaron a una gran caverna.

—Por lo visto, estaban escondidos aquí —dijo Jack.

—¡Mira! —exclamó de pronto Mike—. En el interior de la cueva termina repentinamente el rastro. Desde luego, no han venido por el camino del acantilado. Entonces, ¿por dónde?

—¡Jack! ¡Mike! ¡Debe de haber un pasadizo secreto entre el viejo caserón y la playa! —dijo de pronto Nora, gritando de tal modo, que todos se sobresaltaron.

—¡Chist! —ordenó Jack, pero también en voz alta—. ¡Nora tiene razón! ¿Cómo no se nos habrá ocurrido antes? ¡Nora, has tenido una idea genial!

—El pasadizo debe de empezar en esta cueva, que es donde termina el rastro —dijo Nora, entusiasmada por las alabanzas de Jack—. Vamos a inspeccionarlo.

—Y nos encontraremos con el señor Boroni y su amigo Luis —dijo Jack—. ¡No, gracias! Además, eso es mejor hacerlo de día. Ahora es peligroso. Volvamos a casa y estudiemos la situación con calma.

Emprendieron el regreso por el camino del acantilado. Cuando llegaron a su torre, las niñas se acostaron en una de las camas del dormitorio de los chicos y éstos en la otra.

Empezaron a hablar y a discutir. Estaban excitadísimos por su aventura nocturna, tanto que, cuando se durmieron, ya había amanecido.

—Está todo claro —explicó Jack por centésima vez—. Boroni y su amigo han hecho las señales convenidas y entonces la canoa ha traído el contrabando a la playa. Los contrabandistas han bajado por el pasadizo secreto que une el caserón con la cueva, han recogido la mercancía y han regresado a su guarida por el mismo camino. Por eso no los hemos visto.

—¿Cuándo inspeccionaremos la cueva para ver si encontramos el pasadizo secreto? —preguntó Peggy a Jack.

—Mañana —repuso éste, dando un gran bostezo.

—Querrás decir hoy —dijo Mike, sonriendo y señalando, a través de una de las ventanas, el cielo, que comenzaba a teñirse de una luz anaranjada—. Ya ha empezado un nuevo día. Bueno,

durmamos un poco.

Las niñas bajaron a su habitación. Los chicos se acostaron en sus camas y en seguida se quedaron dormidos. Cuando Timy los despertó eran las siete y media, pero a ellos les pareció que sólo habían dormido unos minutos.

—¿Es que no pensáis levantaros esta mañana? —preguntó—. ¡Cualquiera diría que habéis estado despiertos toda la noche!

—A lo mejor aciertas, Timy —dijo Jack. Y se echó a reír.

CAPÍTULO VII EL PASADIZO SECRETO

Los niños estaban aún medio dormidos cuando tomaron el desayuno. Timy no conseguía arrancarles una palabra.

—Qué raros estáis esta mañana —dijo mientras les servía café con leche—. Bostezáis, reís, os frotáis las manos con cara de satisfacción, y volvéis a bostezar. ¿Estáis planeando alguna travesura?

—¡Oh, no, Timy! —respondieron todos.

—Bueno, pues que no se os ocurra hacerla —les advirtió Timy.

—Oye, Timy —dijo Jack—, ¿nos podrías preparar unos bocadillos? Te lo agradeceríamos mucho. Nos gustaría comer en la playa, ¿sabes? Volveremos a la hora de la merienda.

—Bien —aceptó Timy—. Os haré bocadillos de tortilla de patatas y un pollo frío. Os pondré limonada y fruta. ¿Tendréis bastante?

—¡Claro! —exclamaron todos.

Timy les preparó la comida mientras buscaban las linternas. Por si éstas les fallaban cogieron también cerillas y velas. Hablaban con gran excitación. ¡Sería tan divertido buscar un pasadizo secreto!...

Timy les puso la comida en dos bolsas. Jack se echó una a la espalda y Mike se encargó de llevar la otra. Dijeron adiós a Timy y se dirigieron a la playa por el camino del acantilado.

La marea había borrado las huellas que los niños habían visto la noche anterior. Pero todos recordaban la cueva en que habían estado Boroni y su amigo, y se dirigieron a ella, después de asegurarse de que no había nadie en la playa.

Llegaron a la cueva. La entrada era muy ancha, pero la caverna se internaba profundamente en el acantilado, y cuanto más avanzaban los niños, mayor era la humedad y la oscuridad que los rodeaba. Las paredes estaban empapadas y, en el suelo, las rojas anémonas esperaban el momento de abrirse, cosa que ocurriría cuando volviese a subir la marea.

Los niños, con las linternas encendidas, exploraban detenidamente la cueva, con la esperanza de encontrar la entrada del pasadizo. Pero no la encontraban.

—Aquí no hay nada más que paredes, suelo y techo —dijo Mike, paseando la luz de su linterna por las algas que revestían la roca—. Y al final, otra pared que cierra la cueva. Empiezo a creer que aquí no hay ningún pasadizo.

—¡Mirad! —exclamó de pronto Jack—. ¿Qué es eso?

Su linterna enfocaba la parte superior de una de las paredes. Sus compañeros se acercaron a él inmediatamente y vieron unos rudimentarios escalones tallados en la roca. En ellos había algas arrancadas y pisoteadas recientemente.

—Mirad esas algas —dijo Jack—. Alguien ha pasado sobre ellas. Aquí está el principio del pasadizo. ¡Hala! Subamos todos.

Alumbrando con sus linternas el camino, los niños intentaron subir la rocosa escalera. Pero estaba tan resbaladiza, que la ascensión era casi imposible.

De pronto, Peggy vio algo que parecía un largo y negro gusano que colgaba sobre los escalones. Dirigió a él el foco de su linterna y exclamó:

—¡Aquí hay una cuerda! ¡Nos ayudará a subir!



Todos se quedaron mirando la cuerda. Mike la atenazó con sus manos. Colgaba a través de un agujero que se abría en el techo de la cueva. Estaba bien sujeta, pues resistió perfectamente los tirones de Mike. Éste exclamó:

—No cabe duda de que la han puesto aquí para facilitar la subida por esta resbaladiza escalera. Voy a subir. Luego subiréis vosotros.

En efecto, la subida con ayuda de la cuerda fue muy fácil. Mike desapareció por la negra abertura bajo la que terminaba la escalera y paseó en torno de él el haz luminoso de su linterna.

Estaba en otra cueva mucho más pequeña que la anterior. Esparcidos por el suelo, vio cofres y barriles vacíos y desvencijados. Mike dijo a sus compañeros:

—Esta caverna la debieron de utilizar los antiguos contrabandistas. Todavía están aquí los cofres y los viejos barriles en que traían licores, sedas y todo lo que pasaba de contrabando en aquella época. ¡Subid!

Uno tras otro, los niños subieron a la segunda cueva. Jack movió los cofres. Todos estaban vacíos.

—Debe de hacer años y años que los vaciaron los contrabandistas —dijo, y añadió, dirigiendo hacia el fondo la luz de su linterna—. ¿A dónde conducirá esta pequeña cueva? ¿Hay alguna puerta o algo parecido?

—Sí —repuso Mike—: hay una recia puerta de roble llena de cerrojos. Sería una pena que no la pudiéramos abrir.

Pero pudo. La puerta se abrió pesadamente, y quedó al descubierto un estrecho pasadizo excavado en la roca.

—¡Aquí está el pasadizo! —gritó Mike—. ¡Qué emocionante!

—No grites tanto —le reprochó Jack—. Puede haber alguien en el pasadizo. Yo iré delante; mi linterna es más potente.

Siguió avanzando por el estrecho túnel. En algunos puntos el techo era tan bajo, que los niños tenían que agachar la cabeza para evitar el coscorrón. El pasadizo se prolongaba, describiendo curvas. A veces subía, y a veces era completamente llano. Siguieron avanzando y de pronto vieron que ya no estaba excavado en la roca, pues sus paredes eran de tierra. A los quinientos metros ya no había ni gota de humedad.

El silencio era tan profundo, que sólo se oían los pasos de los niños. Más adelante el pasadizo empezó a ensancharse y acabó por formar una especie de cámara subterránea. Allí encontraron más cofres, algunos enormes, pero todos vacíos.

—¡Imaginaos a los antiguos contrabandistas sentados en los cofres y bebiendo ron! —exclamó Peggy—. Luego abren cajones y barriles, venden la mercancía, y otra vez a navegar en plena noche.

—Debemos de estar ya muy cerca del viejo caserón, ¿verdad, Jack? —preguntó Nora—. Hemos andado tanto, que tenemos que estar al final del pasadizo.

—Yo creo que nos hallamos exactamente debajo del caserón —dijo Jack—. Aquella puerta debe de dar a los sótanos.

—Abrámosla. Así lo sabremos —propuso Mike.

Empujó suavemente la puerta, y ésta se abrió sin ruido.

Mike miró hacia el interior y vio en el fondo una escalera de piedra que terminaba en el techo.

Los niños subieron sigilosamente dieciocho escalones y llegaron a un espacio cerrado. La linterna de Jack permitió ver estanterías vacías, botellas y barriles.

—Debemos de estar en la bodega del caserón —dijo Jack—. ¡Mirad! Esa escalera debe de conducir a la casa.

Su linterna iluminaba los escalones. Eran pocos y sobre ellos había una puerta entreabierta, que dejaba pasar una brillante franja de luz.

—Quedaos aquí —dijo Jack—. Voy a ver si oigo algo.

Nadie se movió mientras Jack empezaba a subir silenciosamente la corta escalera. Abrió la puerta y permaneció inmóvil, escuchando. No oyó nada. Asomó la cabeza y vio una alacena. No había nadie. Jack trató de recordar dónde estaba la torre. Naturalmente estaría cerca de la despensa, y quizá se comunicara con ésta por una puerta que permitiera a la servidumbre llevar la comida a las habitaciones de los pisos de la torre.

Jack se deslizó en la despensa y miró en todas direcciones. Sí, habían cruzado en otra ocasión para entrar en la torre. Sin duda, daba paso a esta parte del edificio.

Después de haber llegado tan lejos, Jack se sintió impulsado a seguir adelante. Silenciosamente cruzó la despensa en dirección a la puerta. Jack la abrió y se encontró en la escalera de la torre. Subió hasta la habitación más alta, ante cuya puerta se detuvo, sorprendido.

Alguien lloraba en aquella habitación. Parecía el llanto de un niño. Trató de abrir la puerta, pero estaba cerrada con llave. Llamó débilmente con los nudillos.

La persona que estaba dentro dejó de llorar y preguntó:

—¿Quién es?

Pero antes de que Jack pudiese responder, oyó un rumor de voces. ¡Alguien subía la escalera! Estuvo un momento sin saber qué hacer. No podía esconderse en aquella habitación, pero quizá sí en la de abajo. Con tal que no entrasen...

Bajó rápidamente la escalera y entró en la pieza elegida como escondite. Estaba amueblada con gran sencillez: sólo había allí una alfombra, una silla y una mesa. Jack se quedó al lado de la puerta, que dejó entornada, como la había encontrado. Jack se pegó a la pared, temblando de emoción.

Los pasos se detuvieron ante la puerta.

—Un momento. Voy a ver si me he dejado aquí los papeles —dijo la voz de Luis.

¡El cual empujó la puerta y asomó la cabeza!

CAPÍTULO VIII

¿CÓMO ESCAPAR?

Jack estaba seguro de que Luis lo descubriría si introducía un poco más la cabeza en la habitación. Su corazón latía con tal violencia, que temía que Luis lo oyese. Pero, para sorpresa suya, Luis echó una mirada a la mesa, cerró la puerta y siguió su camino escaleras arriba.

—No me los he dejado aquí —oyó Jack que decía Luis a su acompañante.

A Jack le parecía imposible que no lo hubiera visto. Esperó hasta oír que abrían la puerta del piso superior, abrió rápidamente la de la habitación donde estaba, bajó corriendo la escalera, cruzó la despensa y llegó a la bodega, donde lo esperaban los tres hermanos. Pero, al llegar, resbaló en el último escalón y cayó a los pies de Mike.

—¡Jack! ¿Qué te ha ocurrido? —preguntó Mike—. ¡Cuánto has tardado!

—¡Casi me atrapan! —repuso Jack, jadeante—. En seguida os lo contaré todo. Salgamos de aquí: en la cámara subterránea hablaremos.

Bajaron los dieciocho escalones. Mike y sus hermanas ansiaban saber lo que le había sucedido a Jack.

—Sentémonos aquí un momento —dijo éste—. Os lo voy a contar todo... Veréis. A través de la despensa he llegado a la puerta que da a la torre y luego he subido por la escalera hasta la habitación más alta. Pero la puerta de esta habitación estaba cerrada con llave, y dentro había alguien llorando...

—¿Llorando? —exclamó Nora—. ¿Tendrán a alguien secuestrado, Jack?

—Quizá. Me pareció el llanto de un niño... o de una niña. ¿Verdad que todo esto es la mar de misterioso?

—Quizá no se dediquen al contrabando, sino a otra cosa peor —dijo Peggy con acento sombrío—. A lo mejor, fue ese prisionero que llora lo que trajeron anoche en la barca de motor.

—Creo que has acertado, Peggy —dijo Jack—. Hay que averiguar quién es el secuestrado.

—A mí me parece —dijo Nora— que un día u otro se asomará a la ventana. Podríamos pedir los prismáticos a Timy y vigilar. Así veríamos al prisionero y sabríamos cómo es.

—¡Buena idea, Nora! —exclamó Mike—. Nos turnaremos en la vigilancia.

—Siento el cosquilleo del hambre —dijo Peggy—. Debe de ser la hora de comer. ¡Nos ha llevado tanto tiempo esta investigación!

Emprendieron la vuelta por el pasadizo secreto. El camino les parecía ahora más fácil. Agachando la cabeza de cuando en cuando iban recorriendo el pasadizo. Las pilas de la linterna de Nora se agotaron y la niña tuvo que unirse a Jack para guiarse por la luz de su linterna.

Al fin llegaron a la cueva desde la que se bajaba a otra por una cuerda. Allí estaba la cuerda que facilitaba el descenso. Asido a ella, Jack empezó a bajar. De pronto, lanzó un grito de contrariedad.

—¡Qué desastre! ¿Sabéis lo que ha pasado?

—¿Qué? —preguntaron los tres hermanos.

—Pues que mientras investigábamos, la marea ha subido y la cueva está llena de agua. Llega

casi hasta el techo. No podemos salir de aquí.

Jack volvió al lado de sus compañeros. Los cuatro cruzaron miradas de desaliento. No sabían qué hacer.

—¡Qué idiotas hemos sido! —dijo Mike—. No hemos pensado en la marea. Habría bastado acordarse de que las aguas bajan y suben para comprender que podíamos quedar atrapados en esta cueva. Lo peor es que la marea tardará mucho en bajar.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Nora—. ¡Tengo un apetito...! ¿Por qué no comemos?

—Aquí hace frío y hay mucha humedad —dijo Jack, temblando—. Si nos sentamos aquí nos helaremos. Estaremos mejor en la cámara subterránea. Para tener luz, encenderemos las velas. Así no gastaremos las pilas de las linternas.

Volvieron sobre sus pasos por el pasadizo secreto, llegaron a la cámara subterránea, y allí donde los antiguos contrabandistas tanto habían cantado, bebido y fumado, los cuatro niños abrieron las mochilas y saborearon los exquisitos bocadillos que les había preparado Timy.

Nunca les había sabido tan bien la tortilla de patatas. Y en cuanto al pollo, habrían comido el doble de lo que comieron. Después dieron buena cuenta de la fruta y cuando ya no quedaba el menor resto de comida, se bebieron la limonada.

—Ahora me siento mejor —dijo Jack, mirando a sus compañeros con cara risueña—. Tenía un hambre atroz.

Mike consultó su reloj.

—Son ya las cuatro —dijo—. No creo que esta caverna quede libre de agua antes de las cinco y media. Y aún entonces, las olas serán tan altas, que entrarán en la cueva y nos arrastrarán si intentamos salir. Es desesperante.

—Me muero de ganas de observar la torre del viejo caserón desde la nuestra —dijo Nora—. Estoy deseando saber cómo es el prisionero. Sería estupendo que consiguiéramos rescatarlo.

—Oye, Jack ¿por qué no intentamos huir atravesando la casa? —preguntó Peggy—. Si volvemos a la bodega, podremos llegar por la despensa a la puerta que da al jardín. Así, dentro de diez minutos estaríamos en nuestra casa, lo que es mucho mejor que esperar durante horas a que baje la marea.

—Conforme. Pero tendremos que llevar mucho cuidado —dijo Jack, que tampoco quería esperar hasta que bajase la marea—. Yo iré delante y exploraré el terreno para ver si hay peligro.

Todos subieron los dieciocho escalones que conducían a la bodega. Una vez allí, Jack pasó solo a la despensa, donde vio que no había nadie. Oyó un rumor de voces que llegaba de la cocina, pero no vio en ello ningún peligro: se dijo que serían los sirvientes, que estaban merendando.

Por lo demás, la tranquilidad era absoluta. Jack lanzó un ligero silbido, y los tres hermanos se reunieron con él en silencio. Sigilosamente se asomaron a la puerta que daba al jardín. Junto a ella había una serie de botellas vacías, esperando la llegada del lechero.

De pronto, vieron algo que los inquietó profundamente: dos perros enormes paseaban por el jardín.

—¡Lo que faltaba! —murmuró Jack—. No podremos pasar. Me había olvidado de los perros guardianes.

Nora estuvo a punto de echarse a llorar. Primero les cortaba el paso la marea; ahora, los perros.

—¿Crees que nos atacarán si cruzamos el jardín? —preguntó Peggy.

—No —respondió Jack—, pero empezarán a ladrar y sus dueños nos descubrirán en seguida. Dejádme pensar; a ver si se me ocurre algo.

Mike y las niñas esperaron en silencio. A Jack se le ocurrían soluciones estupendas cuando había de salir de un apuro.

—Ya está —dijo Jack al fin—. Nos deslizaremos hasta la caseta de los lavaderos, la que está junto a aquel montón de sacos, y allí nos esconderemos. Seguro que tendrán que atar los perros cuando lleguen el lechero o el panadero. Y cuando los aten, saldremos, primero de la caseta y después del jardín, sin que nos vean. Si logramos subir a aquel árbol que veis allí podremos pasar de una rama a otra y saltar a la parte exterior del muro.

—Buena idea —dijo Mike.

Acto seguido, todos se dirigieron a la caseta de los lavaderos, donde se refugiaron. Luego tuvieron la precaución de cerrar la puerta, con objeto de que los perros no pudiesen entrar.

Esperaron. Jack asomaba la cabeza por la ventana de cuando en cuando, pero nadie llegaba. De pronto, oyeron el tintinear de las botellas del lechero junto al jardín. Jack sonrió a sus compañeros de aventura.

—Preparaos —les dijo en voz baja.

El lechero bajó de su camioneta y tocó el timbre. Inmediatamente los dos perros empezaron a ladrar con todas sus fuerzas. Luis apareció en la puerta de la casa y los llamó. Los ató a un árbol y gritó al lechero:

—¡Entre! ¡Ya están atados los perros!

El lechero se dirigió a la casa, cargado de botellas de leche y botes de mantequilla. Lo llamaron desde la cocina y desapareció por la puerta de la despensa.

—¡Ahora es el momento! —susurró Jack—. Los perros están atados y Luis se ha ido. ¡Corred!

Los cuatro salieron de la caseta y corrieron a toda la velocidad que sus piernas les permitían hacia el árbol que Jack les había señalado. Los perros los vieron y empezaron a ladrar furiosamente, tirando de sus ligaduras como si quisieran romperlas.

—¡Callaos de una vez! —les gritó alguien, indignado, desde la casa.

Los perros siguieron ladrando, pero los niños ya estaban en el árbol, escondidos entre las ramas. Como los perros no cesaban de ladrar, Luis apareció y les gritó:

—¡Os he dicho que os calléis! ¡Es el lechero!

Pero los perros sabían que no sólo el lechero había entrado en el jardín, y seguían ladrando. Los niños esperaron a que Luis volviera a desaparecer en la casa, se deslizaron por una larga rama hasta el muro y saltaron al exterior del jardín.

Estaban contentísimos. Volvieron a «La Mirona» cantando y saltando. La aventura había sido verdaderamente emocionante.

Mike exclamó:

—¡Cuevas misteriosas, pasadizos secretos, una persona secuestrada, la huida de milagro!

¡Todo fantástico hasta lo increíble!

—Ahora hay que descubrir quién es ese infeliz prisionero —dijo Nora—. Tengo unas ganas tremendas de averiguarlo.

Timy los estaba esperando en la sala.

—¡Hola! ¿Cómo ha ido la excursión? —les preguntó—. Qué día tan hermoso ha hecho, ¿verdad?

—¿Hermoso? —dijeron los niños, tratando de recordar. Pero lo único que recordaban era la oscuridad de la cueva y del pasadizo secreto. Y añadieron—: No nos hemos fijado en si el día ha sido malo o bueno.

—¡Siempre bromeando! —exclamó Timy—. Bueno, id a arreglaros para merendar. Os he hecho una cosa que os vais a chupar los dedos.

Todos echaron a correr hacia la escalera para subir a sus habitaciones. Antes de asearse, Mike observó la torre del viejo caserón. ¿Cuándo verían a alguien asomado a la ventana?

CAPÍTULO IX

EL CAUTIVO DE LA TORRE

Los cuatro niños tenían los nervios en tensión. Sólo hablaban del pasadizo secreto y del cautivo de la torre. Pero cuando Timy estaba delante no mencionaban nada de esto.

—Debemos mantener este asunto en secreto —dijo Mike—. Estoy seguro de que Timy se asustaría si se enterase. Lo que no sé es cómo podremos vigilar la torre del caserón durante el día sin que Timy nos vea. Por la noche será fácil, pero durante el día será casi imposible.

—Desde luego —dijo Peggy—, no podremos estar en nuestras habitaciones mientras Timy haga limpieza, pero, una vez la haya hecho, vigilarémos por turno desde la habitación de arriba. Entonces ya no habrá que temer que Timy se entere. Los turnos pueden ser largos, de unas tres horas por ejemplo. No hará falta que estemos vigilando constantemente: podremos leer o hacer alguna otra cosa, y echar una ojeada de cuando en cuando. Yo me entretendré haciendo una labor de punto.

—Empezaremos mañana por la mañana —dijo Jack—. Ojalá no se le ocurra a Timy ir a la habitación de arriba. Si nos encontrara a uno de nosotros solo, creería que estamos reñidos.

Cuando se fueron a la cama observaron la torre, pero no vieron nada de particular. En la ventana no había nadie. Pero en la habitación había una luz encendida.

—Tiene que haber alguien allí —dijo Jack—. De lo contrario, no estaría encendida aquella luz... Me parece que esta noche no podré dormir. No hago más que pensar en pasadizos secretos.

Estuvieron un gran rato despiertos en la cama, pero al fin se quedaron dormidos. Soñaron con cuevas, pasadizos, torres y cautivos: corrieron dormidos tantas aventuras como habían corrido despiertos.

Apenas se levantó a la mañana siguiente, Mike miró hacia la torre, pero no vio a nadie. Después, antes de bajar a tomar el desayuno, la observó Jack. Y profirió un grito.

—¡Hay alguien en la ventana!

Mike acudió corriendo al lado de Jack, pero éste lo apartó de un empujón.

—No te acerques. Del mismo modo que nosotros los vemos a ellos, ellos nos ven a nosotros. Me parece que el que está asomado a la ventana es el señor Boroni.

Los dos niños se retiraron un poco de la ventana para que no los pudiesen ver desde el caserón. Sí, era el señor Boroni y miraba hacia ellos.

—No te muevas, Mike —dijo Jack—. Boroni mira hacia aquí. Quiere averiguar lo que podemos ver desde esta torre. Estoy seguro.

Al cabo de un rato el señor Boroni se retiró de la ventana. Timy los llamó de nuevo para que bajasen a tomar el desayuno y Peggy subió al cuarto de los chicos para ver por qué no bajaban.

Aquel día empezaron los cuatro su vigilancia por turno, y alrededor de las seis de la tarde, estando Peggy de guardia, vieron por primera vez al prisionero.

Jack se había entretenido haciendo un barquito de madera con su navaja. Había trabajado pacientemente durante tres horas, sentado a un lado de la ventana para que el señor Boroni no lo viese si se le ocurría observar de nuevo la torre de «La Mirona». A cada momento, Jack dirigía

una mirada a la lejana torre del caserón. Así pasó su turno, sin que lograrse ver nada.

Llegó Peggy para relevarlo. Y cuando Jack se levantaba de la silla y Peggy se disponía a empezar su labor de punto, los dos vieron una figura en la ventana de la torre. Jack lanzó una exclamación de sorpresa.

—¡Es un niño! Debe de tener siete u ocho años.

—No parece inglés —dijo Peggy—. Es moreno y tiene los ojos negros.

El niño estaba asomado a la ventana. Jack lo observó con los prismáticos. Con ellos lo veía tan cerca como si sólo los separasen unos metros.

—Está muy pálido, y también muy triste —dijo Jack—. Parece estar llorando.

—Déjame verlo —dijo Peggy tomando los prismáticos de manos de Jack—. Sí, está muy triste. Es natural: lo tienen prisionero.

—Hagámosle señas —dijo Jack—. Se alegrará de ver a otros niños.

Jack se asomó a la ventana y empezó a mover los brazos. Al principio, el prisionero no lo advirtió. Pero al fin, aquellos brazos que se agitaban atrajeron su atención y miró a Jack. Éste empezó a bracear con tal furor, que por poco se cae por la ventana. Peggy se colocó al lado de su amigo y entonces fueron cuatro los brazos que se agitaban en el aire. El niño les sonrió y les devolvió el saludo.

—¡Nos ha visto! —exclamó Jack alegremente—. Bueno, ahora viene lo difícil. ¿Cómo le preguntaremos quién es?

Peggy tuvo una excelente idea.

—Escribamos grandes letras, cada una en una hoja de papel. Luego vamos enseñándole estas letras de modo que formen palabras. Así podremos decirle lo que queremos.

—Bien pensado —dijo Jack—. Como parece que va a llover, nos reuniremos los cuatro en una habitación y escribiremos las letras. Timy espera una visita y no vendrá a ver qué hacemos.

—¿Tendrá tinta? —dijo Peggy—. Ya se lo preguntaré. Yo tengo papel de cartas.

De pronto, el niño prisionero desapareció de la ventana y ya no volvió a asomarse.

—Debe de ser que ha oído subir a alguien —dijo Jack— y no quiere que sospechen que nos ha visto y nos ha hecho señas.

Mike y Nora llegaron en este momento al jardín. Empezaba a llover. En seguida, y corriendo, subieron a la habitación de vigilancia para averiguar por qué ni Jack ni Peggy habían ido a la playa cuando estaban libres.

Al oír el relato de Jack sobre el niño prisionero lamentaron no haberlo podido ver. Jack les explicó también su plan de escribir grandes letras en hojas de papel para comunicarse con el cautivo, ocurrencia que les hizo sonreír de satisfacción.

Peggy corrió a preguntar a Timy si tenía tinta negra; pero la respuesta fue negativa.

—Sólo tengo tinta azul —dijo Timy, revolviendo su escritorio—. Pero mira, aquí hay unos carboncillos. ¿Os servirán?

—¡Oh, sí! —exclamó Peggy—. Gracias, Timy. ¿Verdad que no te importará que juguemos esta tarde en el cuarto de Mike? Después de todo, tendrás una visita que te hará compañía.

—No, no me importará —dijo Timy—. Por el contrario, me encantará no teneros delante.

Haced lo que queráis, pero dejad las ventanas abiertas. Así estaréis más frescos.

—¡Oh, no te preocupes por eso! Tener abiertas las ventanas es muy importante para nosotros —dijo Peggy riendo. Y corrió escaleras arriba con los carboncillos.

Primero entró en su habitación para proveerse de papel y luego subió a la de los chicos. Repartió las hojas entre todos y abrió la caja de carboncillos.

—Nos vamos a poner las manos perdidas —anunció—. Estos carboncillos son estupendos, ¿verdad, Mike? Las letras se verán perfectamente: el prisionero las podrá leer sin dificultad.

—Hacedlas por lo menos de un palmo de altura y tan gruesas como podáis —dijo Jack mientras trazaba una enorme A—. Yo haré las siete primeras del abecedario; tú, Mike, las siete siguientes; tú Peggy, siete más, y tú, Nora, las restantes. Mirad la A que he dibujado. Seguro que el prisionero la verá perfectamente.

Pronto tuvieron hechas las letras. No cesaban de observar la torre, pero el niño no volvió a asomarse. El cielo estaba cubierto y oscureció rápidamente. Una luz apareció en la ventana de la torre del caserón, y el cautivo se asomó, pero se retiró en seguida.

—No podremos comunicarnos con él hasta mañana —dijo Jack—, aunque ya tenemos preparadas las letras. ¡Es una lástima!

Al día siguiente, los cuatro niños continuaron su vigilancia por turno, y, alrededor de las dos de la tarde, Jack y Nora vieron al prisionero. Éste se asomó a la ventana, sacando por ella casi medio cuerpo.

—Está mirando por todo el jardín —dijo Jack—. Quiere asegurarse de que no hay nadie que pueda verlo comunicarse con nosotros por señas.

Jack empezó a mover los brazos, y el niño le vio y agitó los suyos.

—Bueno, vamos a probar las letras —dijo Jack, nervioso—. Nora, dame las letras que te vaya pidiendo. Le enviaré un mensaje. Supongo que sabrá leer.

—¿Qué dirá el mensaje? —preguntó Nora.

—Pues dirá, sencillamente: «SOMOS AMIGOS» —respondió Jack—. Empieza a darme las letras, Nora.

La niña le fue entregando, una por una, las letras trazadas con carboncillo que Jack le pedía. Primero una S, luego una O, etc., hasta completar la frase. El prisionero miraba atentamente las hojas de papel.

Cuando Jack hubo terminado la frase, el cautivo sonrió y agitó los brazos. Luego empezó a transmitir letras con las manos, pero Jack no podía verlas desde tan lejos. Echó mano de los prismáticos y volvió a mirar al prisionero. Éste empezó de nuevo su mensaje.

Poco a poco, moviendo las manos, el niño del caserón formó esta breve frase:

«ESTOY PRISIONERO».

Mike y Peggy acababan de subir en busca de sus trajes de baño. Pero al ver lo que ocurría, se sentaron en la cama de Mike. Y pudieron oír a Jack, que iba diciendo en voz alta las letras que el niño le transmitía desde el caserón.

—Jack, pregúntale quién es —le gritó Nora.

Y Jack empezó a formar la pregunta con las grandes letras escritas.

La contestación los dejó paralizados de sorpresa.

CAPÍTULO X

LA ESCALA DE CUERDA

Jack leyó la respuesta del infortunado niño con los prismáticos mientras los demás esperaban conocerla, ansiosos de saber quién era el prisionero. Veían a éste hablar con las manos, pero, sin prismáticos, no podían distinguir las letras.

—¿Quién es, Jack? ¿Quién es? —preguntó Nora, impaciente.

—Según acaba de decirme —respondió Jack volviéndose hacia ellos—, es el príncipe Paul.

Los tres hermanos miraron a Jack boquiabiertos.

—¿El príncipe Paul? —exclamó Peggy—. ¡Un príncipe! ¿De qué país?

—No lo sé —respondió Jack—. Voy a preguntárselo. ¿Dónde están las letras?

Pero cuando encontraron la primera, el príncipe Paul desapareció repentinamente, como si alguien hubiese tirado de él. Jack se apartó también de la ventana, a la vez que empujaba a Peggy. Los dos estuvieron a punto de rodar por el suelo.

—¡Vaya un modo de...! —empezó a decir Peggy, furiosa.

Pero al advertir que Jack miraba fijamente hacia el caserón y seguir la dirección de su mirada, vio algo que la hizo enmudecer. El señor Boroni y Luis estaban asomados a la ventana del caserón y fijaban su vista en la habitación de los niños.

—¿Nos habrá visto, Jack? —preguntó Peggy en voz baja, como si temiera que el señor Boroni pudiese oírla.

—No —respondió Jack—. Nos hemos apartado a tiempo. Quizás hayan visto a su víctima hablando con las manos. Pero también puede ser que lo hayan apartado de la ventana sencillamente para asomarse ellos. Estoy seguro de que saben que esta habitación es la nuestra.

—Jack, ¿podremos rescatar a ese niño? —preguntó Nora—. ¿Crees que verdaderamente es un príncipe?

—No podemos rescatarlo por el pasadizo secreto —dijo Jack—. Sólo llega hasta la bodega. Además, el señor Boroni tiene cerrada con llave la habitación de Paul. Demasiadas dificultades.

—Hemos de procurar que el señor Boroni no nos vea asomados a la ventana —dijo Nora—. Quizás sospeche que sabemos que tiene prisionero a un niño.

—No, no puede sospecharlo —replicó Jack—. No nos ha visto cambiando mensajes con él.

—¡Oíd! ¡Tengo una idea! —dijo Mike—. Podríamos hacer una escala de cuerda y subir a rescatarlo durante la noche.

—¿Pero cómo colgaremos la escala de la ventana? —preguntó Nora.

—Se lo diremos al príncipe y él nos ayudará desde arriba —dijo Mike—. Os explicaré cómo se puede colgar una escala de cuerda en una ventana. Primero se ata una piedra o algún objeto pesado a un cordel. Luego se ata este cordel al extremo de una cuerda, y la cuerda a la escala. Después se tira la piedra a la ventana, y la persona que está arriba la recibe, recoge el cordel hasta alcanzar la cuerda y va tirando de la cuerda hasta que la escala llega a sus manos. Entonces la ata a algún sitio seguro, y ya puede bajar por ella.

—¡Magnífica idea!

—¡Manos a la obra! —exclamó Peggy.

—Primero hay que buscar el cordel, la cuerda y la escala —advirtió Nora.

—Jorge nos los prestará —dijo Mike.

—Vamos a pedirselo ahora mismo —dijo Jack.

Los cuatro corrieron escaleras abajo y salieron al jardín, donde Jorge estaba trabajando.

—Oye, Jorge: ¿puedes dejarnos un cordel y dos o tres cuerdas largas? —preguntó Jack.

—¿Para qué los queréis? —preguntó Jorge.

—Ahora no lo podemos decir —respondió Mike—. Ya te lo contaremos todo.

—Bien. Id a mi bote y buscad la caja de las herramientas. Dentro hay cuerdas y cordeles de todas clases.

—¡Gracias! —gritaron los niños, mientras salían disparados hacia el embarcadero.

El bote de Jorge estaba amarrado en el sitio de siempre. Los niños abrieron la caja de las herramientas y vieron un informe montón de cordeles y cuerdas enredados. Jorge los empleaba para reparar sus redes.

—¡Uf! Nos va a costar mucho desenredar todo esto —dijo Peggy.

—Ten en cuenta que somos cuatro —dijo Jack—. ¡Bueno, sentémonos en el bote, y a trabajar se ha dicho!

—¿Con qué haremos los peldaños de la escala? —preguntó Peggy.

—He visto unas tablillas bastante fuertes en el cuarto donde Timy guarda los utensilios de jardinería —repuso Jack—. Creo que nos servirán.

—¡Mirad! —exclamó de pronto Peggy.

Todos miraron hacia donde señalaba la niña y vieron a una mujer que avanzaba por la playa hacia ellos. Era la dama rubia a la que habían visto anteriormente con el señor Boroni y que habitaba con él en el viejo caserón.

—Debe de ser la esposa de Boroni —dijo Nora—. A lo mejor, quiere decirnos algo.

—Dejadme hablar a mí —dijo Jack—. Estoy seguro de que la han mandado para que averigüe si sabemos algo.

La dama rubia se acercó lentamente a ellos, protegiéndose del sol con una gran sombrilla.

—Veo que estáis muy ocupados —les dijo—. ¿Qué hacéis?

—Pasar el rato. Nos gusta estar en el bote de Jorge —respondió Jack.

—¿Venís muy a menudo a jugar a la playa? —preguntó la mujer, bajando la sombrilla.

—Sí, casi todos los días —repuso Jack—. Sólo faltamos cuando sube la marea. Entonces no se puede estar aquí.

—¿Habéis visto esas pintorescas cuevas? —siguió preguntando la dama, mientras señalaba las cuevas con su sombrilla—. ¿No se os ha ocurrido explorar ninguna?

—No nos gustan las cuevas —respondió Jack—. Son demasiado húmedas y oscuras.

—¿Es que tus compañeros no tienen lengua? —preguntó la dama con acento burlón.

—Son un poco tímidos —dijo Jack—. Además, como yo soy el capitán, debo hablar por todos.

—¡Claro, claro! ¿Y cuánto tiempo vais a estar en «La Mirona»?

—No mucho.

—Vuestras habitaciones están en la torre, ¿verdad? —preguntó la dama, mirando fijamente a Jack.

El niño sostuvo impasible esta mirada y contestó:

—Sí.

—¿Se ve el viejo caserón desde vuestra torre?

—No lo sé —respondió Jack—. Lo miraré esta noche cuando nos vayamos a la cama.

En este momento sonó la campanilla con que Timy anunciaba a los niños que ya estaba preparada la merienda, y los cuatro se apresuraron a marcharse, respirando al verse libres de la lluvia de preguntas de la curiosa dama. Mike había intentado llevarse el amasijo de cuerdas para desenredarlo en «La Mirona», pero Jack le había ordenado con un rápido gesto que lo dejase.

—Buenas tardes —dijeron los niños cortésmente. Y echaron a correr hacia casa.

—Jack, has contestado muy bien a las preguntas de esa señora —dijo Mike—. Yo me habría quedado sin saber qué contestar a la pregunta de si veíamos el viejo caserón desde la ventana de nuestro cuarto.

—¡Con qué tranquilidad le respondiste que ya lo mirarías esta noche! —exclamó Peggy, riendo—. ¿De veras lo miraremos, Jack?

—Creo que sospechan que sabemos lo del niño secuestrado —dijo Jack—. Si es así, no cesarán de vigilarnos, y convendría que no le hiciéramos demasiadas señales.

—¿Por qué no has querido que me trajese el montón de cuerdas? —le preguntó Mike—. Teniéndolo aquí, habríamos podido desenredarlo y empezar a montar la escala esta tarde, después de merendar.

—Sí, pero esa señora habría podido sospechar nuestras intenciones al vernos ir de un lado a otro con las cuerdas —dijo Jack—. Es preferible que vayamos a buscarlo después de merendar.

—Como siempre, tienes razón, capitán —dijo Mike.

De acuerdo con la idea de Jack, aquella tarde, después de la merienda, fueron al bote y volvieron a casa con el montón de cuerdas. La marea había subido y no podían estar en la playa. Hacer una escala era un entretenimiento.

—¿Qué hacéis encerrados en esta habitación? —preguntó Timy, apareciendo de pronto—. ¿Es que no pensáis salir?

—No, Timy. Estamos haciendo algo que no podemos decir a nadie —respondió Nora—. No te importa, ¿verdad?

—En absoluto.

Y, dicho esto, Timy volvió a su colada.

Los niños siguieron desenredando el confuso montón de cuerdas y cordeles. Pronto lograron sacar una cuerda larga y resistente. Entonces Mike fue al cuarto de las herramientas en busca de las tablillas que utilizarían como peldaños. Pronto volvió con las maderas y explicó a Jack y a las niñas cómo tenían que atar los extremos de las tablas a la cuerda, una vez dividida ésta en dos ramales. Todos pusieron manos a la obra y, antes de la cena, la escala estaba lista.

—Qué bonita es, ¿verdad? —dijo Peggy—. ¡Tengo ganas de usarla! ¿Por qué no la probamos esta noche, Jack?

CAPÍTULO XI

JACK VISITA EL CASERÓN

—No, esta noche no podríamos rescatar al príncipe —dijo Jack—. Los perros tienen mal genio y no nos dejarían entrar en el jardín. Despertarían a todo el mundo.

—¡Es verdad! ¡Ya me había olvidado de los perros! —exclamó Nora, desilusionada—. ¿Se te ocurre algo?

—La única solución es hacer amistad con los perros —repuso Jack.

Mike y las niñas lo miraron sin decir palabra. Nadie quería hacer amistad con aquellos temibles perrazos.

—No tengáis miedo —dijo Jack—. Yo seré el primero en intentarlo. Todos los animales me quieren. Antes de conocerlos vivía en una granja y sé muchas cosas de los animales y sus costumbres.

—¡Oh Jack! ¡Eres admirable! —exclamó Nora—. Hace falta mucho valor para intentar atraerse a esos feroces perrazos.

—Es lo único que podemos hacer —dijo Jack—. Y tengo que empezar esta noche. Cuando consiga su amistad entraré en la torre y subiré a rescatar al príncipe.

—¿Qué piensas hacer para que te miren como a un amigo? —preguntó Mike.

—Les llevaré bocadillos y bizcochos preparados por Timy.

—Cuando se los pidas creerá que eres un tragón —dijo Mike, sonriendo.

Timy se quedó boquiabierto cuando Jack le pidió que le preparase unos bocadillos de jamón y bizcochos para aquella noche. Acababa de dar a los niños una espléndida cena y Jack había repetido dos veces. Era increíble que encima le pidiera bocadillos de jamón y bizcochos.

—¡Ah! Ya sé lo que planeáis —exclamó Timy—. Queréis celebrar una fiesta en vuestra habitación. Bueno, por una noche os prepararé lo que me habéis pedido.

—Sí, es para una fiesta de medianoche —dijo Jack en voz baja a sus compañeros—. Pero no la celebraremos aquí.

Timy no pudo oírlo, porque ya se había ido a la cocina. Preparó unos bocadillos de jamón y otros de salchichas. Añadió a esto una caja de bizcochos y se lo entregó todo a Jack.

—Gracias —dijo el niño—. Eres muy amable, Timy.

—Bueno, si tenéis un empacho, allá vosotros —dijo Timy entre risas.

Cuando oscureció, Jack puso los bocadillos y los bizcochos en una bolsa y se despidió de sus tres amigos. Éstos querían acompañarlo, pero Jack se opuso.

—No puede ser —les dijo—. Si los perros os oyen o sólo os olfatean empezarán a ladrar. Tengo que ir solo. Volveré dentro de un par de horas.

Se deslizó por la escalera y salió al jardín sin que Timy lo viese. Sigilosamente, se dirigió al viejo caserón cuya sombría silueta se alzaba sobre la colina. Distinguió la torre y vio que en la ventana del prisionero había luz.

«El príncipe debe de estar leyendo —pensó Jack, compadeciendo al pobre niño—. ¡Cómo me gustaría rescatarlo ahora mismo!».

Pronto llegó al muro. Se preguntó cómo se las compondría para entrar en el jardín sin que los perros le ladrasen. Durante la noche estaban siempre sueltos, y apenas lo vieses se dirigirían hacia él.

En esto sucedió algo providencial. Por el camino se acercó una de las muchachas de servicio y se dirigió a la puerta trasera, junto a la que estaba escondido Jack. Inmediatamente, los perros empezaron a ladrar como locos.

Pero la mujer estaba ya acostumbrada a sus ladridos y les gritó:

—¡Don! ¡Tinker! ¡A callar! ¿Es que no me conocéis?

Pronto se oyó una voz procedente de la casa.

—¿Es usted, Ana?

«Es la voz del señor Boroni —se dijo Jack—. Ahora es la ocasión. Si entro en el jardín y los perros me ladran, el señor Boroni creerá que siguen ladrando a Ana. Y tal vez consiga yo hacerlos callar muy pronto».

Se deslizó por la puerta como una sombra. Los perros lo oyeron, lo olfatearon y empezaron a ladrarle furiosamente.

—¡Silencio! —les gritó el señor Boroni—. ¡Callaos de una vez!

Los perros enmudecieron. El señor Boroni sólo los hacía callar cuando el visitante era amigo suyo. Aquel momento de silencio fue suficiente para Jack.

—¡Don! ¡Tinker! —murmuró.

Y se sentó tras unas tupidas matas. Los perros, al oír sus nombres, irguieron las orejas. Don contestó con un fuerte ladrido. Tinker se dispuso a lanzarse sobre Jack. Pero no lo hizo: aquel niño que estaba sentado tranquilamente ante él como si fueran amigos lo desconcertaba.

Jack no hizo el menor movimiento. Tras su larga permanencia en una granja sabía muy bien que a todos los animales, aunque especialmente a los pájaros, los asustan los movimientos repentinos, sin excluir los de las personas amigas. Su corazón latía con violencia. Cualquiera de los dos perros podía arrojarse de improviso sobre él.

Don ladró de nuevo. Tinker se acercó a Jack y lo husmeó. Jack permaneció tan inmóvil como una estatua. El perro olfateó los bocadillos y los bizcochos e intentó introducir el hocico en la bolsa. Tanto Tinker como Don estaban hambrientos. El señor Boroni creía que haciéndoles pasar hambre estarían más alerta y dormirían menos que si estuviesen bien alimentados.

—¡Qué perro tan hermoso y tan simpático! —le dijo Jack en voz muy baja.

Tinker olfateaba ávidamente la bolsa. Jack la abrió poco a poco. Don permanecía a distancia, receloso y sin dejar de gruñir.

«Gruñe todo lo que quieras —pensó Jack—. pero no empieces a ladrar otra vez. No quiero que el señor Boroni vuelva a asomarse».



Tinker tomó un bocadillo de jamón de las manos de Jack. Se lo comió de un bocado y volvió a olfatear la bolsa como pidiendo más. Jack apoyó suavemente la mano en la cabeza del perro y la acarició. Tinker no estaba acostumbrado a que lo trataran cariñosamente, y las caricias del niño lo sorprendieron. Al fin, empezó a lamer la mano de Jack. El cual pensó: «Esto va bien».

Dio a Tinker otro bocadillo y el hambriento animal se lo tragó también casi entero. Don olfateaba el jamón desde lejos. Sin duda se decía que si su compañero se acercaba amistosamente a aquel niño tan extraño, también él podía hacerlo. ¡Debía de estar tan sabroso aquel jamón!

Sin dejar de gruñir, se fue acercando. A Jack no le impresionaron aquellos gruñidos, pues sabía que Don sólo pretendía atemorizarlo. Le dio dos bocadillos; uno después de otro. El perro se los comió en un abrir y cerrar de ojos. Sólo le quedaban ya dos bocadillos. Jack los repartió: uno para cada uno.

El niño se levantó poco a poco y se dirigió a la torre, cosa que a los perros no pareció importarles lo más mínimo. Lo único que les interesaba eran los bizcochos que llevaba Jack consigo, y que olfateaban, manteniéndose pegados a él. Tinker se portaba como un verdadero amigo. Incluso lamía la mano a Jack cada vez que la veía al alcance de su lengua. Don no llegaba a tanto, pero había dejado de gruñir.

Jack llegó al pie de la torre y miró hacia arriba. Después de dar un bizcocho a cada perro se preguntó si la puerta de la torre estaría abierta. Y, si lo estaba, ¿lograría subir la escalera y hablar con el prisionero sin que lo viesan?... ¿Podría incluso abrir la puerta de la habitación y liberar al príncipe?... No, esto último no era posible. Los perros no conocían al prisionero y le ladrarían.

Empujó la puerta... ¡y se abrió! Jack estuvo escuchando unos segundos. No oyó nada. Los perros se acercaron a él. Sin duda, querían otro bizcocho. Les volvió a dar uno a cada uno y se deslizó por la puerta entreabierta, dejando a Tinker y Don en el jardín.

Los perros se comieron los bizcochos y se echaron delante de la puerta para esperar a que su nuevo amigo volviese. Parecían decirse: «¡Ojalá le queden bizcochos!».

Jack se detuvo al pie de la escalera y aguzó el oído. La oscuridad era completa. No oyó nada anormal. Sacó la linterna del bolsillo y la encendió. Después, el valiente muchacho empezó a subir la escalera silenciosamente y dirigiendo al suelo el haz luminoso de su linterna, pues lo que menos

deseaba era caerse y hacer ruido.

No había luz en las habitaciones. Sólo cuando llegó a la del prisionero vio que por debajo la puerta salía un débil resplandor. Se detuvo y una vez más aguzó el oído. Alguien lloraba en el interior del cuarto. Jack buscó a tientas el ojo de la cerradura y miró por él.



Vio a un niño sentado a una mesa y con la cabeza entre las manos. Procuraba ahogar sus sollozos, y sus lágrimas caían sobre un libro que tenía delante. Al parecer, no había en la habitación ninguna otra persona.

Jack dio unos golpecitos en la puerta. El niño levantó la cabeza.

—¿Quién es? —preguntó.

—Me llamo Jack —respondió éste en voz baja—. Soy uno de los niños que te hacen señas desde la otra torre. He hecho amistad con los perros y he subido a hablar contigo.

—¡Oh! —exclamó Paul, loco de alegría—. ¿Me puedes sacar de aquí? Aunque esté cerrada la puerta, pueden haberse dejado la llave.

Jack intentó abrirla, pero estaba cerrada con llave y tenía echados los cerrojos. Aunque le fue fácil descorrer los cerrojos, Jack no pudo abrir la puerta, pues no encontró la llave.

—No puedo sacarte de aquí esta noche —dijo Jack—. Pero escucha. Hemos hecho una escala de cuerda lo bastante larga para que llegue desde tu ventana al suelo. Si alguna noche cae una piedra en tu habitación, recógela en seguida. Estará atada a un cordel. Tira del cordel y verás que llega a tus manos el extremo de una cuerda. Entonces tira de la cuerda y recibirás la escala. Sólo tendrás ya que atar ésta a un sitio seguro y bajar.

—¡Oh gracias! —exclamó Paul. Estaba junto a la puerta y se le oía suspirar—. ¡Es horrible estar encerrado!

—¿Por qué te tienen prisionero? —preguntó Jack.

—Es muy largo de contar —respondió el cautivo—. Mi padre es el rey de Baronia y está muy enfermo. Si muere, debo ser yo el rey. Pero mi tío no quiere que lo sea y pagó a unos hombres para que me raptasen y me sacaran del país. Si mi padre muere y yo no estoy en mi reino, mi tío se apoderará del trono, haciéndose proclamar rey antes de que me encuentren.

—¡Ya veo que verdaderamente eres un príncipe! —exclamó Jack—. Nos resistíamos a creerlo. ¡Qué malvados! ¿Quieres que avise a la policía?

—¡Oh, no! —respondió Paul inmediatamente—. Si el señor Boroni y Luis sospechasen que la policía sabe algo, ¡pobre de mí! Seguramente me sacarían de aquí por el pasadizo secreto y vosotros no volveríais a saber de mí. ¡Por favor, salvadme vosotros solos! ¿Cómo has dicho que te llamas?

—Jack —contestó éste—. Oye, Paul: debes estar muy alerta y prestar mucha atención a los mensajes que te enviemos desde nuestra torre. Cuando decidamos venir a rescatarte, ya te avisaremos.

—¡Qué buenos sois! —exclamó el príncipe—. Si supieseis la alegría que me llevé cuando os vi y leí vuestros mensajes.

—Me voy —dijo Jack—. Acabo de oír ruido y no quiero que me sorprendan. ¡Adiós!

Bajó la escalera en silencio. Pero al intentar abrir la puerta de la torre, ¡la encontró cerrada! El señor Boroni había pasado por allí y, al verla abierta, la había cerrado, sin saber que Jack estaba dentro.

Jack se quedó junto a la puerta. Su corazón latía con violencia. ¿Cómo podría salir de allí?... Quizá por la cocina... Pero tendría que procurar no hacer el menor ruido.

Se dirigió a la puerta que comunicaba la torre con la despensa. Estuvo unos momentos escuchando. No oyó nada. Abrió la puerta cautelosamente. Con gran sigilo cruzó la despensa. Su propósito era llegar a la puerta trasera y salir por ella al jardín. Pero...

¡Pobre Jack! Tropezó con un cubo y rodó por el suelo. El estrépito fue ensordecedor.

CAPÍTULO XII OTRA HUIDA DIFÍCIL

Jack se levantó inmediatamente. Estaba aterrado. La puerta de la despensa se abrió y apareció Ana, que encendió la luz y miró en todas direcciones. Al ver a Jack lanzó un grito y echó a correr dando voces.

—¡Luis! ¡Luis! ¡Hay un ladrón en la despensa!

Jack corrió hacia la puerta trasera y trató de abrirla. Pero estaban echados los cerrojos y colocada la cadena de seguridad. Jack comprendió que antes de que tuviese tiempo de descorrer los cerrojos y quitar la cadena estaría en manos de sus enemigos. Estaba desesperado. No sabía qué hacer. ¿Volver atrás? Ni pensarlo: lo atraparían apenas llegara a la torre.

De pronto, se le ocurrió una solución. Podía huir por el pasadizo secreto. Llevaba la linterna en el bolsillo. No le sería difícil llegar a la playa.

Corrió hacia la puerta de la bodega. Afortunadamente, la encontró abierta. Apenas la cerró a sus espaldas, oyó que el señor Boroni y Luis entraban en la cocina.

Jack bajó a toda velocidad los escalones que conducían a la cámara subterránea, precedido por la luz de su linterna. Abrió la puerta, cruzó como un rayo la espaciosa cámara y llegó al pasadizo secreto.

Su corazón latía con celeridad y su respiración era cada vez más jadeante. Corrió por el pasadizo secreto, con la cabeza inclinada para eludir los salientes del techo, y pronto se encontró en la húmeda cueva. Para salir a la playa sólo le faltaba ya bajar los escalones cubiertos de algas y dar unos pasos hacia la boca de la cueva.

«Saldré junto al embarcadero —se dijo—, cruzaré la playa, tomaré el camino del acantilado y en seguida llegaré a casa».

Pero la suerte le volvió la espalda. ¡Qué sorpresa tan desagradable! La marea había subido y el agua llenaba la cueva. Estaba prisionero. Tendría que esperar a que la marea bajase.

«Quiera Dios que no se den cuenta de que he tomado este camino en mi huida —pensó—. Si me siguen, me atraparán fácilmente. Sin embargo, lo único que puedo hacer es esperar. Lo malo es que todas las puertas estaban cerradas y deducirán que sólo he podido huir por la bodega. Y como sabrán que ha subido el nivel del agua, vendrán a apresarme».

Jack no sabía qué hacer. Desde luego, no podía volver hacia atrás, y tampoco podía seguir adelante, si no quería ahogarse en las agitadas aguas que llenaban la cueva.

«No, no quiero morir ahogado —se dijo, escuchando el ruido de las aguas—. ¿Qué haré, Dios mío?».

En esto, oyó que alguien se acercaba por el pasadizo. Desesperado, miró a un lado y a otro. ¿Y si cerrase la puerta que comunicaba con la cueva? No fue posible: el cerrojo estaba roto desde hacía muchos años.

Proyectó la luz de la linterna en todas direcciones. De pronto, vio un orificio en la pared. Se acercó, lo iluminó y vio que era lo bastante grande para dar paso al cuerpo de un niño. ¿Pero adónde conduciría?

No había tiempo que perder. Jack desapareció en el agujero. Éste desembocaba en un corto pero ancho pasadizo que terminaba en otra cueva. Pero también esta segunda cueva estaba inundada.

«No hay más solución que esperar aquí», murmuró Jack.

No llevaba esperando más de dos minutos, cuando oyó que se acercaban las voces de sus perseguidores.

—Aquí no está, Luis —dijo el señor Boroni—. Y no puede haber seguido adelante, pues se habría ahogado.

—Quizás lo ha intentado —opinó Luis—. A lo mejor, el miedo le ha hecho arrojarse al agua para intentar salvarse nadando.

—Si fuera así, ya no nos molestaría más —dijo el señor Boroni—. No creo que haya nadie capaz de nadar en esta cueva. Ya estás oyendo las embestidas del agua contra las rocas. Si se ha atrevido a intentarlo, no puede estar vivo.

—Es que si no lo ha intentado, tendría que estar aquí —dijo Luis—. Pues no pretenderás hacerme creer que se ha metido en uno de esos agujeros que parecen madrigueras.

—No bromees, Luis —dijo el señor Boroni, enojado—. ¿Qué diantre ha pasado aquí? ¿Cómo ha entrado ese chico en la casa sin que los perros lo hayan impedido? ¿Cómo sabía él que existía este pasadizo secreto?... ¿Dónde estará ahora?... ¿Crees que sabe lo del príncipe?

—Pues, si he de serte franco, a mí me parece que Ana vio visiones —respondió Luis, harto ya de aquel asunto—. Cayó algo en la despensa, Ana se asustó y creyó ver un ladrón. Por eso ha armado todo este lío.

—Quizá tengas razón —dijo el señor Boroni—. Bueno, volvamos a la casa. Desde luego, aquí no está.

Jack los oyó alejarse por el pasadizo. Sus voces se iban apagando a medida que se distanciaban. Al fin, dejaron de oírse por completo.

«¡No creía que pudiese salir de ésta! Me parece que la marea debe de estar ya bajando. Las olas hacen mucho menos ruido».

Después de cambiar de postura, dirigió la luz de su linterna a la cueva que se abría a sus pies. Observó que era mucho más pequeña que la otra. Y también vio que, efectivamente, la marea estaba bajando.

«Me parece que ya puedo salir», pensó.

Volvió a la cueva principal y, con ayuda de la cuerda, bajó los escalones cubiertos de algas y saltó al suelo arenoso. En esto llegó una ola que lo empapó hasta la cintura.

Cuando la ola se retiró, Jack corrió tras ella hasta la playa. Se decía que si era lo bastante rápido para salir de la cueva entre dos olas, alcanzaría el acantilado y encontraría inmediatamente el camino.

Llegó una nueva ola y Jack hubo de volver corriendo al fondo de la cueva para que la ola no lo alcanzara. Pero rompió entre sus pies y faltó poco para que lo derribara. Cuando se retiró, Jack corrió tras ella y trepó rápidamente a una roca. Así, al llegar una nueva ola, ya no pudo alcanzar a Jack.



Siguió subiendo por las rocas, alejándose del peligro de los embates del mar. De cuando en cuando resbalaba en las húmedas algas que revestían las rocas. Pero al fin llegó al camino.

El viento soplaba con fuerza. Para que no lo pudieran ver desde el caserón, Jack apagó la linterna que había mantenido encendida durante la escalada. Silenciosamente, emprendió el regreso. Jack abrió la chirriante puerta de «La Mirona». ¡Al fin estaba en casa!

Subió la escalera de la torre. Sus tres compañeros estaban en su habitación, esperándolo. Al verlo, se precipitaron sobre él. Ansiaban saber lo que había sucedido.

—¡Jack! ¡Jack! ¡Cuánto has tardado! ¿Has estado otra vez en peligro de caer en manos de esos hombres?

—Tened calma. Ya os lo contaré todo —dijo Jack—. Lo he pasado muy mal. Corrimos muchas aventuras en nuestra isla secreta, pero ninguna fue tan emocionante como la que he vivido yo solo esta noche.

CAPÍTULO XIII

UN PLAN PARA RESCATAR A PAUL

Jack empezó a contar a Mike y sus hermanas la aventura de que había sido protagonista aquella noche. Los tres lo escuchaban en silencio. Y cuando llegó al momento en que hubo de detenerse en la cueva y vio que no podía salir porque la marea había subido, Nora le apretó la mano con fuerza.

—Nunca volverás a ir solo a ninguna parte —le dijo—. Imagínate que te hubieran atrapado. No habríamos sabido adónde ir a buscarte. De ahora en adelante iremos siempre todos, sea a donde sea.

—Bueno, ya veremos —dijo Jack—. A veces no conviene ir en grupo. Uno solo es más difícil de descubrir que cuatro juntos.

—Pues yo opino como Nora —dijo Mike—. Creo que debemos ir por lo menos de dos en dos. Desde luego, lo has pasado muy mal. Bueno, ¿qué hacemos?

—¡Irnos a la cama! —respondió Jack en el acto—. Tengo tanto sueño, que apenas puedo abrir los ojos. Mañana decidiremos lo que podemos hacer.

Las niñas bajaron a su habitación. Jack y Mike se echaron en sus camas y pronto se quedaron dormidos. Al día siguiente, Timy tuvo que despertarlos. No era la primera vez que lo hacía.

—¡Sois unos perezosos! —exclamó—. ¡Se os va a enfriar el desayuno!

Los niños se vistieron y bajaron a toda prisa al comedor. Hacía un día espléndido y deseaban ir cuanto antes a la playa para bañarse.

—No os metáis en el agua hasta dentro de dos horas —les dijo Timy—. Ya sabéis que es malo bañarse después de las comidas. Jack, en ti confío para que nadie se bañe antes de tiempo.

—Jack es nuestro capitán, Timy —dijo Nora—. Siempre hacemos lo que él dice.

Bajaron los cuatro a la playa con una gran bolsa de melocotones. Se sentaron en una soleada roca y empezaron a conversar en espera de que llegara la hora del baño.

—Hemos elegido un buen sitio, pues es importante que nadie nos oiga —dijo Jack, mirando en todas direcciones—. Ahora que el señor Boroni sabe que uno de nosotros está enterado de que tienen prisionero al príncipe y de que existe el pasadizo secreto, tendremos que llevar mucho cuidado. Creo que Nora tiene razón: debemos estar siempre juntos. Para el señor Boroni y su amigo Luis sería una satisfacción atrapar a cualquiera de nosotros y encerrarlo.

—Bueno, hablemos del rescate del príncipe —dijo Nora, que deseaba ponerlo en libertad cuanto antes—. Yo creo que podríamos llevarle la escala esta noche, Jack. Siendo amigo de los perros como eres, no habría ninguna dificultad.

—Es que no sé si los perros verán también en ti a una amiga —dijo Jack, en un tono de duda—. En fin, podemos probarlo... No, se me ocurre algo mejor. Mike vendrá conmigo, y vosotras nos esperaréis en casa. Antes enviaremos un aviso a Paul por el sistema de las grandes letras. Así podrá prepararse para esta noche.

Para las dos niñas fue una decepción tener que quedarse en casa mientras Jack y Mike gozaban de las emociones de la aventura; pero no protestaron, pues reconocían que si entraban los cuatro en el jardín del caserón, los perros armarían tal alboroto, que pronto los descubriría el señor

Boroni. Sí, era preferible que fuesen solos los chicos.

—Nos procuraremos un buen hueso —dijo Mike—. Tú entras primero y calmas a los perros. Luego los traes adonde esté yo y les haces comprender que también soy amigo de ellos.

Todo decidido. Aquella misma noche se rescataría a Paul. ¡Qué emocionante! Los cuatro niños estaban tan entusiasmados, que no podían pensar en otra cosa. Se bañaron, se comieron los melocotones y construyeron un gran castillo de arena.

Luego volvieron a casa, pues el mar estaba subiendo y las olas eran muy fuertes. Además, tenían que transmitir el mensaje de aviso al príncipe Paul. Apenas llegaron, empezaron la transmisión.

El príncipe estaba asomado a su ventana y no apartaba la vista de la torre de «La Mirona». Cuando los vio aparecer agitó los brazos en un arranque de alegría. Y entonces fue cuando Jack empezó a mostrarle las letras. Después de cada palabra, Paul les decía por señas que la había leído.

«Esta noche te llevaremos la escala y te ayudaremos a huir», decía el mensaje.

El príncipe formó cuatro letras con las manos: «Bien». Jack miraba con los prismáticos, y pudo captar la respuesta. Y para que no hubiera duda, el prisionero movía afirmativamente la cabeza.

«¡Ánimo!», le dijo Jack, letra por letra.

Paul movió de nuevo los brazos y, de pronto, desapareció de la ventana. Jack hizo lo mismo, a la vez que apartaba a sus compañeros.

—Alguien debe de haber entrado en la habitación del príncipe —dijo Jack—. Se ha retirado repentinamente de la ventana. No cabe duda, pues acaba de asomarse el señor Boroni. No, señor Boroni, no nos verá; somos más listos que usted.

Mike y las niñas se echaron a reír. Timy los llamó. Era la hora de comer. Los cuatro niños bajaron corriendo la escalera. Pero en seguida la tuvieron que volver a subir: tanta era su emoción, que se habían olvidado de lavarse las manos.

—Perdónanos, Timy —dijeron después—. Estábamos haciendo algo tan divertido, que se nos ha ido el santo al cielo.

—¿Divertido? ¿Qué era? —preguntó Timy llenándoles de sopa los platos hasta los bordes.

—Es un secreto —repuso Jack—, un gran secreto. Te gustaría que te lo contáramos todo, ¿verdad?

—Sí, me gustaría mucho —dijo Timy—. Menos mal que no tardaréis en contármelo.

Los niños se echaron a reír. Efectivamente, muy pronto tendrían que revelarles a Timy su gran secreto.

Pasaron el resto del día paseando y pescando en el bote de Jorge. Consiguieron pescar unos cuantos peces y Timy les dijo que los prepararía para la cena.

—Eres una cocinera estupenda, Timy —dijo Mike, dándole un abrazo—. Oye: ¿tienes algún hueso? Necesitamos dos para esta noche.

—¿Dos huesos para esta noche? ¿Qué misterio es ése? —preguntó Timy, muy sorprendida—. ¿Tenéis algún perro hambriento encerrado en vuestra habitación?

—No —respondió Jack, riendo a carcajadas—. Los huesos forman parte de nuestro secreto, Timy. No te puedo decir más.

—Comprendo —dijo Timy—: queréis guardar vuestro secreto. No tengo ningún interés en sonsacaros. En la despensa hay huesos. Podéis ir por ellos cuando queráis.

Antes de acostarse, ya tenía Mike los huesos bien guardados en una bolsa. Jack dijo que se encargaría de la escala de cuerda.

—Creo que lo mejor será que nos acostemos y tratemos de dormir un rato —dijo Jack, bostezando—. Tengo un sueño espantoso. No en balde estuvimos toda la noche pasada en vela. Podemos poner el despertador a la hora que nos parezca.

—Lo pondré a la una y media —dijo Mike—. Habrá luna. Así veremos por dónde vamos.

Mike puso el despertador a la una y media como había dicho, y los cuatro niños se fueron a dormir. El timbre sonó a la hora prevista, y Jack y Mike se levantaron. Las niñas oyeron también el timbre desde su habitación, y se levantaron para decir adiós a los chicos.

Todos bajaron la escalera en silencio. Jack llevaba la escala y Mike un par de huesos. Las niñas, tras despedirse de ellos en voz baja, subieron a la habitación de los chicos.

—Sentémonos junto a la ventana —dijo Nora—. Con los prismáticos, y gracias a la luna llena, podremos verlo todo perfectamente. Me encantará ver al príncipe Paul bajar por la escala construida por nosotros.

Nora y Peggy se echaron encima una manta, se sentaron junto a la ventana y empezaron a observar con los prismáticos la torre del caserón.

Entre tanto, Mike y Jack subían en silencio por la ladera de la colina. Cuando llegaron al viejo caserón, Jack dijo en voz baja a Mike que le esperase junto a la puerta trasera, pues él tenía que ir a ver si los perros lo reconocían.

Se introdujo sigilosamente en el jardín. Don y Tinker estaban sueltos. Desde lejos lo olfatearon. Don empezó a gruñir. Tinker, en cambio, se acercó a él y le lamió la mano.

—¡Hola, amigo! —le dijo Jack en voz baja, acariciándolo.

Luego se acercó a Don. Éste comenzó a olerlo y dejó de gruñir: había reconocido al muchacho que le había obsequiado la noche anterior con bocadillos de jamón y bizcochos.

Jack cogió a los perros por el collar y los condujo a la puerta trasera, donde le esperaba Mike. Don y Tinker gruñeron al verlo. Pero Mike los apaciguó en el acto, ofreciéndoles los huesos.

Los hambrientos animales se apresuraron a aceptarlos. Mike los acarició. Los perros comprendieron que aquel niño era amigo de Jack y no le ladraron. Se echaron en el suelo y empezaron a roer los huesos.

—Vamos —susurró Jack.

Mike y Jack llegaron al pie de la torre. En la ventana se percibía una luz muy débil. Mike arrojó una piedra redonda y pequeña a la habitación de Paul para que éste supiera que estaba allí. La piedra debía penetrar por el hueco de la abierta ventana sin tropezar en los cristales, pues si rompía alguno despertaría a todos los habitantes del caserón. Afortunadamente, fue un buen tiro: la piedra entró limpiamente por la ventana y cayó en medio de la habitación del prisionero.

El príncipe Paul apareció inmediatamente en la ventana.

—¡Hola! —dijo en voz baja—. Ya estoy preparado.

Jack asió la piedra atada al extremo del cordel y apuntó a la ventana. La piedra salió disparada, arrastrando el cordel, tropezó en la pared del torreón y cayó cerca de ellos. La recogió, apuntó de nuevo, la volvió a lanzar y esta vez entró por la ventana, rozando a Paul, y cayó en medio de la habitación.

Paul la recogió y fue tirando del cordel hasta que apareció la cuerda. Entonces tiró de ésta y la escala empezó a desenrollarse en las manos de Jack, mientras reptaba silenciosamente por la pared de la torre.

—La escala ha llegado arriba —murmuró Jack—. Ya la tiene Paul. Ahora sólo le falta atarla a algún sitio para poder bajar.

Mike tiró de ella y comprobó que no cedía.

—Ya la ha atado —susurró—. Está bien sujeta. ¡Qué ganas tengo de que Paul baje!

Pero Paul no bajó. Los niños esperaron y no vieron bajar a nadie por la escala. ¿Qué había sucedido?

CAPÍTULO XIV

MIKE, CAPTURADO

—¿Por qué no bajará Paul? —preguntó Jack, impaciente—. No hay motivo para que tarde tanto. La escala ya está fija.

Mike miró hacia arriba. La luna iluminaba la torre y la escala que descendía en línea recta a ras de la pared.

—Es extraño —dijo Mike—. A lo mejor le da miedo bajar por la escala.

—¿Qué estará haciendo? —exclamó Jack—. No podemos estar aquí toda la noche.

Los perros se acercaron. Ya se habían comido los huesos. Olisquearon a los dos niños y les lamieron las manos. Jack los acarició.

—No ladréis a Paul cuando baje por la escala —les dijo—. Es amigo nuestro. Es importante que no hagáis ruido. ¿Oís, Tinker y Don?

Los dos perros movieron la cola. No entendían las palabras de Jack, pero les gustaba oír su voz. Jack observaba con impaciencia la escala. Se acercó a ella y la sacudió. Pero no obtuvo respuesta.

—Subiré a ver qué pasa —dijo Mike—. Quizás esté esperando a que uno de nosotros suba a decirle que ya puede bajar.

—Bien pensado —dijo Jack—. Yo sujetaré la escala. ¡Buena suerte!

Mike empezó a subir. La ascensión no fue difícil porque la luna iluminaba la pared de la torre. Desde «La Mirona», las niñas vieron perfectamente a Mike con los prismáticos, y se extrañaron de que subiera él, en vez de bajar el príncipe Paul.

Mike siguió subiendo. Al fin llegó a la ventana. Asomó la cabeza cautelosamente y vio al príncipe en el fondo de la habitación, sentado en una cama y visiblemente asustado. De pronto, alguien dijo:

—¡Atrápalo!

El señor Boroni apareció en la ventana y sujetó fuertemente a Mike.

Éste no opuso resistencia, por temor a caerse, y en seguida se sintió arrastrado hacia el interior de la habitación por unos fuertes brazos. El señor Boroni lo dejó en el suelo y tiró con violencia de la escala, arrancándola de las manos del sorprendido Jack.

—Ahora tenemos dos prisioneros —dijo Luis, al que Mike vio sentado detrás del señor Boroni.

Mike no dijo nada. Permaneció inmóvil, mirando duramente al príncipe.

—Te quería avisar, pero no me he atrevido —dijo Paul—. Han entrado y me han visto atando la escala. Entonces me han obligado a sentarme en la cama y te han esperado suponiendo que subirías.

—Y ha subido —dijo el señor Boroni—. Y ya no bajará. Mañana, Luis, tapiaremos esta ventana para que ni Paul ni este niño curioso puedan hacer señales a sus amigos. Tendrán que privarse de su compañía hasta el jueves, día en que nos llevaremos a Paul a algún sitio donde no haya niños curiosos que meten las narices en todas partes, con lo que sólo consiguen complicarse

la vida.

—Se te han agitado las vacaciones, muchacho —dijo Luis—. Pero estoy seguro de que Paul se alegrará, ya que va a tener compañía... Así aprenderás a no meterte en lo que no te importa.

Los dos hombres salieron de la habitación y cerraron la puerta con llave. A Mike le faltó el tiempo para asomarse a la ventana.

—¡Jack! ¡Jack! —lo llamó en voz baja—. ¿Estás ahí?

—Sí —dijo Jack, que estaba escondido detrás de un arbusto—. ¿Qué ha pasado?

—Me esperaban y me han atrapado. Ahora estoy prisionero —le explicó Mike—. Pero no saben que tú estás ahí. Vuelve a «La Mirona» y a ver si entre los tres se os ocurre algo para sacarnos de aquí. No nos podréis hacer señales porque mañana tapiarán la ventana. El jueves se llevarán a Paul a otra parte. Creo que han decidido soltarme entonces, pero debéis rescatarnos antes. De lo contrario, no volveremos a ver al príncipe, pues no sabemos adónde piensan llevarse.

Jack lo escuchó en silencio. Estaba enojado contra sí mismo por haber dejado subir a Mike. Debió pensar que podía haber alguien esperándole.

—De acuerdo, Mike —dijo al fin—. De un modo u otro, os libentaré. ¡Ánimo y adiós!

Deslizándose entre los árboles, llegó al muro. Una vez allí, se encaramó al gran árbol y, después de pasar de rama en rama, saltó al exterior. Miró en todas direcciones para asegurarse de que nadie le había podido ver y se dirigió a la «La Mirona».

Las niñas lo recibieron llorando. Con los prismáticos lo habían visto todo.

—¡Jack! ¡Oh, Jack! —exclamó Nora entre lágrimas—. ¿Cómo podremos rescatar a Mike? ¿Por qué lo dejaste subir? Nosotras veíamos que alguien lo esperaba, pero no podíamos avisaros. ¡Ha sido horrible!

—Hemos tenido mala suerte —dijo Jack—. He sido un idiota al dejarlo subir. No se me ha ocurrido pensar que podrían estar esperándonos.

—¿Qué haremos ahora? —dijo Nora, secándose las lágrimas—. Tenemos que rescatarlo como sea. ¿Qué dirá Timy mañana, cuando no lo vea a la hora del desayuno?

—¡No hay que desesperarse! —dijo Jack—. Como sabemos dónde está Mike, podemos ir a explicar el caso a la policía. Ella se encargará de devolvernos a vuestro hermano.

—Sólo hay un policía en estos lugares —dijo Peggy—. Es un hombre gordo y viejo, y ni siquiera vive en el pueblo.

—Voy a decírselo a Timy —exclamó Nora de pronto—. Si no se lo decimos hoy, tendríamos que decírselo mañana. De modo que no adelantáramos nada. No podría dormir si no le expusiera a una persona mayor lo que le ha pasado al pobre Mike.

—Pero no debemos despertar a Timy a medianoche —dijo Jack—. Tengamos paciencia hasta mañana. Mike está bien. En la habitación hay una cama: la vi por la cerradura.

—¡Quiero decírselo a Timy! —volvió a insistir Nora lloriqueando.

La afligida Nora estaba convencida de que debía contárselo todo a una persona mayor. Incluso tenía la esperanza de que Timy fuera al viejo caserón para pedir que dejaran en libertad a Mike.

—Bueno, ya que te empeñas, iremos a decírselo a Timy —dijo Jack, que en el fondo también

lo estaba deseando—. Quizá se le ocurra alguna solución.

Los tres niños bajaron la escalera de la torre, atravesaron la cocina y subieron al dormitorio de Timy. Llamaron a la puerta.

—¿Quién? —preguntó Timy.

—Somos nosotros —dijo Nora—. ¿Podemos entrar?

—¡Claro que podéis! —respondió Timy—. ¿Es que alguno de vosotros está enfermo?

Los niños abrieron la puerta. Timy encendió la luz, se incorporó en la cama y les dirigió una mirada escrutadora. Llevaba el pelo suelto y no parecía la misma Timy con moño que los niños estaban acostumbrados a ver.

—¿Dónde está Mike? —preguntó—. ¿Está enfermo?

Los niños se sentaron en la cama y le contaron toda la aventura del caserón. Le explicaron que un pasadizo secreto iba desde la playa hasta la bodega del viejo edificio, que en la torre había un príncipe prisionero. Y cómo habían capturado a Mike.

Timy los escuchó boquiabierta, interrumpiéndoles para hacerles preguntas. Cuando le contaron lo de Mike se horrorizó.

—¿De modo —preguntó cuando los niños terminaron su largo informe— que éste era vuestro secreto? ¡No cesaba de preguntarme qué haría esa gente en el viejo caserón, pues estaba segura de que no hacían nada bueno! ¡Pobre príncipe! ¡Es un crimen tenerlo secuestrado! Leí en un periódico que había desaparecido y que nadie sabía dónde estaba, pero no podía sospechar que estuviese tan cerca.

—¿Cómo rescataremos a Mike? —preguntó Nora, ya más tranquila por habérselo contado todo a Timy—. Y a Paul tenemos que liberarlo antes del jueves.

Timy estuvo unos instantes reflexionando. Luego dijo algo que hizo latir de esperanza los corazones de los niños.

—Mi abuelo me habló de un pasadizo secreto que hay entre la torre de esta casa y la del viejo caserón. Los contrabandistas de entonces lo utilizaban con frecuencia para pasar de una casa a otra sin que los viesan. Si lo encontramos, podremos ir a la torre del viejo caserón y traernos a Mike y a Paul sin que nadie se entere.

—¡Oh, Timy! —gritaron, alborozados, los tres niños—. ¡Tenemos que encontrar ese pasadizo!

—Mañana por la mañana lo buscaremos —dijo Timy—. Lo mejor será que se lo contemos todo a Jorge y le pidamos ayuda. La fuerza es necesaria para desobstruir ese pasadizo. Mi abuelo me dijo que había que apartar una gran piedra de la pared de la torre para entrar en el paso secreto. Nosotros no podemos mover esa piedra. En cambio, Jorge es muy fuerte. Y, además, sabe guardar un secreto.

Después de charlar unos momentos más con Timy, los niños se fueron a la cama. Pero antes recibieron otra alegría. Echaron una mirada a la torre y, a la luz de la luna, vieron a Mike asomado a la ventana. Los saludó agitando los brazos en el aire. Parecía muy contento, pero más contentas se pusieron Peggy y Nora al verlo.

—¡Pobre Mike! —dijo Jack mientras se acostaba—. Me alegro de que no esté triste.

—Y yo —dijo Nora—. ¡Tenemos que encontrar a toda costa nuestro pasadizo secreto! ¡Qué

sorpresa recibirá Jorge cuando se lo contemos todo! ¡Tengo unas ganas de que sea ya mañana!

CAPÍTULO XV ¿DÓNDE ESTÁ LA PUERTA SECRETA?

A la mañana siguiente, Jack se asomó a la ventana para observar la torre del viejo caserón, y vio que el señor Boroni había cumplido su palabra: la ventana de los prisioneros estaba tapiada. De modo que no podría enviar mensajes a Mike y al príncipe, y tampoco a los cautivos les sería posible comunicarse con ellos.

Esto no le gustó a Jack. Se había hecho la ilusión de que el señor Boroni se olvidara de su amenaza. Cuando vio la ventana tapiada se le cayó el alma a los pies.

Durante el desayuno, los niños guardaron un sombrío silencio. Nora no pudo reprimir una lágrima al mirar la silla de Mike y verla vacía. Timy, en cambio, estaba muy animada y dio a la niña unas palmaditas en la espalda mientras le decía:

—No te preocupes. Tengo tanto interés como vosotros en rescatar a Mike y a Paul, y veréis como lo conseguimos.

Ni Jack ni las niñas comieron con apetito, a pesar de que Timy les había preparado unos huevos revueltos que otras veces habían acogido con entusiasmo. Nora estaba impaciente; quería rescatar a Paul y Mike en seguida. Apenas dejó a Timy recoger la mesa después del desayuno.

—Vamos ya a ver si descubrimos el pasadizo —la apremió—. Deja los platos y las tazas, Timy. Después los lavaremos.

Timy lo dejó todo como estaba y subió con los niños a la habitación de Jack. Apenas llegaron, empezaron a tantear las grandes losas en busca de la entrada del pasadizo.

Empezaron a dudar de que entre aquellas enormes losas hubiera una entrada secreta. Las golpearon y empujaron todas. Se subieron a una silla para tantear las más altas, y ninguna se movió, ninguna dejó al descubierto la entrada de un paso secreto.

A las once suspendieron la busca. Estaban rendidos. Al ver la cara pálida de Nora, Timy dijo: —Voy por unos bizcochos y un jarro de limonada. Necesitamos descansar un rato. Se fue escaleras abajo. Peggy la siguió para ayudarla. Nora se sentó en la cama de Jack. Estaba abatida.

—¡Anímate, Nora! —le dijo Jack.

—Estoy segura de que en esta habitación no está la entrada secreta al pasadizo —dijo Nora amargamente.

—Lo mismo creo yo —dijo Jack—. ¿Y si todo fuese una leyenda y no existiera ese pasadizo?

—¡Qué cosas dices, Jack! —exclamó Nora—. ¡Me quitas las pocas esperanzas que me quedan! Jack se sentó y estuvo pensativo unos instantes. De pronto dijo:

—Me pregunto si Timy tendrá por casualidad algún mapa o alguna obra sobre las Cuevas de Spiggy en ese arcón lleno de libracos que hay abajo. Si lo tiene, quizá nos diera una pista para encontrar el pasadizo.

En este momento entró Timy en la habitación con una gran jarra de limonada. Peggy apareció tras ella con una bandeja de bizcochos de chocolate. Todos se animaron al ver la bandeja y la jarra.

—Oye, Timy: supongo que no tendrás ningún plano ni ningún libro sobre las Cuevas de Spiggy, ¿verdad? —preguntó Jack, mientras se llevaba a la boca un bizcocho.

—¡Claro que los tengo! —exclamó—. ¡Ahora comprendo que es lo primero en que debí pensar! Conservo tres o cuatro viejos libros de mi abuelo. Creo que tienen gran valor. Están en ese arcón que habréis visto en la planta baja.

Jack se tragó casi entero el bizcocho, tal fue su alegría.

—¡Vamos por ellos! —dijo, poniéndose en pie.

—Primero terminad con los bizcochos y la limonada —dijo Timy—. Después iremos por los libros.

En un abrir y cerrar de ojos, los niños se comieron los bizcochos y dieron fin a la limonada. Un minuto después estaban todos en el oscuro despacho de Timy, que abrió el viejo arcón de los libros, bajo las miradas atentas de Jack y de las dos niñas.

Timy sacó varios volúmenes de la parte de arriba, introdujo la mano y extrajo del fondo otros, ya viejos y protegidos por un forro de papel amarillento.

—¡Aquí están! —exclamó Timy—. Éste se titula *Las Cuevas de Spiggy* y es un relato de los antiguos contrabandistas. Este otro, titulado *Leyendas de contrabandistas*, menciona varias veces las Cuevas de Spiggy. Y hay dos más: un viejo libro de cocina y el diario de mi abuelo.

Los niños se precipitaron sobre los libros. Nora y Peggy hojearon rápidamente *Las Cuevas de Spiggy*, y Jack echó un vistazo a la obra *Leyendas de contrabandistas*.

—¡Mirad! ¡Mirad! —exclamó Peggy de pronto—. ¡Aquí hay un plano del pasadizo que ya conocemos!

Todos se agruparon en torno de ella y fijaron la vista en el libro. Peggy lo dejó sobre la mesa y señaló un grabado. Era un mapa en el que se veían «La Mirona», el caserón y el acantilado. También aparecía, perfectamente dibujado, el pasadizo que enlazaba la cueva con el viejo caserón, corriendo por debajo del acantilado y desembocando en la bodega.

—Pero no hay ningún pasadizo entre las dos casas —dijo Jack, desilusionado.

Así era. En el mapa no había más pasadizo secreto que el que ya conocían. Nora pasó rápidamente las páginas del libro en busca de otro mapa, pero no había ninguno más.

Los otros dos libros les causaron dos nuevas desilusiones. Peggy, que era una lectora excelente, hojeó los textos con rapidez y no encontró la menor alusión al supuesto pasadizo que unía las dos torres.

—Por lo visto, ese pasadizo no ha existido nunca —dijo Nora, cerrando el libro desalentada.

—Estoy segura de que existe —afirmó Timy, extrañada de no haberlo encontrado—. Mi abuelo me lo contó en secreto. Lo recuerdo perfectamente. Quizá diga algo en su diario. La tinta ha perdido el color y era tan difícil leerlo, que no pasé de las primeras páginas. En ellas hablaba de cuando era todavía un niño.

—Déjame, Timy —dijo Jack—. Me lo llevaré a mi habitación y trataré de leerlo. Creo que con ayuda de la lupa, lo conseguiré.

Timy entregó a Jack el diario, y el muchacho se fue con él a su habitación. Las dos niñas se quedaron mirando a Timy.

—¿Y nosotras qué hacemos? —preguntó Nora—. No estando Mike, ni siquiera para bañarme tengo humor.

—¿Sabéis lo que podéis hacer? Ayudarme a fregar los platos del desayuno, a hacer las camas y a preparar la comida —dijo Timy—. Trabajando os distraeréis.

—No lo creo —respondió Nora.

Pero Timy tenía razón. Las dos niñas se sintieron mucho mejor cuando llevaban un rato dedicadas a las tareas caseras.

Llegó la hora de comer. Peggy subió a la habitación de Jack y lo encontró sentado en un rincón, con la lupa en la mano y tratando de descifrar la diminuta y casi desvanecida escritura del abuelo de Timy.

—Es hora de comer —le dijo Peggy—. ¿Has encontrado algo interesante, Jack?

—No —respondió el muchacho—. Todo lo que he leído hasta ahora se refiere a la busca de nidos de pájaros, a la pesca, a las excursiones en bote y otras cosas parecidas. Debía de ser un chico muy alegre. Le encantaba gastar bromas. Cuenta que una vez le puso a su tía un sapo en la cama. La pobre despertó a toda la casa con sus gritos,

—¡Es el colmo! —exclamó Peggy—. ¡Y pobre sapo! Pudo morir aplastado. ¿Qué más dice?

—¡Oh, muchas cosas! Dile a Timy que bajará a comer en seguida. Quiero terminar estas páginas.

Peggy bajó con el recado, y Timy y las dos niñas empezaron a comer sin esperar a Jack. Estaban a media comida, cuando oyeron un grito ensordecedor, al que siguió el ruido que producía Jack al bajar como un rayo la escalera. De pronto, la puerta de la cocina se abrió violentamente. Las niñas se llevaron un tremendo susto. Timy se puso en pie de un salto.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—¡Ya lo he encontrado! ¡Ya lo he encontrado! —exclamó Jack bailando por toda la cocina como un payaso—. ¡Aquí está! ¡Este mapa es estupendo!

Las niñas empezaron a vociferar como locas. Timy volvió a sentarse. No sabía qué hacer. No estaba acostumbrada a las aventuras.

—¡Enséñanos ese mapa, Jack! —gritó Nora.

De un manotazo apartó su plato y su vaso, y Jack puso el cuaderno sobre la mesa.

—Escuchad —dijo—. Ved lo que escribié en su diario el abuelo de Timy el tres de junio de hace exactamente cien años. «Hoy ha sido el día más emocionante de mi vida. Al fin he encontrado el pasadizo secreto que va desde esta casa a la torre del viejo caserón. Una gaviota ha caído en la chimenea de mi habitación, y cuando he ido a sacarla para ponerla en libertad, he apretado sin querer una gran piedra. Ésta se ha corrido y ha dejado al descubierto la boca de un pasadizo que baja por el interior del muro de la torre...».

—¡Oh! —exclamó Nora—. ¡Ya sabemos dónde está!

—No interrumpas —dijo Peggy, pálida de emoción—. Continúa, Jack.

—El abuelo de Timy explica que entró en el pasadizo y, al recorrerlo, vio que bajaba por el interior del muro de la torre, atravesaba el suelo y entonces se convertía en paso subterráneo que avanzaba por debajo de la colina hasta llegar al viejo caserón. Allí se encontraba con el pasadizo

que ya conocemos y luego subía por la gruesa pared de la torre para desembocar en la habitación más alta.

Jack estaba tan emocionado, que apenas podía hablar. No obstante, prosiguió:

—Aquí hay un plano, un simple esquema, que él mismo dibujó después de recorrer el pasadizo. Y en el diario dice que no habló de esto a nadie, por el temor de que su padre se enterase y mandara taparlo.

Todas se amontonaron alrededor de Jack para ver el plano. Los trazos eran tan débiles, que ni con la lupa se veía claramente el pasadizo, pero los niños miraban con tanta atención que pudieron seguir su recorrido sobre el papel.

—Estaba segura —dijo Timy—. Ya os dije que no me cabía duda de que existía ese pasadizo.

—¡Vamos a buscarlo ahora mismo! —dijo Nora—. ¡Vamos! ¡Daos prisa!

Todos subieron corriendo la escalera. ¡Había que encontrar a toda costa la piedra corrediza de la chimenea!

CAPÍTULO XVI

EL OTRO PASADIZO SECRETO

Irrumpieron en el cuarto de Jack, el más alto de la torre. Peggy iba delante, miró en torno de ella y exclamó:

—¡Qué tontos somos! Esta habitación no tiene chimenea.

—¡Pues es verdad! —dijo Jack, desalentado—. No comprendo cómo lo he podido olvidar. Sin embargo, en el plano se ve claramente que el pasadizo empieza en el interior de una chimenea.

—¡Nuestra habitación sí que tiene chimenea! —gritó Nora de pronto—. ¡Allí encontraremos el pasadizo!

Todos bajaron corriendo al dormitorio de las niñas, donde había una gran chimenea de piedra. Jack la examinó. Luego dijo:

—Dadme un taburete. Así podré buscar a más altura.

Mientras las niñas esperaban impacientes, Jack subió en el taburete y empezó a inspeccionar el interior de la chimenea. En uno de los lados de la campana había una estrecha escalerilla. Jack bajó del taburete, asomó la cara llena de tiznajos y comunicó a Timy su descubrimiento.

—No me extraña, Jack —respondió—. Tiempo atrás, la limpieza de las chimeneas la hacían niños pequeños, a los que se facilitaba la subida construyendo esos estrechos escalones. ¿Puedes subir tú, Jack?

Jack empezó a subir. Los diminutos peldaños conducían a una extraña abertura. Apenas la vio, Jack tuvo el convencimiento de que en ella estaba la entrada del pasadizo secreto.

En aquel punto las piedras alternaban con los ladrillos.

Jack los fue empujando uno por uno, con la esperanza de que diesen y dejaran al descubierto la puerta del pasadizo. Pero ninguno de los ladrillos se movió.

Sin embargo, al apoyarse en una piedra que sobresalía, ésta cedió, emitiendo un sonoro «clic». Jack la enfocó con su linterna y vio un agujero en la pared. Introdujo la mano y tocó una argolla de hierro.

—¡He encontrado la entrada! —gritó.

Tiró de la argolla con todas sus fuerzas, y la piedra a la que estaba sujeta se movió un poco. Jack tiró de nuevo, pero esta vez no consiguió que la piedra hiciera movimiento alguno.

Bajó los escalones y salió de la chimenea. Las niñas gritaron horrorizadas al ver su cara, sus manos y sus ropas cubiertas de hollín. Jack sonrió y sus dientes brillaron entre tanta negrura.

—Timy, hay que ir en busca de Jorge para que nos ayude —dijo Jack—. Hace muchos años que no se ha utilizado el pasadizo, y la piedra que lo cierra no cede. Esta piedra tiene una argolla, a la que se puede atar una cuerda. De todo esto se encargará Jorge, que es un hombre fuerte. Tirando de la cuerda, apartaremos la piedra y podremos entrar en el pasadizo.

—Jorge tenía que venir esta tarde a arreglar el jardín —dijo Timy, entusiasmada—. Nos será fácil traerlo. Pero tú no puedes ir a buscarlo con ese aspecto de carbonero.

Pero Jack ya se había marchado. Bajó corriendo la escalera y salió de la casa. Jorge estaba muy ocupado, con la azada en las manos, cogiendo las patatas. Jack corrió hacia él gritando:

—¡Jorge! ¡Jorge! ¡Ven! ¡De prisa!

Jorge miró atónito a la extraña criatura, negra y sonriente, que avanzaba hacia él. Tal fue su sorpresa, que se le cayó la azada de las manos. Tardó un buen rato en reconocer a Jack.

Gesticulando desafortadamente y hablando a toda velocidad, Jack explicó a Jorge todo lo ocurrido y se lo llevó a la torre.

—¿Ha traído la cuerda? —preguntó Nora a Jack.

Jorge siempre llevaba una cuerda alrededor de su cintura. Miró a las dos niñas y a Timy, y preguntó:

—¿Dónde está Mike?

—¿Es que no tienes oídos? —le preguntó Jack, molesto—. Te lo he dicho hace un momento.

—Bueno, no está de más que se lo explique yo —dijo Timy, viendo que Jorge empezaba a pensar que todos se habían vuelto locos.

Timy le refirió brevemente todo lo ocurrido. Jorge se mostró un tanto indiferente cuando Timy le contó las aventuras de los niños, pero sus ojos centellearon de alegría al oír que debía entrar en la chimenea y atar la cuerda a la argolla.

—¡Estoy deseando salvar a Mike! —exclamó.

Se quitó de la cintura la cuerda, que era muy larga y fuerte. Luego se introdujo en la chimenea con la linterna de Jack. Éste intentó subir tras él, pero lo hizo con tal apresuramiento, que su cabeza chocó con las botas de Jorge. Jack se cayó, y toda su cara, incluso los ojos, quedó cubierta de una máscara de hollín.

Jorge encontró la argolla en la pequeña abertura y ató a ella la cuerda. Luego bajó por los estrechos escalones y asió el otro extremo de la cuerda.

—¡Ahora, todos a tirar! —dijo alegremente.

Todos tiraron a la vez y la cuerda se aflojó. Evidentemente se había movido la piedra, dejando al descubierto la entrada del pasadizo. Jorge subió a comprobarlo y los que estaban abajo oyeron este grito:

—¡Aquí está el pasadizo secreto! ¡Subid todos!

Timy estaba horrorizada al pensar que se pondría como un carbonero si entraba en la chimenea, pues así se ponían todos; pero la curiosidad, el deseo de ver el pasadizo, fue más fuerte que el temor de mancharse, y entró.

Jorge había penetrado ya por la abertura que había dejado la piedra de la argolla al funcionar como una puerta.

Siguió adelante por un pasillo tan estrecho que tuvo que colocarse de lado para poder avanzar. De pronto sus pies llegaron al borde de una especie de pozo, donde vio que había una escalerilla de hierro, que descendía hasta desaparecer en la oscuridad. Jorge gritó a los niños:

—¡Aquí hay una escalera que va hacia abajo! La pared de la torre debe de ser doble en esta parte. Por eso está aquí el pasadizo. En las demás partes, el muro es macizo.

Todos fueron bajando por la escala de hierro. Tenían que llevar las linternas en la boca, pues necesitaban las manos para sujetarse. Timy no tenía linterna. Por eso decidió quedarse allí hasta que volviesen.

La escalera bajaba por el interior de la pared hasta el pie de la torre, donde había una pequeña cámara. En ella vieron los niños un barco en miniatura y varios libros viejos.

—Aquí debía de venir a jugar el abuelo de Timy cuando era niño —dijo Jack—. Esos juguetes lo demuestran.

Desde aquella cámara que olía a humedad arrancaba un estrecho pasadizo que penetraba en la colina.

—Este pasadizo no está a demasiada profundidad —dijo Jorge, que iba delante de todos—. Ese rayo de luz lo prueba.

En el techo había un orificio por el que penetraba la luz del día.

—Estoy seguro de que ese boquete lo ha hecho un conejo. ¡Qué susto se llevaría cuando vio que no podía seguir excavando y cayó al fondo de este pasadizo!

—El caso es que por ese agujero entra el aire —dijo Jorge—. De modo que gracias a ese conejo podemos respirar mejor.

Siguieron avanzando por el pasadizo. De pronto, Jorge se detuvo.

—¿Qué pasa, Jorge? —le preguntó Jack—. ¿Por qué te has parado?

—Ha habido un desprendimiento y el paso está obstruido —respondió Jorge—. Tenemos que volver en busca de picos y palas para quitar esta tierra. Sólo así podremos seguir adelante. El pasadizo debe de continuar hasta la torre del caserón. Veréis como allí encontramos otra escalera de hierro que sube hasta la torre.

Los niños y Jorge volvieron atrás, llegaron a la escalerilla de hierro y subieron por ella. Timy, lavada y peinada, los esperaba en la habitación de las niñas.

Le explicaron por qué habían vuelto, y Jack fue al cuarto de las herramientas, donde cogió picos y palas. Luego se dirigió a la cocina, donde se comió unos cuantos bizcochos.

—Pronto rescataremos a Mike y a Paul —dijo Peggy.

—Ahora despejaremos el pasadizo y esta noche iremos por los muchachos —dijo Jorge—. Yendo de noche correremos menos peligro de que nos oigan, y como estarán durmiendo, les sacaremos varias horas de ventaja.

—Es verdad, Jorge —dijo Timy, ya tan entusiasmada como los niños.

Jorge y Jack se fueron a sacar la tierra del pasadizo, a fin de que estuviera transitable aquella noche. Las niñas, después de lavarse, se entretuvieron echando una ojeada al emocionante diario donde habían encontrado la pista que buscaban.

Al cabo de una hora, volvieron Jack y Jorge. Exhaustos, sucios, cubiertos de tierra, sedientos... Timy los envió a tomar un baño y a cambiarse la ropa; Jorge hubo de ponerse unos pantalones y un jersey de Mike, con lo que su aspecto no podía ser más cómico. Después disfrutaron todos juntos de las delicias de una merienda bien ganada.

—Esto se pone cada vez más emocionante —dijo Peggy, untando el pan con la sabrosa mantequilla casera elaborada por Timy—. Estoy a punto de estallar de emoción. Si Mike supiese lo que estamos haciendo por él.

—Pronto lo sabrá —dijo Jack con la boca llena.

—Los extraños habitantes del viejo caserón se pondrán furiosos cuando vean que Mike y el

príncipe han desaparecido —dijo Jorge gravemente—. Lo mejor será que os vayáis todos de aquí, llevándoos a Paul, mientras la señorita llama a la policía para explicarle lo que pasa.

—¿Que nos vayamos de aquí? —dijo Jack—. ¿Dónde podríamos estar a salvo?

Apenas terminó de hacer la pregunta, tanto a él como a las niñas se les ocurrió una idea magnífica.

—¡En nuestra isla secreta estaremos a salvo! —exclamó Jack—. No está lejos de aquí.

—¡Nuestra isla secreta! —exclamaron las niñas.

—¿Dónde está eso? —preguntó Jorge, sorprendido.

—En el lago Salvaje, a unos sesenta kilómetros de aquí —repuso Jack—. Pasamos una temporada en esa isla una vez que tuvimos que escondernos. Es un sitio estupendo para que viva el príncipe hasta que esté libre de sus enemigos.

—Me parece muy bien —dijo Jorge—. Os llevaré en mi barca hasta Longris, donde vive un hermano mío que tiene coche, y él se encargará de dejaros en el lago Salvaje.

—¡Qué contento se pondrá Mike! —exclamó Nora—. ¡Oh, qué feliz soy!

Y la niña empezó a bailar, dando vueltas por la habitación, y así estuvo hasta que Timy, mareada, le pidió que se detuviera.

CAPÍTULO XVII

EL RESCATE DE LOS PRISIONEROS

Todos acordaron rescatar a Mike y a Paul aquella misma noche utilizando el pasadizo secreto. Confiaban en que la puerta secreta del pasadizo, que daba a la torre del caserón, no estaría atascada debido a los muchos años que llevaba sin funcionar.

—Jack y yo iremos por el pasadizo a la torre del caserón —dijo Jorge—. Allí debe de haber una escalera de hierro como la de esta torre, y supongo que llegará hasta la habitación más alta y desembocará en la chimenea.

—Tenemos que planearlo todo a la perfección —dijo Timy—. Mientras Jorge y Jack van a rescatar a los chicos y los traen, las niñas y yo prepararemos una buena cantidad de comida y la llevaremos al bote de Jorge. Luego esperaremos a que volváis.

—Desde luego, necesitaremos mucha comida en nuestra isla secreta —dijo Nora—. Hay algunos frutos silvestres, pero nada más. Claro que también podemos pescar y cazar algún conejo, como hicimos la vez anterior.

—Sólo tendréis que estar uno o dos días en la isla, hasta que averigüemos más cosas sobre el príncipe y encontremos alguien que se haga cargo de él durante el tiempo que haya de pasar fuera de su país —dijo Timy—. Yo me quedaré aquí y Jorge me hará compañía. Así podré enfrentarme con esos individuos del caserón. Sólo les diré que os habéis marchado.

—Vamos ya a preparar la comida que tenemos que llevarnos, Timy —dijo Peggy—. Sólo necesitamos comida; nada de sartenes, cazuelas ni cubiertos. Tenemos la mar de cacharros de cocina bien guardados en nuestra isla secreta. Los dejamos allí por si algún día queríamos volver.

Las niñas y Timy procedieron en seguida a reunir las provisiones. Sacaron de la despensa carne, huevos, latas de conservas de todas clases, fruta, patatas y dos cajas, una de bizcochos y otra de galletas. Pusieron también una botella de limonada y otra de gaseosa. Nora añadió la leche y Peggy la sal y el azúcar.

Lo metieron todo en un gran cajón, y Jorge lo llevó al bote. Jack transportó dos cajas más pequeñas, y Timy, varias mantas por si tenía frío.

—Creo que está todo —dijo Timy—. Poneos los abrigos por la noche, pues empiezan a ser frescas. ¡Dios mío, qué agitación! ¡Ya tengo bastantes años, y nunca me he visto en un caso como éste!

—Timy, nos encantaría que vinieses con nosotros a nuestra maravillosa isla secreta —dijo Peggy—. Estamos seguros de que te gustaría. Te sentirás muy sola sin nosotros, ¿verdad?

—Sí, muy sola —admitió Timy—. Pero me consuela pensar que volveréis pronto. En fin, lo importante es que vais a salvar a Mike. Me inquieta pensar que está encerrado en esa torre.

La noche no tardó en llegar. Habían acordado que Jorge y Jack iniciarían a las once y media la operación de rescatar a los prisioneros. Jorge ya había telefoneado a su hermano desde el pueblo para que tuviese preparado el coche. ¡Era un hombre que pensaba en todo!

—Bueno, ya es la hora —dijo Jorge, consultando su gran reloj de bolsillo—. Señorita, ya puede irse al bote con las niñas. Pronto estaremos de vuelta con los chicos. Llegaremos aquí por el

pasadizo, en seguida bajaremos a la playa y partiremos inmediatamente.

—Buena suerte, Jorge y Jack —dijo Nora.

Timy y las chicas subieron a la torre con ellos y los vieron entrar en la chimenea. Durante unos momentos estuvieron oyendo voces que se alejaban cada vez más. Al fin, el silencio fue absoluto.

—Nos llevaremos el abrigo de Mike y otro para el príncipe Paul —dijo Timy—. Luego bajaremos a la playa y esperaremos en el bote a Jorge y a los chicos. Os voy a dar un vaso de café con leche y unas galletas. Estáis temblando.

—Los nervios. No es que tenga frío —dijo Nora. Pero se bebió muy a gusto un buen vaso de leche caliente.

—¿Qué harán en este momento Jorge y Jack? —preguntó Peggy—. Quizás hayan llegado ya a la torre.

Jorge y Jack seguían avanzando. Con las linternas en la boca habían bajado la escalera de hierro. Luego atravesaron la reducida cámara subterránea y, por el estrecho pasadizo, continuaron su camino hacia el viejo caserón.

Cuando llegaron al punto donde habían tenido que trabajar con pico y pala para despejar el camino, Jorge enfocó el techo con su linterna.

—Al parecer, habrá un nuevo desprendimiento de un momento a otro —dijo—. Dios quiera que ocurra cuando ya hayamos salido de aquí.

—Sí —dijo Jack—. Sería horrible que quedásemos atrapados en el pasadizo. Precisamente ahora están cayendo trocitos de roca sobre mi cabeza.

—Bueno, sea lo que Dios quiera —dijo Jorge—. ¡Adelante!

Reanudaron la marcha y llegaron a un punto donde el pasadizo se estrechaba y mostraba a un lado la boca de un nuevo túnel.

—Ese camino subterráneo conduce al pasadizo que une la cueva de la playa con el viejo caserón —dijo Jack—. Es una lástima que esté obstruido, Jorge. De lo contrario, lo habríamos utilizado después para ir directamente al bote.

Habían visto este túnel por la tarde, después de despejar el pasadizo, se habían internado en él y habían observado que estaba obstruido por unas rocas desprendidas del techo. No habían intentado despejarlo porque Jorge creyó que ganarían tiempo utilizando el pasadizo que enlazaba las dos torres, o sea volviendo a «La Mirona» y bajando después a la playa por el camino del acantilado.

Pronto llegaron a la escalerilla de hierro que subía por el interior de la pared de la torre. Tras una silenciosa ascensión, se encontraron en una reducida cámara situada detrás de la chimenea de la habitación de los cautivos y cuyas paredes eran de piedra.

—Busca una anilla de hierro —susurró Jorge—. Ya verás como la encuentras. Entonces pasaremos la cuerda por la anilla, tiraremos con todas nuestras fuerzas y no me cabe duda de que abriremos la salida del pasadizo, del mismo modo que abrimos la entrada.

Encendieron las linternas y buscaron la anilla. Jack la encontró. Ataron a ella la cuerda y empezaron a dar fuertes tirones. Al fin, la piedra de la que sobresalía la argolla produjo un chirrido y se abrió, dejando al descubierto el interior de la chimenea.

Desde la habitación llegó a ellos un rumor de voces. Jorge y Jack aguzaron el oído. Era Boroni el que hablaba.

—Mañana, al amanecer, saldrás de aquí conmigo, Paul —decía—. A Mike lo dejaremos en esta habitación unos cuantos días para que aprenda a no meter las narices donde no le importa. Ana vendrá la semana próxima a hacer la limpieza y entonces lo pondrá en libertad.

—¿Adónde se llevan a Paul? —preguntó Mike.

—¡Qué niño tan curioso! —dijo el señor Boroni con una sonrisa de burla.

—¡No hay derecho a que tenga prisionero a este niño, señor Boroni! ¡Recibirá usted el castigo que merece!

¡Como no te calles, serás tú el que recibirá su merecido! —le amenazó el señor Boroni—. ¡Ahora, los dos a la cama! Tú, Paul, no te desnudes. Así estarás preparado cuando vengamos a buscarte apenas amanezca.

Jorge y Jack oyeron perfectamente el ruido de una puerta al cerrarse, y después el de una llave que giraba en la cerradura y el que producían varios cerrojos al correrse. Finalmente percibieron el sonido de unos pasos que se alejaban, escaleras abajo.

—Espera un momento: puede ocurrírsele volver —susurró Jorge al ver que Jack se disponía a avanzar.

Esperaron unos minutos. Oyeron a Mike, que consolaba a Paul. Jack estaba indignado con el señor Boroni. ¡Cómo le gustaría que le diesen su merecido!

—Ahora —murmuró Jorge, de pronto.

Y los dos pasaron por la abertura y entraron en la chimenea. Con sumo cuidado, empezaron a bajar los estrechos escalones.

Mike y Paul oyeron el ruido que hacían y se miraron sorprendidos.

—¿Qué ruido es ése, Mike? —preguntó Paul.

—Debe de ser que un pájaro se ha metido en la chimenea.

—¡Oye, a mí no me llamas pájaro! —bromeó Jack desde el cañón de la chimenea.

Paul se llevó tal susto, que cayó sentado. Mike, no menos impresionado, corrió a la chimenea, miró hacia arriba y recibió en plena cara una lluvia de hollín.

—¡Jack! ¿Cómo diantre has llegado hasta aquí? —le preguntó Mike—. ¿Vienen las niñas contigo?

—No. Sólo me acompaña Jorge —dijo Jack, entrando en la habitación—. ¡Baja, Jorge!

Paul se levantó. Estaba pasmado al ver aquellas figuras de cara negra que se acercaban a él. Luego avanzó cortésmente hacia ellos y les estrechó la mano.

—Ya os lo contaremos todo después —dijo Jorge—. Ahora no perdamos tiempo. Dentro de unas horas amanecerá, y vendrá el señor Boroni para llevarse a Paul. Tenemos el tiempo justo para huir. Seguidnos. Este pasadizo secreto que hemos descubierto conduce directamente a «La Mirona».

—Las niñas y Timy nos esperan con una montaña de comida en el bote de Jorge —dijo Jack atropelladamente a Mike—. Nos ocultaremos en la isla secreta. ¿Verdad que es una idea magnífica?

Paul estaba enterado de que existía la isla secreta, porque Mike le había contado las aventuras que él y su grupo habían corrido en ella. Su pálido rostro estaba resplandeciente de alegría. Se apoderó de la mano de Mike y la estrechó con fuerza.

—¡Vamos! ¡De prisa! —dijo Jack.

Jorge guió al príncipe, y Mike siguió a Jack. Todos desaparecieron en el interior de la chimenea, en cuyo suelo dejaron una capa de hollín.

Bajaron por la escalera de hierro. Paul no podía disimular su inquietud: no estaba acostumbrado a las aventuras. Tomaron el pasadizo secreto y avanzaron en fila india.

Jorge, que iba delante, se detuvo de pronto. Los seguidores chocaron con él.

—¿Qué pasa, Jorge? —preguntó Jack.

—¡Lo que me temía! —gruñó Jorge—. El techo se ha desplomado, y esta vez no podemos quitar los escombros. Estamos atrapados.

Jack se acercó a Jorge y miró en silencio el montón de rocas y tierra. Sí, estaban atrapados. ¿Qué podían hacer?

CAPÍTULO XVIII

MOMENTOS EMOCIONANTES

—¡Qué desastre! ¿Qué podemos hacer? —preguntó Jack, intranquilo—. Imposible quitar esa enorme cantidad de tierra y rocas. Tampoco hay que pensar en volver al caserón: caeríamos en manos de esa mala gente.

Jorge frunció el entrecejo y quedó pensativo. Comprendió que no podía seguir adelante ni retroceder. Y era evidente que tampoco podían quedarse allí sin hacer nada.

—Lo mejor será que vayamos a echar un vistazo al otro pasadizo, aunque está también obstruido —dijo Jorge—. Ya sabes a cuál me refiero: al que enlaza con el que va desde el viejo caserón a la playa.

—De acuerdo —aprobó Jack—. Quizás el desprendimiento de ese pasadizo no sea tan importante como nos parece. De todos modos, es lo único que podemos hacer.

Se dirigieron al punto de donde partía el ramal, se internaron en él y llegaron hasta donde los materiales desprendidos les cortaban el paso. Jorge retiró algunas rocas y calculó la profundidad que alcanzaba el desprendimiento.

—Creo —dijo—, que si nos ponemos los cuatro a trabajar, podremos despejar el paso. Se me ocurre una idea. El tapón es de trozos de roca. Yo se los iré pasando a Jack, y Jack a Paul. Paul se los entregará a Mike y éste los dejará a sus espaldas. Así parecerá que el desprendimiento ha ocurrido allí. Y si viene el señor Boroni verá que por aquí no se puede pasar y no sospechará que nosotros hemos pasado. Así que estaremos a salvo.

—¡Es una idea estupenda, Jorge! —exclamaron Jack y Mike, entusiasmados—. ¡Hala! ¡Empecemos!

—¿Yo qué tengo que hacer? —preguntó el príncipe, un tanto atemorizado, pero encantado de la compañía de Mike y Jack.

—No tienes más que coger las piedras que yo te vaya dando y entregárselas a Mike —le explicó Jack.

Empezaron la tarea. Jorge iba levantando los trozos de roca y pasándolos a sus ayudantes. Mike los amontonaba a su espalda de modo que pareciera que se habían desprendido del techo.

Cuando hubo retirado una considerable cantidad de fragmentos de roca, Jorge dirigió la luz de su linterna a los que quedaban y lanzó un grito de alegría.

—¡Vamos bien, amigos! ¡Ya veo la continuación del túnel! Sigamos quitando piedras y pronto tendrá el boquete anchura suficiente para que podamos pasar.

Siguieron trabajando afanosamente. Paul se cansó en seguida y tuvo que sentarse para tomar fuerzas. Pasaron dos horas. Jorge empezaba a impacientarse. No quería que el señor Boroni se enterase de la huida de los prisioneros antes de que estuviesen en el bote.

Al fin lograron ensanchar lo suficiente el agujero. Uno tras otro, y arrastrándose como lagartijas, pasaron por la estrecha canal. Cuando estuvieron todos al otro lado, Jorge hizo algo imprevisto.

Miró al techo del pasadizo, cogió una piedra y la lanzó con fuerza hacia arriba. Al chocar la

piedra con el techo, cayó de éste una lluvia de tierra.

—¿Por qué has hecho eso, Jorge? —preguntó Jack.

—He provocado un pequeño desprendimiento —dijo Jorge, sonriendo a la luz de la linterna de Jack— para tapar el agujero abierto por nosotros. Así nuestro querido señor Boroni no podrá pasar y habremos ganado la partida.

—¡Buena idea! —exclamó Jack—. Y ahora sigamos adelante. Ya hemos perdido bastante tiempo.

—¡Chist! —dijo Jorge de pronto—. ¡Apagad las linternas! He oído algo, un ruido lejano.

Todos apagaron las linternas y escucharon en silencio.

—Sigamos —susurró Mike.

Jorge movió la cabeza negativamente y repuso en voz baja:

—No, es preferible esperar. Podrían oírnos, deducir adónde va a parar este pasadizo y correr a la playa para recibirnos. Sí, debemos quedarnos aquí, sin hablar ni movernos. Ve al lado de Paul, Jack: está muy asustado.

Permanecieron quietos y callados. Pronto oyeron las voces del señor Boroni y de Luis, que hablaban con otra persona. Las voces se acercaron al desprendimiento que obstruía el otro pasadizo.

—¡Mirad! —dijo Boroni—. No pueden haber pasado por aquí.

—Quizá se produjera el desprendimiento cuando ya habían pasado —dijo Luis.

Luego se oyó una voz que no conocían, agresiva y seca.

—¡Qué calamidad! Permitir que se os escaparan de las manos. ¿Estáis seguros de que no hay otro pasadizo?

—¡Aquí hay una bifurcación! —dijo la voz de Luis.

Los pasos se acercaron al desprendimiento que habían atravesado Jorge y los niños.

—Aquí hay un gran montón de piedras —dijo el señor Boroni, refiriéndose a las que había amontonado Mike—. Y detrás hay materiales de otro desprendimiento. No pueden haber pasado por aquí. Seguramente han huido por ese pasadizo que conduce a la «La Mirona». Habrán pasado antes del derrumbamiento. Lo mejor será que volvamos a la torre y vayamos a buscarlos a la «La Mirona». Seguro que estarán allí.

Las voces se alejaron. Cada vez eran más débiles. Al fin, se extinguieron. Jorge y sus acompañantes respiraron.

—Bueno, ya podemos seguir adelante —dijo Jorge alegremente—. Como os dije, no han sospechado que hemos huido por aquí. Y es que no saben que este túnel llega hasta la playa. Vámonos.

Siguieron avanzando por el pasadizo secreto. De pronto, hubieron de detenerse, pues a sus pies había una abertura y, además, el pasadizo terminaba allí. Jack dirigió la luz de su linterna hacia el fondo del hoyo.

—Aquí enlaza este pasadizo con el que va de la cueva al caserón —dijo—. No me extraña que no lo notásemos cuando pasamos por aquí abajo. ¿Cómo se nos iba a ocurrir mirar al techo para ver si había agujeros? Tendremos que saltar.

Uno tras otro fueron saltando al pasadizo inferior. Después continuaron la marcha hasta llegar a la cueva, bajaron los resbaladizos escalones con ayuda de la cuerda y salieron a la playa.

—¿Estarán aún las niñas en el bote? —preguntó Mike.

Sí, las niñas estaban en el bote, esperándolos con impaciencia, en compañía de Timy. No tenían ni la menor idea de lo que había ocurrido. Al principio estuvieron charlando. Luego empezaron a mirar hacia el camino, esperando ver aparecer a los muchachos. Pero no llegaban, y Nora empezó a impacientarse.

—¡Ya deberían estar aquí! —exclamó—. ¿Qué les habrá pasado?

—A lo mejor —dijo Peggy—, el señor Boroni estaba en la habitación con Mike y Paul, y Jack y Jorge han tenido que esperar a que se marchase.

—Es verdad —dijo Timy—. Bueno, tendremos que conformarnos y esperar. No podemos hacer otra cosa. ¿No tenéis frío?

—Mi abrigo da mucho calor —dijo Peggy—, pero siento mucho frío. Deben de ser los nervios.

Esperaron una hora más. Ya estaban inquietas y preocupadas, aunque Timy se esforzaba por aparecer tranquila. De pronto, Nora gritó:

—¡Mirad! ¡La luz de una linterna en la cueva! ¡Deben de ser ellos!

¡Y lo eran! Jack, Mike, Paul y Jorge corrían en silencio por la playa. Estaban cansados, extenuados, y sabían que aún les faltaba un buen rato de esfuerzo con los remos, pero sentían una gran satisfacción ante el feliz resultado de su aventura.

—¡Mike! ¡Mike! —exclamó Nora, tan contenta al ver de nuevo a su hermano, que las lágrimas empañaban sus ojos.

Mike abrazó a Nora y a Peggy, dio un beso a Timy y entró en el bote, seguido de los demás muchachos. Afortunadamente, el bote era grande y cabían todos en él sin apreturas.

—Bueno, os dejo —dijo Timy—. Déjame pasar, Jorge. ¿Te has olvidado de que no voy con vosotros?

—¡Oh Timy! ¡Cuánto me habría gustado que vinieses! —exclamó Peggy, sinceramente apenada al tener que separarse de ella—. ¡Que todo te vaya bien, querida! Ya sabes que Jorge volverá en seguida, tan pronto como nos haya dejado con su hermano.

—Adiós a todos —dijo Timy, saliendo del bote—. ¡Cuidaos mucho! Si sé algo nuevo sobre el príncipe, os lo comunicaré. ¡Buena suerte!

—¡Buena suerte! —dijeron en voz baja los niños.

Jorge apoyó la punta del remo en el embarcadero, empujó con fuerza y el bote se alejó mar adentro. Jorge empezó a remar. La figura de Timy fue reduciéndose y al fin desapareció en la oscuridad.

El bote cabeceaba, mecido por las olas, en medio de la noche. Jack se apoderó del otro par de remos y empezó a remar con todas sus fuerzas para ayudar a Jorge. Hablaban en voz muy baja, porque Jorge les había dicho que los sonidos se oyen desde mucho más lejos en el agua.

—¡Ya te hemos libertado, Paul! —le dijo Jack—. Estás a salvo, pues no creo que el señor Boroni nos pueda encontrar en nuestra isla secreta. Vamos a pasar unas vacaciones inolvidables. Será fantástico volver a estar allí, completamente solos.

Todos lanzaron exclamaciones de aprobación, y empezaron a soñar en su maravillosa isla, aquella isla que estaban a punto de volver a ver.

CAPÍTULO XIX HACIA LA ISLA SECRETA

Jorge remaba en el mar en calma, impulsando el bote hacia el pueblecito de pescadores donde vivía su hermano. Jack le ayudaba y los demás guardaban silencio, en espera de que Jorge les dijese que ya podían hablar sin temor a que los oyeran sus perseguidores.

—Nadie puede oírnos ya —dijo Jorge al fin—. Podéis hablar tranquilamente cuanto queráis.

Fue extraordinario el alboroto que se armó en seguida. Mike empezó a explicar todo lo que le había sucedido mientras estaba prisionero con Paul. Éste habló también por los codos. Refirió cómo lo habían capturado en el palacio mismo de su padre, y cómo lo habían transportado en buques, aviones y automóviles a las Cuevas de Spiggy. ¡Pobre Paul! Estaba encantado de verse de nuevo entre amigos. El señor Boroni y Luis no lo habían maltratado, pero lo habían tenido encerrado durante días y días.

Pronto salió la luna, y el mar se cubrió de un tapiz plateado. Los niños se veían perfectamente las caras mientras hablaban, y cada vez que los remos golpeaban la superficie, arrancaba, al agua mil fosforescencias.

—Ahí está Longris —dijo de pronto Jorge al doblar un saliente de la costa.

Todos miraron a tierra. Los niños ya habían estado una vez en Longris con Jorge, pero en aquel momento en que lo bañaba la luz de la luna, parecía completamente distinto. Las casas agrupadas en el acantilado parecían de plata.

—¡Oh, es un pueblecito encantado! —dijo Nora, como en sueños—. Y nuestra isla secreta también nos parecerá encantada esta noche cuando la veamos de cerca. ¡Qué emoción siento al pensar que de nuevo vamos a vivir en nuestra isla!

Empezaron a hablar de sus aventuras en la isla secreta. Explicaron al príncipe que había construido una casita de madera y descubierto unas cuevas para pasar el invierno. Paul los escuchaba atentamente y sentía un ávido deseo de conocer aquella maravillosa isla.

Desembarcaron en Longris. A través de sus desiertas calles, Jorge los condujo al garaje de su hermano, situado en la parte alta del pueblo. Allí los esperaba un hombre.

—¡Hola, Jim! —le dijo Jorge—. Éstos son tus pasajeros. No hables a nadie de este viaje. Ya te lo explicaré todo mañana, cuando vengas a verme. Hasta entonces, ni una sola palabra.

—De acuerdo —contestó Jim a su hermano, al que, por cierto, se parecía mucho.

—Adiós, Jorge, y gracias por tu ayuda —dijo Jack subiendo al coche, donde ya estaban sus compañeros, a los que preguntó—: ¿Habéis cargado las provisiones? ¡Ah, sí, ya las veo! ¡Estupendo!

—Adiós —dijo Jorge a sus amigos—. Vuelvo a «La Mirona» por si la señorita Timy necesita ayuda. No salgáis de vuestra isla secreta hasta que os avisemos. Allí estaréis seguros.

El coche arrancó. Jim lo condujo a la carretera. Los niños estuvieron diciendo adiós a Jorge con la mano hasta que llegaron a una curva y lo perdieron de vista. Ya estaban en camino del lago Salvaje, ya se dirigían a su isla.

Tenían aún cincuenta kilómetros de viaje. El coche corría alegremente a la luz de la luna. Paul

tenía tanto sueño, que pronto se quedó dormido con la cabeza apoyada en el hombro de Peggy. Los demás estaban demasiado nerviosos para poder dormir.

Jack miraba por la ventanilla. Recorrieron diez, veinte, treinta kilómetros. Ya estaban muy cerca. Jim tenía que llevarlos a un lugar donde habían vivido unos tíos de Mike y sus hermanas. Una vez allí, les sería fácil encontrar el camino del lago, y, ya en la orilla, pronto hallarían el bote que siempre estaba preparado.

—Hemos llegado —dijo Jack un rato después.

El coche se detuvo y Jim bajó.

—Os ayudaré a llevar las provisiones a la barca —dijo.

Los seis se repartieron los paquetes y se dirigieron al lago. En la orilla había una caseta, y dentro estaba el bote, El capitán Arnold había hecho construir aquella caseta para que sus hijos pudiesen guardar el bote. Mike tenía la llave. La sacó del bolsillo y abrió. Allí estaba la barca. Jack la empujó hasta el agua.

Cargaron la comida en la pequeña embarcación y después se instalaron todos en ella. Jim les dijo adiós y desapareció camino de su coche. ¡Los cinco niños quedaron al fin solos!

Jack y Mike empuñaron los remos. Paul estaba ya despierto. Ansiaba conocer aquella maravillosa isla de la que tanto había oído hablar.

—Ya estamos cerca —dijo Nora, con los ojos relampagueantes de emoción.

Los remos golpeaban el agua acompasada y sonoramente y el bote se deslizaba con suave ligereza hacia la isla, ya muy próxima.

—¡Mira, Paul! Ésa es nuestra isla.

Paul miró hacia donde señalaba Peggy y vio una pequeña isla que parecía flotar en el lago iluminado por la luna. Estaba cubierta de árboles que llegaban hasta la misma orilla. En su centro se elevaba una colina de suaves laderas. Era un lugar delicioso.

—¡Nuestra isla secreta! —exclamó Nora.

Tan feliz se sentía, que sus ojos estaban llenos de lágrimas. ¡Tenía recuerdos tan gratos de aquella isla, donde había pasado días inolvidables con sus hermanos!

Los muchachos estuvieron un rato sin remar, contemplando la isla y recordando sus aventuras en ella. Luego volvieron a remar, deseosos de llegar cuanto antes.

—¡Mirad nuestra playa, con su fina arena resplandeciendo a la luz de la luna! —dijo Nora.

El bote se dirigió a la orilla y se detuvo al clavarse su quilla en la arena. Jack saltó a tierra y los demás lo siguieron.

—¡Bienvenido a nuestra isla, Paul! —dijo Peggy, rodeando con su brazo los hombros del príncipe—. Es nuestra. Papá nos la compró después de nuestra gran aventura. No pensábamos volver este verano. Estuvimos aquí en Navidad.

—Vamos a la colina, a nuestra cueva —dijo Jack—. Estamos todos rendidos y nos conviene dormir. Antes haremos algo para cenar. Podríamos sacar las mantas y dormir fuera, sobre la hierba. No hace nada de frío... ¿Qué os parece?

—¡Estupendo! —exclamó Mike—. Jack, ayúdame a llevar esta gran caja. Las niñas traerán lo demás. Paul las ayudará.

—Desde luego —dijo Paul, que creía estar soñando.

Con los paquetes de provisiones se dirigieron a la colina por un sendero bordeado de matorrales tan altos que les llegaban a la cabeza. La luna brillaba intensamente en el cielo, permitiéndoles ver casi como si fuera de día.

—Ahí está nuestra cueva —dijo Jack—. Hay tantos matojos ante ella, que apenas se la ve. Mike, ¿tienes tu linterna? La necesitamos para entrar en la cueva y recoger todo lo que nos hace falta.

Mike sacó su linterna del bolsillo y se la entregó a Jack.

—Gracias —dijo éste—. Peggy, ven conmigo a sacar las cosas de la cueva. Mike, tú y Nora podéis buscar un buen sitio para encender fuego y hacer un poco de cena. Estoy tan hambriento que incluso comería hierba.

—A sus órdenes, capitán —dijo Nora alegremente.

¡Qué suerte volver a estar en la isla secreta, encender fuego y dormir al aire libre!

Nora y Mike se dedicaron a buscar leña.

Peggy y Jack entraron en la cueva y de ella pasaron, por un estrecho corredor, a otra más pequeña y que utilizaban como almacén.

—Todo está como lo dejamos —dijo Peggy, entusiasmada, mientras Jack enfocaba su linterna en todas direcciones—. Aquí está la cazuela. Nos llevaremos también una sartén. Haré un poco de sopa esta noche, y mañana, huevos. Mira, ahí está la manta que nos hicimos nosotros mismos con pieles de conejo. Carga con ella, Jack, y también con estas sábanas.

Jack cogió las mantas y las sábanas, y Peggy los útiles de cocina. Luego salieron y se reunieron con el grupo. Mike había encendido un buen fuego y Paul se calentaba las manos con cara de satisfacción. Nunca había visto un fuego de campamento.

—Nora, saca la leche, el pan y el sobre de sopa —dijo Peggy—. Mike, ¿quieres ir a la fuente a buscar un poco de agua? He de ponerla a hervir para hacer la sopa.

Mike se fue con la cazuela a buscar agua a una fuente que manaba en la ladera de la colina. Llenó la cazuela y volvió al campamento.

—¿Qué tenemos para cenar? —preguntó sin poder disimular su apetito.

—Sopa y unas croquetas que ha preparado Timy —respondió Peggy.

Todos lanzaron exclamaciones de entusiasmo.

Mike abrió un bote de tomate, mientras se alegraba de que Timy se hubiera acordado de ponerles en los paquetes un abrelatas. Vació la lata en la sartén y puso ésta en el fuego.

—¿Enciendo otro fuego para la sopa? —preguntó.

—No, no hace falta —respondió Peggy—. Corta el pan si quieres.

Pronto estuvo hecha la sopa. Peggy envió a Jack a la cueva, en busca de platos y cubiertos. Distribuidos éstos, repartió la sopa en partes iguales y dio a cada uno un buen trozo de pan. El fuego chispeaba alegremente y el humo subía con lentitud hacia el cielo iluminado por la luna.



—¡Está estupenda! —dijo Mike mientras se llevaba a la boca una cucharada de sopa—. ¡Ojalá no se acabara nunca!

—¡Acabarías por no querer ver la sopa ni en pintura! —dijo Jack.

Todos se echaron a reír. Después de la sopa, saborearon las deliciosas croquetas preparadas por Timy, con salsa de tomate. Fue una cena alegre y succulenta. Nadie quería irse a dormir, pero pronto los venció el sueño.

—Me voy a quedar dormida aunque no me acueste —dijo Nora, bostezando—. ¡Qué cena tan estupenda! ¡Hala! ¡Vamos a hacer las camas! Mañana limpiaremos los cacharros.

Los cinco niños tendieron sus mantas en la blanda hierba y se echaron sobre ellas vestidos. Segundos después, todos dormían profundamente. Sus sueños giraron en torno a lo que podrían hacer cuando saliera el sol del nuevo día.



CAPÍTULO XX PAZ EN LA ISLA

Durante toda la noche, los niños durmieron plácidamente sobre sus mantas. Los tres chicos se habían acostado al pie de un árbol; las niñas se habían refugiado en un gran matorral. La hierba era espesa y blanda: no había lecho mejor.

Salió el sol y el cielo cobró un matiz dorado. Los pájaros comenzaron a cantar y los conejos, que habían estado toda la noche correteando alrededor de los niños, desaparecieron en sus madrigueras. Un puercoespín se acercó a Mike, lo olfateó y siguió su camino.

Jack fue el primero en despertarse. Estaba echado boca arriba y recibió una gran sorpresa cuando abrió los ojos y vio el cielo azul. Esperaba ver el techo de su habitación de la torre y ante sus ojos aparecía un cielo límpido, bajo el que flotaba alguna blanca nubecilla.

Al fin pudo recordar. ¡Estaban en su isla secreta! Permaneció tendido un buen rato, mirando al cielo y esperando a que los demás se despertaran. Luego se sentó. Ante él se extendían las tranquilas aguas del lago. El día era espléndido. Jack consultó su reloj y vio que eran las nueve y media.

—¡Las nueve y media! —exclamó, sorprendido—. ¡Qué modo de dormir! A ver si los demás se despiertan pronto. ¡Tengo un apetito...!

Se levantó sin hacer ruido, se desnudó y corrió a bañarse en el lago. El agua estaba deliciosa. Se secó al sol y se vistió. Luego encendió fuego.

Pronto se despertó Mike, y poco después Nora y Peggy. Paul seguía durmiendo. Las niñas, rebosantes de gozo al verse de nuevo en su isla, corrieron a bañarse en compañía de Mike. Cuando Paul se despertó le preguntaron si quería también darse un baño.

—No sé nadar —respondió—, y no me atrevo a meterme en el lago. Prefiero quedarme aquí con Jack.

Tomaron el desayuno. Luego, Nora se fue con los cacharros a la orilla del lago y los fregó. Jack se encargó de buscar leña para el fuego, que seguía ardiendo, y Peggy se dedicó a cortar grandes rebanadas de pan para untarlas de mantequilla y puso unos huevos a hervir.

—Dos huevos por cabeza —dijo—, aunque ya sé que sois capaces de comeros una docena cada uno... Nora, ¿quieres darme la sal?

—Nos comeremos unos cuantos bizcochos —dijo Mike, abriendo la caja—. Con este calor, pronto se echarán a perder... ¿Dónde están las galletas, Peggy? —preguntó acto seguido—. No creo que las termináramos anoche.

—¡Claro que no! —repuso Peggy, metiendo la mano en una espesa mata y sacando la caja de las galletas—. Las escondí anoche porque sé que si las hubiera dejado a la vista, os las habríais comido todas.

Se sentaron alrededor del fuego y se comieron los huevos duros, las tostadas, las galletas y los bizcochos, todo ello acompañado de limonada.

—No sé por qué, pero aquí todas las comidas nos parecen deliciosas —dijo Mike—, nos saben mejor que en cualquier otro sitio.

—¿Quieres otro huevo, Paul? —le preguntó Peggy al ver que sólo se había comido uno.

—No, gracias. No estoy acostumbrado a vuestros desayunos —repuso el príncipe—. En mi país sólo nos desayunamos con pan y café con leche. Pero, si os parece, me comeré el otro huevo más tarde, al mediodía. Me han gustado mucho. Nunca los había probado.

Y Paul empezó a hablar de su país. Era un chico muy simpático y tenía unos modales tan exquisitos, que a veces sorprendían a sus nuevos amigos. Hacía reverencias a Nora y a Peggy cada vez que se dirigía a ellas. Su aya le había enseñado el idioma de sus cuatro compañeros y lo hablaba correctamente.

Luego se refirió a sus padres. Cuando nombró a su madre se echó a llorar: no sabía dónde estaba. Peggy y Nora se compadecieron de él y, para consolarlo, le dijeron que pronto se solucionarían sus problemas.

—Es una suerte para vosotros no ser príncipes —les dijo—. Podéis divertirlos y hacer lo que queráis; yo no. A vosotros no os raptarán ni os tendrán encerrados. Yo ya he pasado por eso y quizás vuelva a pasar. Son muchos los que no quieren que yo sea rey cuando muera mi padre.

—¿Tú quieres serlo? —le preguntó Jack.

—No —respondió Paul—. Me gustaría mucho más vivir como vosotros, ser un niño como todos los demás. Pero tengo la desgracia de haber nacido príncipe y he de cumplir con mi deber.

—Bueno, no pienses más en cosas desagradables —le dijo Peggy—. Diviértete cuanto puedas durante los días que estemos aquí. Verás lo bien que lo vas a pasar. Jack te enseñará a nadar y Mike a encender un buen fuego de campamento. El día menos pensado pueden serte útiles estas cosas.

A todos los dominaba la pereza, como un resto de las fatigas de la noche anterior. Peggy y Nora fregaron los cacharros del desayuno y luego Peggy empezó a hacer planes para el almuerzo. Ya se habían comido los bizcochos y las galletas. Al fin decidió hacer unas patatas con judías y calentar una lata de carne.

—¿Por qué no vamos a buscar moras como el año pasado? —propuso Nora—. ¿Os acordáis de los grandes zarzales que hay en el otro extremo de la isla? Daban unas moras que eran una delicia.

—¡Eso, vamos a coger moras! —dijo Peggy—. Pero antes vayamos a ver si está todavía en pie la Casita Vegetal.

Los niños habían construido una casita con troncos y ramas que les había sido de gran utilidad en las noches frías como en las calurosas. El grupo infantil bajó por la suave pendiente de la colina, camino del bosque, preguntándose si seguiría en pie su casita.

Se internaron en la arboleda y llegaron al lugar donde habían construido el albergue de mimbre. Sí, allí estaba, con su color verde, invitándoles a entrar.

—¡Fijaos! —exclamó Peggy—. Todas las ramas han echado hojas. Es una casa viva.

Era verdad. Al cubrirse de hojas los mimbres, la casa parecía tener vida.

—¡Qué bien lo pasamos cuando la construimos! —exclamó Peggy—. ¿Os acordáis de cuando íbamos a cortar las ramas? ¿Y de cuando pusimos una capa de hierba en el techo para que no pasara la lluvia?

Todos se acordaban perfectamente. Le explicaron a Paul cómo habían construido la casita y el

príncipe contestó que le gustaría hacer con ellos otra igual.

—No, ahora no la necesitamos —dijo Jack—. Podemos dormir al aire libre, y si llueve, nos refugiaremos en la cueva.

Paul no cesaba de entrar en la pintoresca casita y volver a salir. Le pareció el lugar más hermoso del mundo.

—¡Cuánto me gustaría tener una casa como ésta! —exclamó—. Mike, Jack, ¿queréis venir a mi país para enseñarme a hacer una igual?

Los niños se echaron a reír.

—Vamos a buscar moras —dijo Mike—. Estoy seguro de que te gustarán.

El grupo se dirigió a la parte de la isla donde crecían los zarzales. Estaban repletos de jugosas moras. Peggy y Nora empezaron a llenar sus cestos. Poco después todos tenían los labios morados. Por cada mora que echaban en las cestas se comían dos.

—¡Ya es la una! —exclamó Mike, después de consultar su reloj—. ¡Caramba, qué de prisa ha pasado la mañana!

—Regresemos. Hay que hacer la comida —dijo Peggy.

Volvieron al campamento. A ninguno de los cinco les había quitado el apetito el atracón de moras. La comida fue superior. Mike hizo el primer viaje a la fuente en busca de agua, un agua fresca, deliciosa. Cuando se acabó, Paul hizo un nuevo viaje al manantial. Le encantaba ayudar a sus amigos. Le había cogido el sol y su cara pálida tenía un ligero matiz moreno.

—¿Qué pensáis hacer esta tarde? —preguntó Paul.

—Yo tengo sueño —dijo Peggy, bostezando—. Podríamos dormir una buena siesta sobre la hierba, luego ir a bañarnos, y después merendar.

Fue una jornada tranquila, sobre todo comparada con los días anteriores, tan llenos de aventuras. Jack empezó a enseñar a nadar a Paul, que no demostró ser muy buen alumno, a pesar de que ponía todo su empeño en aprender.

Merendaron y después se fueron a dar un paseo en bote por el lago.

—Mañana saldremos a pescar —dijo Jack—. Será divertido freír el pescado con fuego de leña, como hacíamos el año pasado.

—¿De veras creéis que estamos a salvo aquí? —preguntó Paul, dirigiendo una mirada recelosa a la orilla del lago.

—Claro que sí —afirmó Jack—. No te preocupes, Paul. Aquí nadie vendrá a molestarte.

—Si el señor Boroni averigua dónde está vuestra isla secreta, seguro que vendrá a buscarme. Yo creo que deberíamos montar un servicio de vigilancia.

—No, Paul —replicó Jack—, no hay necesidad de estar al acecho. Estando aquí, nadie nos encontrará.

—¿Desde dónde vigilabais la otra vez que estuvisteis aquí, cuando temíais que alguien viniese a buscaros? —preguntó Paul.

—En lo alto de la colina hay un peñasco rodeado de hierba —contestó Jack—. desde donde se domina todo el lago. Subíamos allí, nos sentábamos en la hierba y vigilábamos.

—Pues eso haré yo mañana: subiré a la colina, me sentaré junto al peñasco y vigilaré —dijo

Paul—. No conocéis al señor Boroni. Yo sí que le conozco, y sé muy bien que es lo bastante astuto para descubrir nuestro paradero, venir y volver a capturarme. Supongo que si lo viéramos llegar en una barca tendríamos tiempo de escondernos en las cuevas.

—Desde luego —dijo Jack—. Pero no tendremos que escondernos, porque no vendrá. Nadie puede sospechar que estás aquí con nosotros.

Pero Paul no se tranquilizó y a la mañana siguiente, después del desayuno, desapareció del campamento.

—¿Adónde habrá ido? —preguntó Jack.

Nora contestó, echándose a reír:

—Ha subido al peñasco para vigilar, por si llegan sus enemigos. Pero estoy segura de que no verá nada.

Pero el príncipe vio algo..., algo aterrador.

CAPÍTULO XXI

EL ENEMIGO ENCUENTRA LA ISLA

Paul se sentó en la cumbre del cerro que se alzaba en medio de la isla. Estaba seguro de que sus enemigos recurrirían a todo para dar con él y acabarían por presentarse en la isla secreta.

Estuvo sentado en la hierba dos o tres horas, vigilando las tranquilas aguas del lago. Bostezó. Era un aburrimiento estar solo, pero sus amigos no querían acompañarlo, porque, según ellos, no había nada que temer.

Paul vio a Mike y a Jack en la orilla. Estaban preparando el bote para salir de pesca. Las niñas llegaron corriendo y se reunieron con los chicos. Habían invitado a Paul a que fuese con el grupo, pero él no había aceptado. Le daba miedo el agua: a duras penas habían conseguido que se bañase.

Paul se puso en pie y los saludó. Jack y los tres hermanos respondieron a su saludo. Les sabía mal dejarlo solo, pero no querían pasar el día sentados en la cumbre de la colina, vigilando. Además, Peggy le había prometido que si pescaban algo, le prepararía un buen pescado para la cena.

—¡Volveremos pronto! —le gritó Mike—. ¡Vamos hacia el sur de la isla! ¡Es un buen sitio para pescar! ¡Si quieres algo, da una voz!

—¡De acuerdo! —gritó Paul.

El príncipe no comprendía la locura que aquellos niños tenían por el agua. Siempre estaban bañándose, chapoteando o paseando en el bote. Pero estaba encantado con ellos, sobre todo con Mike, que tanto le había ayudado cuando estaban encerrados en la torre.

Vio como la barca se alejaba de la orilla para dirigirse hacia el sur. Desde aquella altura parecía una barquita de juguete, y sus tripulantes, poco más que hormigas. Pero oía sus voces. Estaban preparando sus aparejos de pesca.

A Paul le habría gustado estar con ellos. ¡Parecía tan contentos!... Los siguió con la vista durante unos minutos y luego miró hacia la parte opuesta.

¡Otra barca! Sí, sus ojos no lo engañaban. Era una barca tripulada por dos hombres, y se acercaban a la isla. ¿Quiénes serían aquellos hombres? ¿Acaso el señor Boroni y Luis? Los odiaba y los temía al mismo tiempo. ¿Vendrían por él?

Se volvió hacia la otra parte del lago y gritó con todas sus fuerzas a los cuatro niños que seguían pescando en su bote:

—¡Jack! ¡Mike! ¡Una barca viene hacia aquí!

—¿Qué? —Preguntó Jack.

Paul gritó de nuevo, con toda la potencia de que era capaz:

—¡Que una barca viene hacia aquí!

Los cuatro niños se miraron, perplejos.

—Es imposible que el señor Boroni haya averiguado que estamos aquí —dijo Mike—. Aunque es lo bastante listo para imaginárselo si sabe que somos los niños que el año pasado nos ocultamos en una isla desierta.

—No tenemos tiempo para hacer muchas cosas —contestó Jack, preocupado—. Creo que no

estaremos seguros si nos escondemos en la isla. Esos hombres lo registrarán todo. Lo mejor será que Paul venga al bote y nos vayamos todos a tierra firme. Nos ocultaremos entre los árboles.

—Buena idea, Jack —dijo Mike, poniéndose de pie en la barca y empezando a hacer señas a Paul. Después le gritó:

—¡Ven en seguida, Paul! ¡Huiremos en el bote! ¡Date prisa!

Paul agitó la mano y desapareció. Cuando llegó a orilla, todos vieron que llevaba algo en las manos. Era provisiones: una barra de pan, una caja de bizcochos y dos latas de fruta en conserva.

—¡Estupendo! ¡Eres un chico listo! —exclamó Jack—. ¡No se te podía haber ocurrido nada mejor!

Paul enrojeció de satisfacción. Se sentía orgulloso de pertenecer al grupo y estar a las órdenes del capitán Jack.

—He tenido el tiempo justo para esconder las cosas del campamento en un matorral —dijo Paul—. Luego he recogido estas provisiones, pensando que quizá tengamos que estar escondidos durante muchas horas.

—Bien hecho —aprobó Jack—. Vámonos. No hay tiempo que perder. Ahora, Paul, dinos algo de la barca que has visto. ¿Estaba muy lejos?

Mientras Jack y Mike remaban vigorosamente hacia tierra firme, Paul explicó todo lo que sabía de la barca, que no era mucho.

—No he visto bien a los dos hombres que van a bordo, pero me parece que son el señor Boroni y Luis. Jack, no quiero que se me lleven y me vuelvan a encerrar. ¡Lo paso tan bien con vosotros!

...

—No te preocupes —le dijo Jack mientras remaba—. Te respondo que no te encontrarán, aunque tengamos que esconderte en una madriguera de conejo y tapar la entrada con hierbas.

Todos se echaron a reír, incluso Paul, al que tranquilizó la broma. Mike y Jack remaban con todas sus fuerzas hacia tierra firme. Querían llegar antes de que los ocupantes del otro bote los viesan. La isla se interponía entre los muchachos y sus enemigos, pero éstos podían aparecer de pronto por un costado y verlos.

Pronto llegaron a tierra firme. Jack condujo el bote a un lugar poblado de juncos y cubierto por las copas de un grupo de frondosos árboles cuyas ramas colgaban hasta casi tocar la superficie del lago. Allí no los podrían ver. Desembarcaron.

—Me subiré a un árbol —dijo Jack—, y así veré, como desde una atalaya, todo lo que suceda en la isla.

—Yo haré lo mismo —dijo Mike—, pues también quiero verlo todo. ¿Subes conmigo, Paul?

—No, gracias —respondió el príncipe, al que le gustaba tan poco subir a los árboles como bañarse.

—Bueno, quédate aquí al cuidado de las niñas —dijo Jack.

Y Paul obedeció, encantado, orgulloso de desempeñar una misión tan importante.

Pero las niñas no querían que las cuidasen. De buena gana habrían trepado por el tronco de un árbol. Pero se dedicaron a buscar un buen sitio para acampar.

El árbol elegido por Jack era un gigante. Desde su copa se veía perfectamente la isla. De

pronto vio que el bote enemigo se acercaba a la playa de la isla y en el acto reconoció a sus dos ocupantes.

«Sí, son nuestro querido amigo el señor Boroni y su ayudante Luis —se dijo Jack mentalmente—. No encontraban la playa donde suponían que habíamos desembarcado y han tenido que dar la vuelta a la isla. Bueno, lo cierto es que tendremos que estar muy alerta».

Mike y Jack observaban atentamente al enemigo desde sus atalayas. Los dos hombres desembarcaron y subieron el bote a tierra. Luego se internaron en la isla en direcciones diferentes.

—Les va a costar trabajo encontrarnos —dijo Jack, en son de burla, a Mike, que estaba en un árbol vecino—. Si no descubren las cosas que trajimos y que Paul ha tenido el acierto de esconder, incluso pueden imaginarse que no hemos estado en la isla.

—Ha sido una buena idea venir a escondernos en tierra firme —dijo Mike—. Aquí estamos seguros. Y si fuera necesario, incluso podríamos trasladarnos al pueblo más próximo a través del bosque.

—¡Mira! Uno de esos hombres está en lo alto de la colina —dijo Jack.

Mike miró hacia la colina. La distancia no permitía distinguir si era el señor Boroni o Luis, pero a Mike no le cabía duda de que era uno de los dos. Con la mano en la frente, a modo de visera, para que el sol no le diera en los ojos, Luis o Boroni recorría con la mirada todo el lago.

—Menos mal que hemos escondido el bote —dijo Mike—. A ver cuándo se cansan de buscarnos por la isla. No me gustaría tener que pasar aquí toda la noche.

Mike y Jack estuvieron observando durante un par de horas. De pronto, empezaron a sentir apetito. Mike dejó a Jack de guardia y bajó del árbol para ir a reunirse con las niñas. Éstas habían hecho una buena cosecha de moras en sazón. Paul estaba con ellas y empezó a hacerle preguntas sobre el bote y sus ocupantes. Mike le explicó todo lo que acababa de ver.

—Pero lo que ahora me interesa —añadió— es que preparemos algo para comer. Yo limpiaré el pescado. Tú, Peggy, ve a buscar leña. Necesitamos fuego para asarlo.

Mike limpió el pescado y luego ayudó a Peggy a encender el fuego.

—No creo que esos hombres —dijo—, aunque vean el humo, sospechen que el fuego es nuestro.

Comieron el pescado asado, pan, bizcochos y moras. Luego, Mike volvió a su árbol, y Jack bajó a comer. Todo aquello les parecía un juego divertido. ¡Lástima que no hubiese más comida!

—Hay que guardar los botes de fruta, lo que queda de pan y el resto de los bizcochos para más tarde —dijo Peggy, escondiéndolo todo entre unos arbustos—. Menos mal que a Paul se le ocurrió traer comida. De lo contrario, nos habríamos tenido que conformar con el pescado.

Jack y Mike siguieron turnándose en la vigilancia durante el resto del día. No volvieron a ver a sus perseguidores, pero su bote seguía varado en la playa, lo que demostraba que estaban aún en la isla.

Cuando empezó a oscurecer y ya no les fue posible vigilar, Jack y Mike se reunieron con Paul y las niñas y se dedicaron a estudiar lo que debían hacer.

—Empecemos por comer algo —dijo Jack—. Me temo que tendremos que pasar aquí toda la noche.

—Podemos dormir en el bote —propuso Nora—. Siempre estaremos mejor que aquí. En este suelo no hay ni una sola hierba. En el bote tenemos dos mantas viejas. Peggy y yo hemos visto esparragueras. Con esas plantas y las mantas encima, tendremos una cama bastante blanda.

—¡Bien pensado! —exclamó Jack—. ¿Dónde habéis visto las esparragueras?... Nora, Mike, Paul y yo iremos por ellas. Tú, Peggy, encárgate de preparar la cena.

—Bien —contestó la niña.

Bajo los árboles, la oscuridad era casi absoluta, pero Peggy consiguió, aunque no sin esfuerzo, cumplir su misión. Abrió los botes de fruta en conserva —Paul no se había olvidado del abrelatas— y cortó el resto del pan en finas rebanadas. Puso dos bizcochos a cada uno y esperó a que volvieran Nora y los chicos. Iban a consumir sus últimas provisiones.

Los niños y Nora regresaron en seguida con grandes haces de esparraguera. Después de dejarlos en el bote, fueron a reunirse con Peggy. Jack llevaba su linterna en el bolsillo, lo que permitió a los niños ver lo que se llevaban a la boca. Se comieron la fruta, el pan y los bizcochos y se bebieron el zumo que quedó en los botes, pues estaban sedientos.

—¡Ahora, a la cama! —dijo Jack—. ¡Una cama en un bote! ¡Qué aventura tan extraña! Pero también, ¡qué divertida!

CAPÍTULO XXII

MIKE TIENE UNA IDEA GENIAL

Los niños se dirigieron al lugar donde habían escondido el bote. El fondo de éste estaba cubierto de ramas de esparraguera. Jack había quitado los asientos y transformado la pequeña embarcación en una gran cama. Los cinco niños se tendieron en ella como pudieron. Soplaban una ligera brisa, pero esto no les pareció un inconveniente. Se envolvieron en las viejas mantas y empezaron a charlar.

El agua golpeaba suavemente los costados del bote, produciendo un ruido agradable. Una lechuza ululó en un árbol cercano.

—¡Ooooouuuu! ¡Ooooouuuu!

—¿Qué es eso? —preguntó Paul, incorporándose asustado.

—Es un pájaro, una lechuza —contestó Mike—. Pero no des esos tirones de la manta, que nos destapas a todos.

Paul se volvió a echar y se apretujó contra los dos muchachos. Al saber que aquel extraño aullido procedía de un pájaro, se había tranquilizado.

Pronto salió la luna y extendió su luz plateada sobre los árboles y la lisa superficie del lago. El ruido que producía el agua al golpear los costados del bote era adormecedor. Nora se durmió en seguida. Peggy estaba boca arriba, contemplando, a través de las ramas de los árboles, una estrella que brillaba en el cielo. Paul no tardó en dormirse y Jack y Mike siguieron hablando.

Ignoraban los planes del señor Boroni y Luis. Si se quedaban en la isla, el grupo no podría volver, y esto era grave, pues ya no les quedaba comida. Por otra parte, si intentaban atravesar el bosque, podían perderse.

—Si pudiésemos encerrar al señor Boroni y a Luis como ellos encerraron a Paul, todo quedaría solucionado —dijo Jack—. Entonces podríamos hacer lo que se nos antojara.

Mike permaneció unos momentos silencioso y pensativo. Luego lanzó un ronquido tan raro, que Jack se asustó.

—¿Qué te pasa, Mike? —preguntó alarmado—. ¿Te sientes mal?

—No —respondió Mike con visible agitación—. Es que se me acaba de ocurrir una idea tan formidable, que me han dado ganas de gritar y no he podido contenerme a tiempo. He ahogado el grito cuando ya me estaba saliendo de la garganta, y el resultado ha sido ese extraño ronquido que te ha llamado la atención. Y todo, Jack, porque he tenido una idea colosal.

—¿Qué idea?

—Verás —explicó Mike—. Cuando has dicho que te gustaría poder encerrar al señor Boroni y a Luis, se me ha ocurrido el modo de librarnos de ellos. Si les quitamos la barca, no podrán salir de la isla, y esto será como tenerlos prisioneros.

—¡Oh Mike! ¡Qué idea tan genial! —exclamó Jack—. Eso solucionaría todos nuestros problemas. ¡Eres un tío! Cuando los tengamos prisioneros en la isla, podremos ir al pueblo de la otra parte del lago, alquilar allí un coche y regresar a «La Mirona».

—¡Eso es! —exclamó Mike—. ¿Vamos?

—Espera un momento —dijo Jack—. Ahora caigo en que si el señor Boroni y Luis saben nadar, podrían venir a tierra firme.

—¡No saben nadar! —exclamó Mike alegremente—. Oí que Luis se lo dijo a Boroni, y éste le contestó que él tampoco sabía. Cuando estábamos encerrados en la torre, solían venir a nuestra habitación y se ponían a charlar. De modo que, como no saben nadar, no podrán salir de la isla.

Jack se puso tan contento, que le entraron ganas de cantar y bailar. Procurando no hacer ruido para no despertar a Paul, se levantó.

—No tenemos por qué despertar a las niñas ni a Paul —dijo—. Nos desnudaremos y nos dejaremos caer en el agua sin hacer ruido. ¿Podrás ir a nado a la isla?

—Claro que podré —respondió Mike—. Cuando lleguemos, desataremos el bote y volveremos con él. ¡Oh Jack! ¡Qué aventura tan emocionante! No es fácil que nos vean, ¿verdad?

—No, es muy difícil —repuso Jack—. Estarán durmiendo en nuestra cueva.

Los dos niños se desnudaron sigilosamente para no despertar a las niñas. Se introdujeron poco a poco en el agua, descolgándose del bote, y empezaron a nadar hacia la isla. Sus cabezas fueron muy pronto sólo dos puntitos negros sobre la plateada superficie del lago.

La isla estaba más lejos de lo que suponían. Mike llegó exhausto al lugar donde sus dos enemigos habían amarrado el bote. En cambio, Jack, que era un gran nadador, no acusaba el menor cansancio. Cuando hizo pie, prestó ayuda a Mike y los dos subieron a tierra. Una vez fuera del agua, desató la amarra del bote.

Embarcaron y colocaron los remos. Al chocar éstos con la superficie produjeron un fuerte ruido. Fue como una sonora bofetada. Apenas se alejó de la orilla la barca tripulada por los niños, éstos oyeron grandes voces procedentes de la playa. Era Luis, al que había despertado el fuerte chasquido de los remos y que había acudido corriendo a la orilla del mar.

—¡Eh! —gritó—. ¡Ese bote es nuestro! ¡Traedlo en seguida!

—Ya se lo devolveremos. Tenga paciencia —respondió Jack con sorna. Se estaba divirtiendo como nunca.

—¡Traedlo aquí en seguida! —vociferó Luis, dándose cuenta de pronto de que no podrían salir de la isla sin el bote—. ¡Malditos críos!

—Adiós, queridos amigos —gritó Jack, viendo aparecer al señor Boroni.

Éste estaba durmiendo en la cueva cuando los gritos le habían despertado. Luis y Boroni estaban desarmados. No sabían nadar y no tenían el bote. Lo único que podían hacer era gritar de rabia. Los niños se reían y agitaban los brazos, diciéndoles adiós.

Cuando llegaron al lugar donde estaba su propio bote, temblando de frío pues no llevaban nada encima, encontraron a Paul y las niñas despiertos y asustados. Peggy les dio sus ropas y empezó a hacerles preguntas. Quería saber qué significaban aquellos gritos que habían proferido y de dónde habían sacado aquel otro bote.

—¿No lo adivinas? —dijo Nora—. Han quitado el bote a nuestros enemigos, de modo que éstos ya no pueden salir de la isla. ¡Oh Jack! ¡Qué idea tan estupenda habéis tenido! Nos hemos asustado al despertarnos y ver que os habíais marchado. Debimos suponer que estabais haciendo lo que habéis hecho o algo parecido.

—La idea ha sido de Mike —dijo Jack, vistiéndose a toda prisa—. ¡Una de las mejores ideas que ha tenido en su vida! Y todo ha salido la mar de bien. El señor Boroni y Luis están furiosos, pero no pueden hacer nada. En cuanto se haga de día, iremos a ese pueblo que está al otro lado del lago, alquilaremos un coche y nos trasladaremos a «La Mirona» para ver qué han hecho Jorge y Timy. Mientras, el señor Boroni y Luis disfrutarán de unas magníficas vacaciones en la isla.

Todos se echaron a reír. Estaban seguros de que ya no podrían dormir, pues no dejarían de pensar en lo sucedido, pero no tardaron mucho en formar un coro de bostezos, y antes de que la luna desapareciera del cielo, otra vez estaban todos dormidos, teniendo el bote del señor Boroni amarrado junto al suyo.

Se despertaron al amanecer. El lago estaba en calma y era de un bellísimo color azul. En el cielo no había ni una sola nube.

—¡Qué apetito tengo! —dijo Peggy—. ¡Y no tenemos nada de comida!

Mike sonrió, se llevó la mano al bolsillo y sacó una gran pastilla de chocolate.

—La guardaba porque sabía que llegaría un momento en que nos haría mucha falta —dijo—. Ahora nos la repartiremos y, una vez en el pueblo, tomaremos un buen desayuno.

A todos les pareció bien. El chocolate era estupendo. Tenía nueces. Sentados al sol de la mañana se lo comieron poco a poco, saboreándolo, mientras hablaban y se reían cada vez que se acordaban del señor Boroni y de Luis.

—Allí estarán, intentando vernos —dijo Peggy—. Y nos verán, pero cuando nos vayamos. ¿Qué hacemos con su bote, Jack?

—Lo dejaremos amarrado aquí —respondió Jack—. Aquí estará seguro.

Dejaron, pues, el bote del enemigo amarrado, se instalaron todos en el suyo y se alejaron de la orilla remando. El señor Boroni y Luis los vieron desde la isla y empezaron a gritarles. Pero los niños, sin hacerles caso, siguieron remando hacia el pueblo.

Cuando llegaron a la orilla, desembarcaron y dejaron el bote varado en la arena. Pronto encontraron una panadería, donde compraron varios panes calentitos, pues estaban recién hechos. Después fueron a una lechería de donde salieron con mantequilla, leche y chocolate. Compraron también una botella de limonada y, al fin, se sentaron junto a la carretera para dar buena cuenta de tan suculento desayuno.

Jack y Mike cortaron el pan con sus navajas y cubrieron las rebanadas de mantequilla. Como estaban hambrientos, todo les sabía a gloria. Reservaron para el final el chocolate y la limonada. Después del desayuno se sintieron mucho mejor y Jack fue en busca de un garaje.

No encontró ninguno. Pero, apenas volvió al lado del grupo, llegó un autobús y se detuvo cerca de ellos. Preguntaron al conductor cómo podrían trasladarse a las Cuevas de Spiggy, y éste les contestó:

—Yo salgo dentro de diez minutos para Rocasbajas. Allí podréis tomar otro autobús que os llevará a las Cuevas de Spiggy.

Los niños, contentísimos al oír esto, subieron al autobús, decididos a esperar en él la hora de la salida. Transcurridos los diez minutos, el vehículo arrancó e inició su viaje por una carretera bordeada de campos de cultivo. Una hora después llegaron a Rocasbajas, y se dirigieron a la

parada del autobús que los conduciría a las Cuevas de Spiggy. Éste tardaría media hora en salir, tiempo que los niños aprovecharon para comprar otra botella de limonada. El día era caluroso y estaban sedientos.

Llegaron a las Cuevas de Spiggy a las doce y media. El autobús los dejó a unos dos kilómetros de «La Mirona», distancia que recorrieron dando un agradable paseo.

—Debemos estar alerta —dijo Jack—. Puede haber alguien más que busque a Paul.

Fueron acercándose a la casa. Avanzaban cautelosamente, escondiéndose detrás de los árboles. ¡Qué sorpresa recibieron cuando llegaron al terreno vecino a «La Mirona»! ¡En medio del prado había una avioneta! Estaba pintada de un azul claro, y sus alas plateadas relucían al sol.

Todos se detuvieron sorprendidos. No había nadie junto al aparato. No se atrevían a acercarse a la casa. ¿Y si la avioneta pertenecía al enemigo? Pero también podía pertenecer a personas amigas.

Se hallaban ante un apasionante misterio.

CAPÍTULO XXIII

SOLOS EN LA CASA

Los cinco niños observaban atentamente la avioneta. Paul palideció.

—Así son los aviones de mi país —dijo—. Es posible que mis enemigos hayan venido en mi busca. ¡Si al menos supiera cómo está mi padre! ¡Dios mío, qué desgraciado soy!

—Ten calma —le dijo Jack—. Pronto lo aclararemos todo. No me cabe duda de que Timy ha llamado a la policía y se ha enterado de lo que sucede en tu país. Ya nos lo contará todo cuando demos con ella.

—Estoy deseando ver a Timy —dijo Nora—. Cuando esté a su lado, ya no temeré nada.

—Acerquémonos a la casa procurando que no nos vean y busquemos a Timy —dijo Mike.

Con todo cuidado, dejaron el refugio de los árboles y se acercaron a «La Mirona». La puerta principal estaba cerrada. Esto les extrañó porque Timy la dejaba siempre abierta. Fueron a la puerta trasera y también la encontraron cerrada. Los niños se miraron perplejos.

—¿Se habrá encerrado adrede? —se preguntaban—. ¿Qué habrá pasado?

—Todas las ventanas de la planta baja están cerradas —dijo Jack, que acababa de comprobarlo—. Pero mirad aquélla, la del piso. Está abierta. Creo que si subo a la copa de este peral podré deslizarme por aquella rama y llegar a la ventana.

—Sube si quieres, pero ten cuidado —dijo Peggy—. Esa rama no parece muy segura.

Jack trepó por el tronco del árbol, ayudado por Mike. Poco a poco fue subiendo a la rama que llegaba a la única ventana abierta. Desde abajo lo miraban sus compañeros. Y cuando la rama empezó a moverse bajo el peso de Jack, cayó una lluvia de peras sobre las cabezas de los espectadores, que huyeron echándose a reír.

Jack consiguió llegar a la ventana. La abrió y saltó al interior. Pronto lo oyeron bajar la escalera; después, recorrer los cerrojos, y, finalmente, Jack abrió la puerta y apareció ante ellos.

—Entrad —les dijo—. Buscaremos a Timy. Pero os advierto que en la casa no se oye ni una mosca.

Buscaron a Timy por todas partes. No estaba. En la casa no había nadie. Los niños no sabían qué hacer. ¿Cuándo volvería Timy? ¿Adónde habría ido? ¿Y dónde estaría Jorge? Quizás a él pudieran encontrarlo.

—Mi opinión es que ante todo comamos algo —dijo Jack—. En la despensa hay un poco de jamón, tomates y pan. Además, podemos aprovisionarnos de fruta en el huerto.

Durante la comida, los niños conferenciaron sobre lo que convenía hacer. ¿Debían permanecer en «La Mirona» hasta que Timy volviese? ¿Y si no volvía? No se sentían seguros en aquella casa tan próxima al viejo caserón y sin que los acompañaran Timy ni Jorge. Podían averiguar que estaban allí y presentarse alguien para capturar a Paul.

—No creo que nadie nos haya visto llegar —dijo Jack—. No encenderemos fuego, pues podría delatarnos el humo que saliera por la chimenea. Tampoco debemos encender ninguna luz cuando se haga de noche. Dormiremos todos juntos en la habitación más alta de la torre, cerraremos la puerta con llave y pondremos detrás un montón de muebles. Así estaremos seguros.

—La cosa se vuelve a poner emocionante —dijo Nora, que ya empezaba a echar de menos un poco de tranquilidad—. ¡Ojalá no hubiese descubierto el señor Boroni nuestra isla secreta! ¡Lo habríamos pasado tan bien allí! No me gusta esta casa sin Timy.

—Voy a acercarme a la playa —dijo Jack—. Llevaré cuidado. Quiero ver si encuentro a Jorge. Si está, me explicará qué le ha pasado a Timy, y yo le contaré lo que les ha ocurrido al señor Boroni y a Luis.

Todos se echaron a reír. Les gustaba recordar que el señor Boroni y Luis estaban prisioneros en su isla secreta, sin saber cuándo iría alguien a socorrerlos.

Jack salió por la puerta trasera y sus compañeros la cerraron a sus espaldas. Decidieron vigilar por las ventanas, para ver si se acercaba alguien. Peggy y Paul se situaron en las ventanas de la fachada y Mike y Nora en las de la parte posterior. Pero nadie se acercó a la casa. La tranquilidad y el silencio eran absolutos.

Los niños charlaban y se procuraban diversas distracciones. Peggy hacía media mientras conversaba con Paul. Mike jugaba a los barquitos con Nora y, de cuando en cuando, echaba una mirada por la ventana para ver si se acercaba alguien.

De pronto, los sobresaltaron unos fuertes golpes en la puerta. Mike estaba pasmado. No había visto acercarse a nadie. Paul y Nora corrieron hacia Mike muertos de miedo.

—¿Quién será? —le preguntó Nora en voz baja.

—No tengo la menor idea —respondió Mike en un susurro—. Pero guardemos silencio. Así quizá se cansen y se vayan.

Nadie dijo ni una palabra más. De pronto, volvieron a golpear la puerta, y esta vez con más fuerza que la anterior.

—Por mucho que llamen —murmuró Mike—, no conseguirán entrar.

—¡Abridme! —gritó el que llamaba.

Todos saltaron de alegría. Era la voz de Jack. Sí, Jack era el que golpeaba la puerta.

—¡Qué tontos somos! —exclamó Mike—. Debimos suponer que era él... Aunque, ¿cómo nos podíamos figurar que volviese tan pronto?

Bajaron corriendo la escalera y abrieron la puerta a Jack. Éste entró con cara de pocos amigos.

—¿Por qué me habéis hecho esperar tanto? —preguntó, indignado—. ¡Ya me preguntaba si os habríais ido a dormir!

—Perdona, Jack —dijo Mike, sonriendo—. No te hemos visto llegar. Además, no esperábamos que volvieras tan pronto. Creíamos que eras un enemigo. ¿Cómo te las has arreglado para llegar hasta la puerta sin que te hayamos visto?

—He venido arrastrándome entre la maleza —respondió Jack alegremente—. Quería daros una sorpresa. Pero lo que os he dado ha sido un buen susto.

—¿Has visto a Jorge? —preguntó Mike.

—No. Su bote está en el embarcadero, pero a él no lo he visto, ni en la playa ni en ninguna parte. Lo mismo que a Timy, parece que se los haya tragado la tierra.

—Todo esto es muy extraño —dijo Mike—. ¿Dónde estarán Jorge y Timy? ¿Qué hace aquí esta avioneta? ¿Qué habrá pasado durante nuestra estancia en la isla?

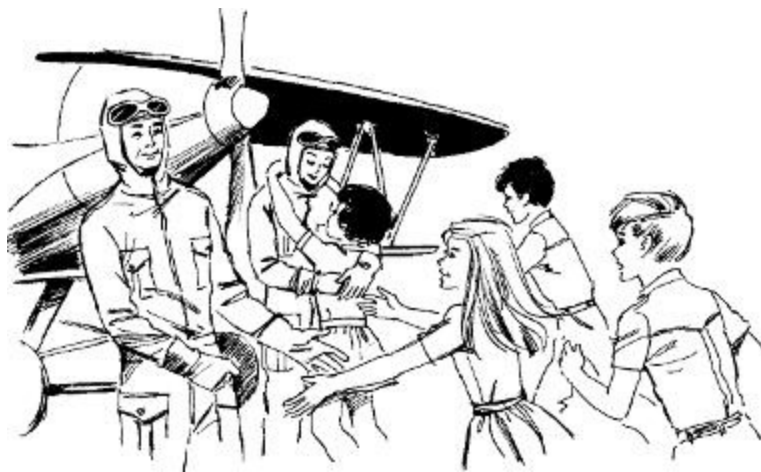
—Ojalá pudiera contestar a todas esas preguntas —dijo Jack—. Peggy nos podría preparar una ligera merienda, ¿no os parece?... ¿Hay galletas, Peggy?

Peggy y Nora prepararon la merienda: unos bizcochos que encontraron en la despensa, un poco de pan y leche. También pudieron servir un poco de miel. Se lo comieron todo y lamentaron que no hubiese más.

—Reunamos algunas provisiones y subamos a la torre —propuso Mike—. Nos cerraremos con llave, y así estaremos seguros hasta mañana por la mañana. Las niñas pueden dormir en mi cama; nosotros nos repartiremos la cama de Jack y el viejo sofá. ¡Y a dormir tranquilos hasta mañana!

—Estoy agotada —dijo Peggy—. Es lo natural, después de tantas aventuras. Subámonos las cartas y juguemos un rato. Si no queréis, me meteré en seguida en la cama.

Después de lavar los cacharros de la merienda, Peggy se dirigió a la despensa en busca de lo necesario para cenar, y Jack fue por las cartas. Comprobaron que ninguna de las ventanas de la planta baja estaba abierta y subieron a la torre. Ya en la habitación de los chicos, cerraron la puerta con llave y se sentaron a jugar a las cartas.



Jugaron a las parejas. Paul no conocía este juego Y lo hacía muy mal. Producía el efecto de que no sabía reunir dos cartas iguales. Se equivocaba a cada momento y sus amigos se morían de risa ante sus arrebatos de indignación.

Riéndose estaban, cuando oyeron un ruido extraño. ¿Qué sería?

—¡Es un avión! —exclamó Jack—. ¿Será el que estaba en el prado?

Todos corrieron a la ventana para comprobarlo. No, el avión azul y plata seguía en su sitio. Era otro el que volaba, dando vueltas y más vueltas sobre la casa como preparación para aterrizar. Mike tomó los prismáticos que tenía a su alcance y observó con ellos el aparato.

De pronto, lanzó un grito tan tremendo, que el asustadizo Paul se cayó de la silla.

—¿Qué pasa, Mike? —le preguntaron.

—¡Es el avión de papá! —exclamó Mike, bailando de alegría—. ¿No veis la raya roja? Apostaría cualquier cosa a que papá y mamá han venido volando desde Irlanda porque Timy les ha explicado lo del príncipe Paul. Ahora que están ellos aquí veréis como todo va bien.

Todos reían, gritaban y saltaban como si se hubieran vuelto locos. Al fin se asomaron a la ventana para observar el avión. Este dio un par de vueltas más, tomó tierra y se deslizó

suavemente sobre la hierba. Luego se paró el motor y dos personas salieron de la cabina.

—¡Vamos! —gritó Mike—. ¡Son papá y mamá!

Salieron de la habitación y bajaron corriendo la escalera. Mike se adelantó a los demás y descorrió los cerrojos de la puerta de entrada. Y el grupo salió como una manada de lobos y corrió por el prado hacia el avión que acababa de aterrizar.

—¡Creíamos que estabais en la isla secreta! —gritó la madre.

Se quitó en seguida el casco de vuelo y sonrió a los niños, que la rodearon y la abrazaron. El príncipe Paul se acercó tímidamente y le tendió la mano, pero la señora de Arnold le dio un abrazo tan fuerte como a todos los demás.

—¿Dónde está Timy? —preguntó el capitán Arnold.

Pero la pregunta quedó sin respuesta, ya que nadie sabía dónde estaba Timy.

CAPÍTULO XXIV EL FINAL DE LA AVENTURA

—Vamos a la casa, papá —dijo Mike—. Allí te contaremos todo lo que ha ocurrido.

Todos entraron en la casa y se instalaron en el salón. Inmediatamente los niños contaron sus aventuras, interrumpiéndose sin cesar unos a otros. Lo único que sabían el capitán Arnold y su esposa era que Jack y sus hijos habían rescatado a alguien y lo habían llevado a su isla secreta. Timy les había enviado un largo telegrama, después de intentar inútilmente hablar con ellos por teléfono, pues los esposos Arnold viajaban continuamente.

También ellos llamaron por teléfono a Timy y, al ver que nadie les contestaba, tomaron su avioneta y volaron hacia las Cuevas de Spiggy, con objeto de averiguar lo que ocurría.

—¡Y aquí estamos! —dijo el capitán Arnold, poniendo fin a su relato—. Vamos a tomar un bocado, ¿no os parece? Tengo un apetito atroz. En la avioneta hay algunas provisiones. Id por ellas.

Los muchachos salieron corriendo hacia el avión, pero, apenas avanzaron unos metros, oyeron el ruido de un potente automóvil que se acercaba por la carretera. Los niños se detuvieron y observaron. La carretera conducía solamente a «La Mirona», o sea que aquel coche tenía forzosamente que dirigirse a ella. Pero ¿quiénes eran sus ocupantes?

En el auto iban por lo menos cinco hombres. Mike asió a Jack por el brazo y los dos echaron a correr.

—Sospecho que esa gente viene a llevarse a Paul —dijo Mike—. Corramos a la casa y cerremos la puerta con llave. Menos mal que están aquí papá y mamá.

Entraron en «La Mirona» y cerraron rápidamente la puerta. El magnífico automóvil se detuvo ante la verja del jardín con un fuerte chirrido de frenos, y de él bajaron cuatro hombres. Todos vestían de uniforme y tenían un aspecto imponente. Se dirigieron a la puerta y llamaron.

—¿Quién es? —preguntó el capitán Arnold, extrañado.

—No lo sabemos —respondió Mike—. Hemos cerrado la puerta con llave por si vienen a llevarse a Paul.

—No temas, hijo; nadie se llevará a Paul estando yo aquí —dijo el capitán Arnold—. Abre la puerta.

Pero no fue Jack quien la abrió. Paul, que estaba asomado a la ventana, lanzó de pronto un grito ensordecedor, dijo a grandes voces unas palabras en un idioma extraño y salió como un rayo hacia la puerta. Allí empezó a luchar con los cerrojos, tratando de descorderlos, sin dejar de gritar.

—¡Se ha vuelto loco! —exclamó Jack—. En fin, ya que te veo tan decidido a abrir la puerta, te ayudaré.

La puerta se abrió. Paul salió como un cohete y se arrojó en los brazos de los pasajeros del gran automóvil, llorando de alegría. El desconocido lo estrechaba entre sus brazos y lo acariciaba ante el estupor de Jack y sus compañeros.

Después el caballero apartó a Paul, avanzó hacia el capitán Arnold y su esposa, y dijo afablemente:

—Soy el padre de Paul, el rey de Baronia.

—Creíamos que estaba usted enfermo..., muy grave —exclamó Mike, que estaba como el que ve visiones.

—He estado muy enfermo, pero ya estoy casi bien, por mal que les sepa a mis enemigos —dijo el rey, sonriendo—. Se llevaron a Paul cuando yo estaba enfermo y no sabíamos dónde lo tenían escondido. Al fin, la señorita Timy dio parte a la excelente policía de vuestro país de lo que aquí sucedía, y vuestras autoridades me comunicaron que habíais rescatado a Paul y lo teníais bajo vuestra protección en la isla secreta.

—¿Entonces, ese avión plateado y azul que hay en el prado es suyo? —preguntó Mike—. Paul, al verlo, dijo que le parecía que ese aparato era de su país.

—Sí, en él hemos venido mis cuatro amigos y yo —dijo el rey—. Hemos hablado con la señorita Timy y con vuestro amigo Jorge y ellos nos han contado todo lo ocurrido.

—¿Pero dónde está Timy? —preguntó Nora, a punto de echarse a llorar; tan ansiosa estaba de saber de ella.

—Viene en otro coche —dijo el rey—. Ella, Jorge y nosotros hemos tenido que ir a ver a la policía para informarla detalladamente del caso. No tardará mucho en llegar.

En este momento se detuvo ante la casa otro coche. De él bajaron Timy y Jorge. Timy estaba pálida y rendida de cansancio, pero era la misma de siempre. Su sorpresa fue enorme al ver a todos los niños en su casa.

—Creía que estabais en vuestra isla secreta —dijo—. ¿Por qué habéis vuelto?

—Es una larga historia, Timy —repuso Mike—. Ven, mira a quién tienes aquí.

—¡Vuestros padres! —exclamó Timy, sin dar crédito a sus ojos—. Entonces, ese otro avión es el suyo, ¿no? Me alegro mucho de verlo, capitán Arnold. No pude localizarlo en Irlanda. Nunca he visto tan honrada mi casa. ¡El padre de Paul y sus amigos, ustedes y los niños!

La sala era demasiado pequeña para que pudiesen instalarse todos cómodamente y salieron a hablar al jardín. Jorge sacó las sillas necesarias y los niños repitieron el relato de sus aventuras.

—¡Daría cualquier cosa por tener en mis manos a esos desalmados! —dijo el rey, cuando Paul le explicó con todo detalle su cautiverio.

—Puede usted capturarlos cuando lo desee —dijo Mike, sonriendo—. Los tenemos prisioneros. Ahora mismo, si quiere, puede ir por ellos.

—¿Dónde están? —preguntó Timy.

—En nuestra isla secreta. Y no tienen su barca —respondió Mike, lanzando una carcajada—. Allí estarán hasta que alguien vaya a liberarlos.

Todos se echaron a reír. Les hacía gracia pensar que aquellos malvados estaban atrapados como conejos.

—Mañana por la mañana iré por ellos con la policía —dijo el rey—. ¡Qué sorpresa se llevarán Boroni y Luis cuando me vean aparecer! Querían impedir que Paul ocupase el trono cuando yo muriese, y ahora que estoy vivo se arrepentirán de su conspiración.

—¿Se llevará a Paul? —preguntó Mike, que no quería separarse de su nuevo amigo.

—Sí —respondió al rey—. Pero el curso que viene estudiará aquí. Lo admitirán en vuestra

escuela, ¿verdad, Mike?

—¡Qué idea tan fantástica! —exclamó Jack—. ¡Lo cuidaremos bien!

—De eso estoy seguro —afirmó el rey—. Estos días lo habéis cuidado maravillosamente.

—¿Qué piensan hacer esta noche? —preguntó Timy—. Les diría que se quedasen aquí, pero esta casa es pequeña. Los señores Arnold ocuparían la habitación de los huéspedes, pero no hay ninguna otra libre.

—No se preocupe —dijo el rey—. Iremos al hotel más próximo. Paul nos acompañará: no quiero perderlo de vista. Mañana volveremos, señorita. Mil gracias por lo mucho que ha hecho por mi hijo.

El rey, el príncipe Paul y los cuatro personajes de uniforme se despidieron y se instalaron en el magnífico automóvil, que se alejó majestuosamente por la carretera.

—Nos hemos olvidado de la comida —dijo Jack, de pronto—. Vamos por ella, Mike. Estoy tan hambriento que sería capaz de comerme un zapato.

—Me gustaría verlo —bromeó Mike.

Echaron a correr hacia la avioneta, subieron a la cabina y sacaron la cesta. Sin pérdida de tiempo, volvieron con ella a la casa.

Comieron reunidos en el jardín, y pasaron un rato agradable hablando de sus aventuras y comentando los detalles entre risas y bromas.

—El señor Boroni, su esposa y Luis —dijo Timy— se presentaron aquí la noche en que os fuisteis. Eran verdaderas furias. Menos mal que Jorge había vuelto y pudimos echarlos. No les cabía duda de que el príncipe estaba con vosotros.

—Debieron de averiguar que estábamos en la isla y dieron con ella —dijo Mike—. Al fin y al cabo, nadie ignora ya que existe. ¡Cómo me gustaría ver la cara que ponen esos dos granujas cuando el rey y la policía se presenten en la isla!

Efectivamente, Boroni y Luis se quedaron de piedra cuando, al día siguiente, llegó a la isla una canoa ocupada por el rey, sus cuatro acompañantes y buen número de agentes de la policía. Boroni y su compañero estaban muy ocupados construyendo una balsa de troncos para trasladarse a tierra y no oyeron llegar a la canoa. Y cuando al fin levantaron la cabeza y vieron que el rey avanzaba hacia ellos seguido de su escolta, su sorpresa fue indescriptible.

Los niños se enteraron de todo al día siguiente.

—Se acabó el señor Boroni y se acabaron sus planes —dijo Jack—. ¡Qué suerte que se nos ocurriera pasar las vacaciones en las Cuevas de Spiggy!

Aquella tarde, Jorge llegó corriendo y gritando con voz agitada:

—¡Venid, chicos! ¡Venid y veréis!

Los niños y Timy salieron en seguida de la casa y vieron que llegaba por la carretera un gran remolque y, cargada en él, la canoa de motor más bonita que habían visto en su vida.

—¡Viene hacia aquí! —exclamó Jack.

Sí, iba hacia el lugar donde estaban los niños. Aquella canoa era un regalo que les hacía el rey de Baronia por haber rescatado a su hijo. Jack y los tres hermanos se resistían a creer lo que estaban viendo.

—¡Qué regalo tan estupendo! —exclamaron—. ¡Jorge, vamos a probarla ahora mismo!

Pero era imposible botar allí la canoa. Tendrían que llevarla a Longris. El hermano de Jorge los ayudaría. Una vez en Longris, bajaron la canoa al agua y se embarcaron todos, incluso Timy. Era tan fácil conducirla, que Jack y Mike pudieron encargarse de ello.

El motor empezó a funcionar suavemente y la canoa se alejó de la orilla. Mike la condujo mar adentro con un gesto de satisfacción y orgullo. ¡Una canoa para ellos solos! ¡Vaya suerte!

Van rumbo a «La Mirona». ¡Adiós, Mike! ¡Adiós, Jack! ¡Adiós, Nora y Peggy! Os merecéis la suerte que habéis tenido. Hemos pasado muy buenos ratos con vuestras aventuras. ¡Quizá volvamos a saber pronto de vosotros! ¡Adiós, adiós!

FIN



ENID BLYTON (Londres, Gran Bretaña, 1897 - Londres, Gran Bretaña, 1968). Enid Mary Blyton Pollock Darrell Waters, nacida Enid Mary Blyton fue una prolífica escritora inglesa de literatura infantil de más de 600 novelas con su nombre de soltera Enid Blyton y su nombre de casada Mary Pollock.

Enid Mary Blyton nació el 11 de agosto de 1897 en East Dulwich, Londres, Inglaterra, la hija mayor de Thomas Carey Blyton (1870-1920) y Theresa Mary, nacida Harrison (1874-1969), que tuvieron además dos hijos; Hanly Blyton (1899-1983) y Carey Blyton (1902-1976). Estaba muy unida a su padre, por lo que la afectó mucho que abandonase a su esposa, para irse a vivir con otra mujer.

De 1907 a 1915 estudió en la St. Christopher's School en Beckenham, donde fue siempre la primera de su clase. Adoraba el deporte y la literatura y despreciaba las matemáticas. Aprendió a tocar el piano, en lo que demostraba algún talento, pero dejó sus estudios musicales para formarse como profesora. Durante cinco años fue institutriz en Bickley y Surbiton y consagraba su tiempo libre a la escritura.

Tras la Primera Guerra Mundial, publicó su primer libro, poético, *Murmullos de niño* (*Child Whispers*) en 1922. Fue en su editorial George Newnes, dónde conoció a Hugh Alexander Pollock (1888-1971), un distinguido héroe de guerra que trabajaba como editor. Hugh, estaba divorciado de su primer esposa Marion Atkinson, con quien había tendido dos hijos: William Cecil Alexander (1914-1916) y Edward Alistair (1915-1969). La muerte de su primogénito, la infidelidad de su esposa y posterior divorcio, le habían hecho caer en una depresión y el alcoholismo, que arrastraría a lo largo de toda su vida.

Enid y Hugh contrajeron matrimonio el 28 de agosto de 1924, y se instalaron en Buckinghamshire, finalmente adquirieron una propiedad, «Green Hedges», en Beaconsfield, el nombre de la propiedad fue escogido por sus lectores en un concurso. El matrimonio tuvo dos hijas: Gillian Mary (1931-2007) e Imogen Mary (n. 1935). A mediados de los treinta Enid sintió deseos de convertirse a la fe católica, pero desistió a causa de las renunciaciones que tendría que hacer en su vida. Dio sin embargo a sus hijos una educación religiosa.

A comienzos del año 1938 su marido enfermó de neumonía y estuvo hospitalizado varios meses. El matrimonio estaba distanciado, y Enid no tardaría en iniciar una serie de breves romances. Además, debido a la segunda guerra mundial, su marido se reincorporó al ejército como Comandante instructor y asesor de Winston Churchill, por lo que apenas se veían. Cuando su marido fue herido durante unas maniobras, Enid no lo visitó durante la convalecencia, pero sí lo hizo Ida Crowe, otra escritora, que había obtenido gracias él un puesto como secretaria civil. Mientras, Enid había conocido a un cirujano, Kenneth Fraser Darrell Waters (1892-1967), con quien inició una relación romántica en 1941. En 1942, su marido decidió que debían divorciarse, pero Enid no quería dañar su imagen pública. Su marido aceptó declararse culpable de adulterio para acelerar el divorcio. El 20 de octubre de 1943, Enid y Kenneth se casaron, entonces hizo tomar a sus hijas el apellido de Darrell Waters, prohibiendo a su padre tener contacto con ellas. Seis días después que su exesposa, Hugh se casó con Ida Crowe, con quien tuvo una hija, la también escritora y editora, Rosemary Pollock.

En el curso de los veinticinco años siguientes Enid publicó sus novelas más célebres y, tras la muerte de su segundo marido, la salud de la escritora se degradó muy rápidamente; aquejada de mal de Alzheimer se internó en la clínica de Greenways (en Hampstead), y murió tres meses más tarde. Sus cenizas reposan en el crematorio de Golders Green.

Su hija menor Imogen Smallwood, publicó en 1989 una autobiografía sobre su infancia *A Childhood at Green Hedges*, donde describía a su madre como una persona emocionalmente inmadura, sin embargo su hija mayor Gillian Baverstock, siempre defendió su imagen y sobre todo su trabajo, publicando a su vez un libro sobre su madre en 1997. Ida Pollock, la tercera esposa de su primer marido, también la criticó su carácter en su autobiografía *Starlight*, publicada en 2009 a los 100 años.

En 2009 la BBC realizó una película basada en la vida de Enid Blyton con Helena Bonham Carter como protagonista, con Matthew Macfadyen como Hugh Alexander Pollock y con Denis Lawson como Kenneth Fraser Darrell Waters.

Su obra literaria, centrada en el mundo preadolescente, se caracteriza sobre todo por el recurso a pandillas formadas por varios niños que actúan por lo general al margen de los adultos del lugar, con frecuencia como detectives; también ha realizado series muy populares sobre centros educativos femeninos en régimen de internado. Sus libros han tenido gran éxito en muchos países, existiendo traducciones al alemán, chino, finlandés, francés, eslovaco, español, hebreo, holandés, japonés, malayo, portugués y sueco, entre otros cerca de noventa idiomas. Según el *Index*

Translationum (datos de febrero de 2007), es el quinto autor más popular del mundo, con más de 3300 traducciones de sus obras y más de 400 millones de copias vendidas.

Esta popularidad no se acompaña del respeto de la crítica literaria, que tiende a reprocharle la escasa imaginación exhibida (repite constantemente sus fórmulas narrativas), el abuso de los tópicos en la caracterización psicológica, muy superficial, y la pobreza de su estilo y de su léxico, que no favorece el desarrollo de la afición por la literatura. Se trata, a grandes rasgos, de un tipo de literatura que «no alimenta y engorda». También ha sido acusada de recurrir con excesiva frecuencia, a la hora de dibujar los «malos» de sus obras, a estereotipos étnicos que denotan un cierto racismo larvado y subyacente.

Entre sus creaciones más famosas se cuentan Noddy, un hombrecillo de madera que vive en una diminuta casa en el mundo imaginario de *Toyland*, y la serie de 21 novelas de *Los cinco* publicada entre 1942 y 1963, protagonizada por los adolescentes hermanos Julian, Dick y Anne; su prima Georgina y el perro de ésta, Tim, que hacen de detectives en historias que combinan el misterio y la aventura.

La obra de Enid Blyton se puede dividir en tres tipos bien diferenciados:

- Aquéllos en los que niños normales se ven envueltos en situaciones extraordinarias, resolviendo crímenes, desvelando misterios y viviendo toda clase de aventuras. En este tipo se incluyen las series de *Los Siete Secretos*, *Los Cinco*, *Aventura*, *Secreto*, *Misterio* y *Misterios de Barney «R»*, conocida así porque su protagonista se llama Barney y todos sus títulos comienzan por la letra «R» en el original inglés.
- El segundo tipo de sus obras se desarrolla en internados femeninos y su trama hace más énfasis en el día a día en estos colegios, con la interacción social de varios tipos de caracteres. Aquí se engloban las series *Santa Clara* y *Torres de Malory*.
- El tercer tipo es la fantasía. En estos libros los niños se ven transportados a un mundo mágico en el que encuentran hadas, duendes, gnomos, elfos y otras criaturas fantásticas.